

GRISelda ÁLVAREZ

CUESTA ARRIBA



secretaría
de educación

secretaría
de cultura



DIRECTORIO

LIC. MARIO ANGUIANO MORENO

Gobernador del Estado de Colima

MTRO. JOSÉ GUILLERMO RANGEL LOZANO

Secretario de Educación

LIC. RUBÉN PÉREZ ANGUIANO

Secretario de Cultura

LIC. RENÉ GONZÁLEZ CHÁVEZ

*Coordinador General de Comunicación Social
del Gobierno del Estado*

PROFR. FRANCISCO JAVIER VIRGEN

*Jefe del Departamento de Comunicación Social
de la Secretaría de Educación*

DR. MIGUEL DELGADO ÁLVAREZ

Presidente del Instituto Griselda Álvarez A.C.

CUESTA ARRIBA

LEGADO HISTÓRICO

La historia de Colima, llena de personalidades en los distintos ámbitos y sectores sociales, tiene en Griselda Álvarez Ponce de León un ícono. Su figura al frente del Gobierno del Estado de Colima brilló con luz propia por su temple, estilo y sensibilidad.

Mujer de época, delante de su tiempo, Griselda Álvarez, la maestra, la poeta, la gobernadora, evidencia procaz de la liberación femenina, se autodescribe en sus memorias Cuesta Arriba, en un streap tease de tercera edad -como ella misma lo cita- , con su prosa clara, sencilla, plagada de anécdotas.

En cada línea nos muestra la acendrada herencia paterna para actuar con firmeza, alcanzar objetivos y cumplir con su deseo de servir. Expresa aquí de forma abierta y sincera, cómo cinceló su destino con vivencias, estudio, trabajo, pero sobre todo, vocación y sensibilidad política.

El Gobierno del Estado a través de la Secretaría de Educación y la Secretaría de Cultura, rinden un homenaje más a la maestra Griselda Álvarez Ponce de León, reeditando sus memorias. En ellas matiza y proyecta su esencia magisterial al señalar acciones, decisiones, tratos, ilusiones y obra, mucha obra, en beneficio de su pueblo, de su gente.

Es una segunda edición que mantiene íntegro, línea por línea, el estilo plasmado por la autora para dejar evidencia de su cercanía con los colimenses y su trayecto -nada fácil- dentro de la política que abría brecha a las mujeres.

Cuesta Arriba, tiene pasajes para reflexionar sobre el significado de la tarea pública, pero principalmente, la marcada línea de la igualdad, equidad y transparencia que debe regir en la vida de todo ciudadano.

El agradecimiento profundo al Dr. Miguel Delgado Álvarez, hijo de la Maestra Griselda Álvarez, por ceder los derechos de esta obra para su reedición, todo un legado histórico de la primera gobernadora de Colima y de México.

GOBIERNO DEL ESTADO DE COLIMA

Mayo de 2014

Segunda Edición 2014

D.R. © 2014, Gobierno del Estado de Colima
Reforma e Hidalgo; 28000 Colima, Colima

D.R. © 2014, Secretaría de Educación
Av. Gonzalo de Sandoval 760; 28040 Colima, Colima

ISBN 968-16-3930-8

Impreso en México

GRISELDA ÁLVAREZ

CUESTA ARRIBA

Memorias de la primera gobernadora

GOBIERNO DEL ESTADO DE COLIMA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
COLIMA, MÉXICO

A MÓNICA,
de México,
nieta única:
encuéntrame

PRELIMINAR

Los últimos capítulos son impresionantes. Al menos relatan las tareas y obras destacadas que Griselda Álvarez, mujer de muchos quilates, hizo posibles o llevó a cabo en los seis años de gobernadora del estado de Colima. Escuelas, carreteras vecinales, locales y federales –recuérdese la espléndida pista Colima-Manzanillo-, el solicitado con desesperación aeropuerto de la capital, agua potable en muchos núcleos de población, puentes grandes y chicos, anchos y estrechos, centros de salud fijos e itinerantes, edificios públicos y apoyos, entre otros, para la respetable y admirada Universidad, donde también, al igual que en la Nacional Autónoma de México, el Espíritu habla en los claustros y laboratorios de la venerable institución.

Las obras están ahí, forman en las raíces materiales que animan el desarrollo de la gente de Colima. Esto es cierto, pero en el caso de Griselda Álvarez, con suficientes títulos, letras y prestigio que cimientan su *personal soberbia*, según lo reconoce aquí o allá en sus recuerdos, valen las interrogaciones de lo que hubo y hay –inspiración y aliento- en el trasfondo de la Jefatura que comandó en las no poco telúricas tierras colimenses.

Quizá el terrible drama español: el aún inexplicado destino de España, junto con el de Miguel de Unamuno, agónico en cada uno de sus 72 años y muerto con el corazón atravesado por la misma espada que atravesó el corazón de Don Quijote –Francisco Franco-, quizá la raíz del drama, decía, sea el sentimiento trágico de la vida que lo infiltró, desde que Recaredo I abjuró la fe arriana en beneficio de la católica, en la tenebrosa solemnidad medieval del Concilio de Toledo (589). Arrio aseveró que el Hijo de Dios no es consustancial al padre, y el primer sínodo episcopal de Nicea (325) condenaría la supuestamente monstruosa herejía, pero los visigodos no hicieron caso de la sentencia y llevaron la heterodoxia del sacerdote alejandrino al orto de la Alta Edad Media hispana que inauguró Ataúlfo al empuñar el cetro. La fe arriana dominó por los casi dos siglos que presidieron la coronación del hijo de Leovigildo. Despejadas las dudas, España

resultó engastada en el proyecto universal de la salvación por el viacrucis. Allegóse Jesús al seno divino por la crucifixión, y una vez promulgado y oficializado el dogma, la única manera de liberación del pecado original fue, es y será el sufrimiento.

¿Cómo trascender de la Ciudad del Hombre a la Ciudad de Dios? Replicando el ejemplo de Jesús. El orden mundano es buen orden si está ordenado en la purificación; y la purificación limpia sólo en el bautismo del martirio. La aceptación del castigo injusto y la desesperación de la muerte lenta –Elí, Elí, ¿por qué me has abandonado?– conviértense en la tragedia del enamorado de Dios –Muero porque no muero-. En *Del sentimiento trágico de la vida* (1913), publicado alrededor de ocho años delante de *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905), Miguel de Unamuno intentaría buscar, encontrar y desnudar las esencias trágicas que se hallan en el fondo de la historia española.

No es Griselda Álvarez feligresa ni sacerdotisa en el templo de la existencia infausta. Por el contrario, desbordan sus confesiones optimismo y alegría en las multiplicadas facetas que nos revelan. Las lágrimas derramadas por el desgarramiento de los hechos son las excepciones que confirman la regla. Humanidad cabal, entera, madura, capaz de dolerse y condolerse es alta virtud del espíritu y no identificación con la renuncia a la dicha apuntalada por Felipe II en la soledad de El Escorial, y también en la embarazosa y agitada Contrarreforma del Concilio de Trento (1545-1563).

Las memorias, dice Griselda Álvarez, son a manera de un *strep tease* del anciano. En la tercera edad, agrega, hay ánimo bien dispuesto a decirlo todo con algún atrevimiento y hasta con cierta imprudencia. El tiempo acerca a la exhibición de la verdad sin tapujos, y es más fácil así, por ejemplo, el relatar cómo el yo afirmase con decisión irrevocable en la escuela primaria y grados siguientes, incluida la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Una temprana orfandad no restaría ánimos para ser ya *la primera* en el quinto grado de la enseñanza elemental; pero en este arreciamiento del ego contarían motivos genealógicos y circunstanciales.

Padre militar y gobernador, hijo de abuelo con iguales títulos; tíos tan longilíneos como las figuras de añosas piezas arqueológicas y un senador que atrae gigantes con el magnetismo de las ideas. Con motivo de la propuesta bolivariana que hiciera para crear la ciudadanía

continental, Augusto César Sandino expresaría su adhesión en carta redactada en el Chipotón, cuartel general del Ejército Libertador de Nicaragua, al año siguiente (1928) de haber declarado, en defensa de Nicaragua, la guerra a los invasores estadounidenses. Todos, padre, abuelo, tíos y parientes varones comprometieron siempre con el acto liberal y revolucionario y con la defensa entrañable de fidelidades e ideales.

En el lado femenino, mujeres abnegadas, devotas, entregadas al hogar. No oculta Griselda Álvarez el mutuo amor que la unió con su hermana Imelda. Bravísimos y alocados paseos en la campiña de la hacienda hogareña, entre aguaceros torrenciales y furiosas llamara-das del Zeus mestizo que nos trajo la cultura clásica, testimonios son de la inmaculada fraternidad. Hijas únicas, amigas de travesuras y secretos, separadas luego por ubicaciones distintas de las escuelas en que fueron inscritas, atizaron el cariño con la imaginación, los recuerdos y un frecuente intercambio epistolar inconcluso que las mantuvo una al lado de la otra hasta la muerte de Imelda.

Memorable y amargo fue a la vez el cierre de campaña a la gubernatura de Colima. Recibió en aquel día la noticia fatal. Inexorables deberes habían impedido la última charla sugerida y deseada por Imelda, poco más de una semana antes. Nublóse el alma de la futura gobernadora con lágrimas que apenas disimuló ante los eufóricos partidarios. No sería éste el único mar de sollozos que la rodeara. Injusta parca arrebató al nieto joven y vivaz: consta el estrujante acontecimiento en página maestra de las *Memorias*.

El sentimiento trágico de la vida que simboliza el Caballero de la Triste Figura al recobrar la razón, fue transfigurado en un radiante y alegre sentimiento de la vida en la sensibilidad poética de Griselda Álvarez. Voluntad tenaz y talento inquisitivo junto con la *raison du coeur* fueron las llaves que cuidadosamente usó para abrir los portones del éxito. Lograr en lo concreto lo que se anhela en lo abstracto es éxito. Éxito, anota el *Diccionario de Autoridades*, “en el sentido recto, que vale salida de lugar, calle &c. no tiene uso; pero sí en lo figurado y metaphórico: como el éxito de una dependencia, de un negocio, de las cosas y materias que se tratan: y así de la que es dificultosa y mui ardua, solemos comúnmente decir, que no tiene éxito, esto es no tiene salida, ni manera de ajustarse y conseguirse. Es tomado del Latino *Exitus*, y se pronuncia la x como cs”. Vale ahora decir que los

éxitos de Griselda Álvarez lo fueron porque supo vencer o tramontar las *cosas y materias difíciles y muy arduas* que obstaculizaran acá o allá los pasos que ha dado en la vida. En los estudios saltó de la Normal para Maestros a la especialización en débiles mentales y menores infractores, ocupando la cátedra destinada al saber de trastornos del lenguaje, educación, fisiología y etiología de la delincuencia, y en seguida de un *prolongado más allá* ingresó, mayor entre jóvenes, a la Facultad de Filosofía y Letras, con el anhelo de alcanzar alguna vez la Subsecretaría de Cultura en la administración federal. Obtuvo mención honorífica en el examen recepcional con tesis sobre la inmortalidad en la obra de Jorge Luis Borges. No fue la Facultad miel sobre hojuelas. Directora general de trabajo social de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, en el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, y alumna en la UNAM, crearon estos papeles la apariencia de una contradicción en el marco de 1968. Chocaron gobierno y Universidad; ésta en defensa de la autonomía y aquél víctima de una concepción obsesiva de los hechos que hizo confundir el derecho de disensión con una imaginaria amenaza comunista. El conflicto desgarraría sin misericordia alguna el renacimiento del pueblo y su juventud en el 2 de octubre de aquel año imperdonable. Griselda Álvarez sería víctima de la procaz injusticia. Al lado de su nombre, en el cuadro de honor de calificaciones –obtuvo 9.8 al final de la carrera–, leyó la increíble acusación: *de la CIA*. Surge al instante la protesta virtual de la verdad. El jueves primero de agosto, luciendo el moño negro desprendido de la corona luctuosa de su padre que le enviaran manos piadosas desde Colima, Griselda Álvarez marchó en manifestación de protesta encabezada por el rector Javier Barros Sierra. La palabra del Espíritu había sido brutalmente violada por los soldados. Los empleos llenáronla de experiencias extraordinarias. El primero fue marca sin olvido. En el laboratorio de la Casa de Cuna, sección de sangre, Coyoacán, conoció al médico que sería su esposo, y al mismo tiempo sufrió y vio una vez más los muchos factores que obturaban el desarrollo y la participación de la mujer en la vida privada y pública. Constante preocupación y ocupación de Griselda Álvarez, compartidas con amigas y amigos excelentes, son la batalla contra la discriminación de la mujer. Los nombres de amigas y amigos están citados en las *Memorias* con un hábil señalamiento de sus valores biográficos. Claro, cuentan en la nómina los compadres bien reconocidos entre

los lazos espirituales de la filiación religiosa.

Sin prisa salió del laboratorio de la Casa de Cuna a Educación, entró a Salubridad y pasó a las aleccionantes prestaciones sociales del Instituto Mexicano del Seguro Social, donde avizó no sin enojo y consternación la inmensidad de las pobrezas que agobian a la inmensidad de los trabajadores. Frente a estos grandes problemas nacionales —señalados una y muchas veces por la inteligencia mexicana: José María Morelos y Pavón, Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora, Mariano Otero, Melchor Ocampo, Ponciano Arriaga, Luis Cabrera, Andrés Molina Enríquez, Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín, entre los muchos—, la intuición política de Griselda Álvarez, germinada en la cuna, adquirió un temple entonces insospechado. El Partido Revolucionario Institucional, al que se adhirió, y el Senado de la República, en el cual representó a Colima, ayudaríanla a comprender que sólo el ejercicio y la orientación que se dé al poder político podrán, al menos un poco, satisfacer las necesidades generales. En su mente estaban las enseñanzas aprendidas en la subdirección de acción social educativa, con Jaime Torres Bodet, porque veía en la educación una ruta al esclarecimiento de las incógnitas del hombre y sus circunstancias: fomentarla, extenderla y profundizarla son exigencias *sine qua non* del progreso social y la felicidad personal.

Los años de senadora alimentaron la semilla sembrada en la casa paterna. Comentaristas políticos en los diarios, a la vez mal inclinados por intenciones poco secretas, y en los corrillos, la mencionaban entre los probables candidatos al gobierno de Colima. Esto y algo más fueron el punto de partida de la histórica batalla. Habría que romper de un solo tajo el nudo gordiano que impedía el ascenso de la mujer al poder. Página más o página menos, Griselda Álvarez concibe su victoria como victoria de las mexicanas, pues en adelante no encontraron ya cerradas las puertas; así lo acreditan las informaciones de los últimos lustros.

¿Cómo llegó al poder ejecutivo del estado de Colima? No rehúyen las *Memorias* el tratamiento de asuntos quemantes. ¿Fue, esa llegada, *dedazo* o voluntad popular? Inclínase la autora hacia el segundo término relatando con cierto detalle las múltiples visitas, promociones, consultas, intercambio de opiniones que tuvo con personas y grupos relacionados con el caso. Encontró buena y discreta acogida,

con la excepción del secretario de Gobernación –los colimenses no aceptarían una mujer gobernadora-. Sin embargo, no desistió; procuróse entrevista presidencial, hizo la pregunta impropia –usted, señor, ¿me apoya?- y obtuvo respuesta inmediata: *consulte a quien deba consultar*, y como es obvio, marchóse a Colima a interrogar a los colimenses.

La abundancia de quehaceres hallaron un primer remanso al enterarse por boca del secretario de Gobernación, acompañado en el acto de dirigentes del Partido Revolucionario Institucional, que había sido elegida como candidata a gobernadora de su patria chica. Rindió la protesta, hizo campaña, triunfó en las elecciones y tomó posesión del cargo. Y vuelve la pregunta: ¿fue dedazo o voluntad ciudadana? Reptimos, Griselda Álvarez percibióse siempre unguida por el pueblo.

¿Cómo gobernó? El populismo la asaltaba con frecuencia. Hay razones históricas inmediatas. El populismo fue condenado con el propósito de amenguar la política de apertura que Luis Echeverría adoptó para suavizar las tensas opresiones creadas por los acontecimientos del 68: urgía una estrategia de comunicación entre las autoridades y el pueblo. México no cabía en la nuez prensada por la violencia y la incomprensión. Era vital reanudar un diálogo gestor de aquiescencias por el expediente de dar y recibir, y a este juego político inevitable llamáronle después populismo.

Implantó la gobernadora de Colima dos tácticas: enfrentar los problemas e inducir concordancias, y resolvió con ellas delicadas cuestiones. La justa e incomprendida oposición de los universitarios, mejor trato a los niños cosecheros del limón, en Tecomán, designación de mujeres en la administración sin repulsa varonil, y un océano renovado y bullente de negocios que genera uno y más océanos de demandas. En política la incógnita despejada incita la aparición de nuevas incógnitas que deben despejarse también; se trata en verdad de una lógica de inducciones y deducciones interminables. Y en este orden de cosas, los paisanos de Griselda Álvarez rememoran con cariño el empeño incansable de la gobernadora en la atención que a diario concedió a las solicitudes. ¿Echó o no mano del populismo? Sería interesante saber cómo contestarán los lectores la curiosa interrogación.

A los métodos de gobierno habría que añadir la soledad, pues con ella se encontraba Griselda Álvarez al volver a una Casa de Gobier-

no sin más gente que lo servidores. ¿Es imaginable alguien que no necesite los miramientos del otro?, y los altos funcionarios ¿podrían prescindir de garantías de seguridad? Griselda Álvarez hace una delicada apología del *guarura* mexicano que seguramente despertará inquietudes entre muchos, muchos lectores. La soledad, por lo demás, proporcionó a la gobernadora, estoy seguro, luces y más luces para el ejercicio político. Ni los filósofos ni los psicólogos, ni las personas de sentido común lo niega. El encuentro del *homo sapiens* consigo mismo es un ensimismamiento creador de certidumbres y hermosas ilusiones. Con la duda metódica Renato Descartes pretendió echar las bases de la era moderna en el siglo XVII.

Cuán torpe sería hablar de Griselda Álvarez sin hablar de la poesía. En la entrada de su licenciatura en Letras confesó el escribir poesía antes de saber escribir. *La sombra niña*, *Cementerio de pájaros*, *Dos cantos*, *Desierta compañía* y *Letanía erótica para la paz*, hecha esta última música y danza, pertenecen a la era prefilosófica. Sergio Fernández, María del Carmen Millán, Luis Rius, Juan Manuel Lope Blanch, Margo Glantz, José Luis González, Raymundo Ramos, Huberto Batis, Concepción Franco López, para no citar más, fueron los maestros, y Griselda Álvarez siguió y sigue escribiendo poesía antes y después de esto y aquello porque imposible es detener lo que viene desde dentro.

Rezuman las *Memorias* en generoso y noble sentimiento de alegría del vivir que adquiere a cada momento dos expresiones: la política y la poesía ayuntadas en el misterio del alumbramiento creador del bien común, en la política, y de la revelación de lo bello, en la poesía. Son estas esencias las que dan perfil propio al documento de Griselda Álvarez. Pero hay más esencias y también incidencias que el inquisitivo lector buscará y encontrará complacido en los renglones y enterrerglones del libro que ahora queda en manos de los estudiosos.

HORACIO LABASTIDA

Coyoacán, mayo de 1992

I

ANTES que el doctor Alzheimer me anote en su estadística, he decidido escribir mis memorias.

Quiero que estas líneas sirvan de algo, que sean un testimonio ve-raz de cuánto una mujer caminó para llegar a la primera magistratura de un Estado y cuánto también para sostenerse en ella.

Mis renglones van a carecer de esa solemnidad que nos caracteriza a los latinoamericanos. Sin caer en la frivolidad serán un tejido de anécdotas, urdimbre de sucesos de todo género a lo largo de una vida. Eso espero.

Las memorias son el *streak tease* de los ancianos. En la tercera edad tenemos el ánimo bien dispuesto a decir *todo* con cierto atrevimiento o imprudencia. Nuestro descoco tiene razón de ser. Posiblemente se base esta actitud en que o bien “ya la hicimos”, como se dice ahora, y no tenemos nada que perder, o conservamos evidente narcisismo no exento de una palpable disposición dogmática.

Sea cual fuere la explicación, la verdad es que me he sentido impulsada a hablar en primera persona por una amiga, la directora de *Siempre!*, revista de primer orden, cuya pluralidad de ideas es ya garantía que la convierte en magnífica tribuna. Gracias, Beatriz Pagés por la generosidad de la invitación.

Estos renglones formarán parte importante de mi nutrida egoteca. Es un deleite. Porque es gozoso decir el monosílabo “yo” en primera línea y nuestro “yoíto” insistente en término inicial, que hemos pronunciado miles de veces a lo largo de la vida para afirmarnos, para apuntalar la existencia, para atestiguar los propios actos.

Yo.

He de empezar cortésmente con mi propia comparecencia: Griselda Álvarez Ponce de León, para servirle.

Por lo Ponce de León, he reunido recuerdos como quien arma un rompecabezas. Sé que fueron soñadores, ilusos, adinerados. Mi abuelo, el abogado Guillermo Ponce de León tuvo una vasta hacienda ganadera, Palmito del Verde, cerca de Escuinapa Sin., cuyo administrador, don Natividad Toledo, fue padre del gobernador Antonio Toledo Corro.

El Palmito del Verde comprendía también Teacapán, actual propiedad de un magnífico y culto amigo mío, Antonio Haas, cuyas cualidades son mucho más numerosas que sus defectos. Teacapán es un paraíso por lo bien cuidado y lo feraz. Hace tiempo, no sé ahora, había un ostión igual al *blue point* de Nueva York. Pequeño y sabrosísimo.

Los Ponce de León, al cumplir 21 años de edad, eran heredados por mi abuelo y se lanzaban a Francia, tan de moda, a perfeccionar sus aptitudes. De ello, mi tío Juan dejó dos libros de poesía, digamos decorosa, con el sello romántico de la época y Rafael, dedicado a la pintura, muy a lo Henri de Toulouse-Lautrec, logró destacar en el grupo de Roberto Montenegro, Gerardo Murillo y Amado de la Cueva. Dejó muchísimas obras que están en el Museo de Guadalajara.

Pero los tíos pagaron alto tributo a París: los dos, Juan y Rafael, se malograron muy jóvenes porque la llamada “peste blanca” de esos años no era controlada por la ciencia médica como ahora. Aurelio, el mayor, vivió en Japón los últimos veinte años de su vida, en la diplomacia, y así mi madre quedó dueña absoluta y consentida por el afecto de sus mayores.

De ella recuerdo en los poquísimos años que me vivió su alegría de existir, su gusto por el arte (literatura, pintura, música) su juventud tan vital. Fue para mí como una ráfaga, como un golpe a mitad de pubertad. Nada y todo.

Hay una anécdota que la presenta de cuerpo entero. Dicen que fue en mi bautizo. Al llegar al santuario de Señor San José, el presbítero don Manuel Diéguez, pariente cercano del general del mismo apellido, preguntó por mi futuro nombre.

Mi madre respondió:

-¡Griselda!

-Imposible –contestó el sacerdote-, no hay santa, eso no está en el santoral, eso ha de ser nombre de pájaro.

-Pero, padre, usted no ha leído nada –replicó mi madre-. Griselda es el nombre de una valquiria que habitaba en el paraíso de Walhalla o Valahala, es de la mitología escandinava y significa combate. (Prenicación materna.)

-Pues no la puedo bautizar.

-Pues se queda sin bautizo.

Y Doña Dolores Ponce de León de Álvarez abandonó la pila bautismal con su niña ante el azoro de los acompañantes.

Ocho largos días, después de varias juntas de “conciliación y arbitraje”, fui bautizada como María Griselda.

Por supuesto, este nombre completo sólo se empleó para gritarme cuando había infringido gravemente una regla hogareña:

-¡¡María Griselda!!

Por lo Álvarez, vengo de una familia vecindada en Colima desde el mil setecientos y tantos, donde en línea recta los antepasados tuvieron cargos en el gobierno del entonces territorio. Después, en 1857, el general Manuel Álvarez Zamora, mi bisabuelo, fue el primer gobernador del estado de Colima. Su mandato fue breve. Eran tiempos, como todo el siglo XIX, de desestabilización y sacudimientos políticos y así nada tiene de extraño que mi bisabuelo sucumbiera en aquella rebelión, al grito de “Religión y Fueros”, asesinado por los mochos el 26 de agosto de 1857.

En *México a través de los siglos*, en el tomo V, p. 241, se dice:

Hacia algún tiempo que el general don Francisco Ponce de León y don José María Mendoza habían sido expulsados de Colima, porque el general don Manuel Álvarez, gobernador del Estado, tuvo noticia de que trataban de alterar la tranquilidad pública. Las personas nombradas llegaron a la capital [...].

Pero el 26 de agosto a las 12 del día, Ponce de León y Mendoza sorprendieron el palacio del gobierno, se apoderaron de la artillería y de otras armas, sacaron a los presos de la cárcel para aumentar su fuerza, y en el conflicto que tal atentado ocasionó, fue muerto el mismo gobernador Álvarez, rico propietario de Colima, generalmente querido por el buen uso que hacía de su cuantiosa fortuna a favor de la clase menesterosa.

La estatua con que se honra su memoria está en el Paseo de la Reforma, de la ciudad de México, frente a la del maestro Gregorio Torres Quintero, otro ilustre colimense.

Tres generaciones más tarde se unirían los apellidos de los dos generales, el de Álvarez y el de Ponce de León, como extraño destino de mi hermana Imelda y mío.

Mi bisabuelo era católico y con su dinero se había construido parte del templo de la Salud que todavía existe. Esto no era obstáculo para

que sus convicciones lo llevaran a un juarismo acendrado, manifiesto en su adhesión a las Leyes de Reforma.

Al morir –naturalmente excomulgado– mi bisabuela quiso enterrarlo “en sagrado” en el templo de sus preferencias: la Salud; pero tropezó con la dificultad de la excomunión, misma que fue allanada por la Iglesia con dos mil duros (de 1857) que le pidieron a mi bisabuela y determinado número de azotes al cadáver del General para desendiablarlo.

Esto, que pudiera parecer exageración de mi espíritu revanchista, se puede leer en la Hemeroteca Nacional, en *El Siglo XIX* o en el *Trait Union*, informadores de ese tiempo.

Quiero pensar que los azotes fueron dados emblemáticamente con el manípulo o con el cingulo, pero... se trataba de la primera autoridad del Estado. Tal era la prepotencia del clero en esa época.

De esta circunstancia derivó una curiosa división intrafamiliar; los descendientes hombres se hicieron feroces comecuras y las mujeres conservaron su fanatismo religioso al grado de que una hermana de mi padre consiguió permiso especial para tener en su hogar Oratorio Pontificio durante la rebelión cristera.

A banderazos con esta disparidad heredada, mi hermana y yo fuimos internadas en colegio de monjas, donde yo solía vulnerar mis libros de Historia –con el disimulo de mis maestras– dibujándole cuernos y cola al Benemérito de las Américas. Este pecado de lesocivismo, muy común en la generación a la que pertenezco, herencia mezclada de liberales y conservadores, lo lavé con creces tiempo adelante.

Años después, trabajando en el Museo Pedagógico Nacional, que dirigía mi maestra Dolores Uribe Torres, y siendo compañera de labores del gran Francisco Liguori, encontramos una estadística urbana de Miguel Lerdo de Tejada, efectuada en 1856. Allí estaba de manera fehaciente el poderío en las propiedades de la Iglesia. Con sólo leer la estadística, se deducía la grandeza a *contrario sensu* de Juárez. Era como la luz de un relámpago que iluminaba mi joven conciencia. Ahora entendía el porqué de “las manos muertas”, en fuerte antecedente de las Leyes de Reforma de Juárez.

II

DEBO seguir presentando a mis principales familiares. Muertos o vivos forman parte primordial de mis memorias y del entorno en que he vivido.

Tal vez una honda huella formó en mí el complejo de Electra. Hombre recio, definido, bronco y a la par emotivo, sensible, tierno. Por las venas, en línea recta, sin proponérmelo soy dura y paralelamente conservo en una mano, dispuesta a darla, la flor de la ternura. Sé hacer llorar y sé hacer reír como patrimonio de esa calca exacta. Me gusta el pueblo, lo amo y he tratado de convivir con él y de servirlo cuando ha sido doble la ocasión. Tal es la herencia de mi padre.

Fue gobernador de Colima cuando los periodos gubernamentales duraban cuatro años. Esto es mucho decir, porque los ciudadanos cortaban el mandato en la posrevolución con la sobrada frecuencia y a la menor provocación o dificultad. Sin embargo, él gobernó cuatro años, de 1919 a 1923. Ha sido –lo puedo asegurar– el gobernante más popular que ha dado Colima. Todavía lo recuerdan los hijos de los viejos. Todo contribuía. Le gustaba alternar con los necesitados. Los atendía. Dominaba toda clase de suertes charras: florear, rejonear, lazar, montar a pelo, “el paso de la muerte”. Su gallarda figura era factor de simpatía y su audacia y valor fueron elementos de aprecio en hombres y mujeres. Algún día cometió el desacato de subir a caballo (se llamaba el *Packard*) por las escaleras de Palacio y “rayarlo” asomando al balcón central para mostrarse ante el pueblo congregado en la plaza, con el consiguiente susto y gritos de entusiasmo de sus paisanos. En la actualidad, si un gobernador se manifestara de esta manera, obtendría un punto malo o algo más... En aquel entonces se conquistaba el mejor aplauso. También el atuendo del diario era diferente: pantalones y camisola caqui, botas altas, sombrero *Stetson* e indispensable pavorosa 45 a la cintura.

La habilidad política de mi padre le hizo sortear serias dificultades. A él le debo mi tendencia al civismo, a la política.

Desde pequeña me gustaba la poesía. Memorizaba “versitos”. En ese tiempo no existía el invento que cortó de tajo la conversación familiar, la “tertulia” entre los amigos. Me refiero a la televisión.

Había un día de visita especializado en la comunicación. Los niños también participaban para hacer más variada la reunión. Por ejemplo, tocar una piecicilla al piano, decir una recitación. Aquí entraba yo a mis chocantísimos ocho años: grandes ademanes, sonrisas forzadas mostrando mi cambio de dentición permanente. “Molacha”.

En fin.

Un día mi padre me llamó aparte y sentenció, abandonando el tuteo, que así lo acostumbraba en las deliberaciones solemnes:

-Mire usted, déjese de versitos cursis. De hoy en adelante, cuando le pidan que recite, va a declarar esto que se va a aprender de memoria sin faltar una palabra. Y se lo dice a todas las visitas y se lo repite siempre.

Me entregó un largo escrito que decía:

El Congreso de Anáhuac, legítimamente instalado en la ciudad de Chilpancingo de la América Septentrional, declara solemnemente por las provincias de ella y a presencia del Señor Dios árbitro moderador de los imperios y autor de la sociedad, que los da y los quita según los designios de su providencia, que por las presentes circunstancias de la Europa misma, ha recobrado el ejercicio de su soberanía usurpada [...]

Nada menos que el Acta de nuestra Independencia.

A la siguiente tertulia, cuando fui requerida para mostrar mi gusto literario, bracitos hacia atrás, lejos de cualquier aspaviento esta vez, les espeté toda mi tremenda sabiduría.

Por demás está decir que no sabían qué le estaba pasando a la niña. Nunca más me convidaron a revelar mis gracias.

Pero yo había recurrido al diccionario y ante los extraños vocablos como soberanía, árbitro y demás pude entrever un mundo que mi padre me fue agrandando. Al preguntarle qué era Congreso y por qué no había mujeres, él festejó con una risa mi precocidad y replicó:

-La política es cosa de hombres.

-Entonces, ¿para qué me hiciste aprender de memoria el Acta de Independencia?

Me miró intensamente y no contestó.

Al cumplir diez años de edad me enseñó a tirar al blanco y me regaló una pistola *de verdad*, un revólver *Colt* calibre 32 que todavía conservo (con permiso de la Defensa Nacional). Me dijo que era para

matar una ardilla con rabia si la llegara a encontrar en mis paseos solitarios por los potreros de la hacienda. Este fue el subterfugio. En esos tiempos no se hablaba como ahora tan frecuentemente de violaciones a niñas, pero yo, como buena costeña, empezaba a tener formas prematuras de mujer... Por si acaso.

Nos llevaba a actos oficiales, ya que como ex gobernador se le invitaba a todas partes y porque la popularidad no termina de golpe.

Por supuesto nos enseñó a montar a Imelda y a mí en cualquier caballo y a veces “a pelo” para perder el miedo. También, a la calzada Galván de la ciudad de Colima nos llevó en las postrimerías de la rebelión cristera a ver “colgados”. Era nuestro primer encuentro rudo con la muerte, “para que nos hiciéramos fuertes porque el país escupía sangre”. Esto lo relato en *La sombra niña*, libro que recoge parte de mi infancia azarosa.

Pocos años después murió con el resabio de no tener hijos varones. No alcancé a verlo morir. No me llevaron a su entierro. Estaba en México estudiando. Pero el pueblo llenó las calles. Y yo estaba ya “marcada” con el fierro de la política.

La política, el gran porqué de mi vida. El destino no manda, uno escoge ante la gran oportunidad que empuja. Se dijera coacción. Y la política es un quehacer noble que impulsa con imperio, a veces es la ocasión de servir a enorme escala, es una vocación que, como su nombre lo dice, llama, vocea desde el fondo de la conciencia y es tan poderosa su voz dictando el mandato y al mismo tiempo tan sutil, que cuando se oye bien ya estamos involucrados en la lucha por el poder y no podemos ni queremos retroceder. La política, como virus, ha invadido nuestro ser y no hay todavía antibiótico que la detenga.

De ahí para adelante.

Quiero intensamente sobresalir en la escuela y logro mi objetivo. Soy “la primera” desde quinto año de primaria. Es mi ambición. Mi soberbia. Pero también descubro que mis carencias afectivas, mi orfandad, mi soledad familiar, me impelen al estudio inevitable.

De tío en tío. Todos mayores de 1.90 de estatura. En Colima es muy frecuente encontrar varones altísimos y hay testimonios en piezas arqueológicas de hombres longilíneos que reflejan esta condición del mundo antiguo.

El general Higinio Álvarez, hermano de mi padre, egresado del Colegio Militar, de carrera, participa en el sureste de la República en la

sofocación de la revuelta delahuertista, previa formación de un regimiento de cuatrocientos rancheros del Chical, su hacienda, a quienes equipa de su peculio con *Winchesters* y caballos, para servir al Gobierno constituido. Así se hacían las cosas en 1923.

El general Higinio Álvarez alcanza la senaduría de la República y llega a ser presidente del Bloque de la Gran Mayoría, como se decía entonces.

Lanza una idea, una iniciativa tendente a la adopción de la ciudadanía continental. “Primer paso hacia la unidad económica y política de nuestro Continente”.

El general Augusto C. Sandino le contesta desde el Chipotón en mayo 20 de 1928, hace sesenta y dos años, adhiriéndose a la idea.

Conservo una copia de la carta. Por su importancia el original lo obsequié al Museo Nacional de Historia del Castillo de Chapultepec, cuando era directora activa doña Amelia Lara. Me maravilla comprobar cómo en estos días (octubre de 1990) se vivifica la idea en otros términos pero con iguales finalidades.

América Latina unida.

El ideal de Bolívar, el ideal defensivo de nuestros ascendientes que desarrollan los presidentes contemporáneos.

III

MIS PARIENTES

A COLIMA se le quiere fácilmente. De sus habitantes he de escribir por orden y en extensión más adelante. Es un Estado pequeño: 5 191 Km², según documentos de la Secretaría de Programación y Presupuesto de 1977, o 5455 km², según el maestro José Ocegüera al incluir las islas Revillagigedo. Su clima es caluroso pero no insoportable. Su cielo, llovedor. En realidad no tiene estación invernal y su otoño no llega a frío; por eso no se acaban totalmente “las plagas” y no se logran todas las hortalizas a pesar de las fumigaciones. Pero en cambio su vegetación permanente es fuerte todavía, y digo todavía porque de niña me tocó visitar con frecuencia lugares como Cualata y Salsipuedes, verdaderos bosques impenetrables en aquel entonces, en donde para abrir brecha se necesitaba del machete y de la sierra. La brecha quedaba convertida en angosta y larguísima nave de un templo vegetal interminable. Aquello era otra cosa.

Además de palmeras, sabinos, higueras, *parotas*, primaveras, caobas, *huizilacates*, lluvia de oro, rosamorada, *tampincirán*, camotillo, *zolocuahuitl* (que da flores blancas en otoño), granadillo, *zangualica* (que al partir su madera huele a cerveza), había también palma de coquito de aceite. Todo esto fue arrasado con paciencia y necesidad inmediata para sembrar maíz.

Muchas de estas maderas llamadas “de corazón” existían o existen en África. Pero en Europa se importaban por los ebanistas e iban del Continente Africano para servir de delgada y fina chapa en el acabado de muebles. Aquí en Colima se empleaban para construir durmientes de ferrocarril.

También se dice que hubo ébano y sándalo que convirtieron en carbón para calentar tortillas. Las tortillas más caras del mundo y las mejor perfumadas.

¡Que poesía!

Ahora, con diferente conciencia, se le denomina destrucción de la reserva ecológica.

También la fauna era variadísima. Desde infinidad de pájaros de

distinta hermosa apariencia, mezclando sus cantos a los sonidos no identificados de la selva. Una fauna de extensa familia, desde inocentes tejones hasta el terrible *mojocuan* el tigrillo, pasando por iguanas, salamanquesas y murciélagos. Pero también variedad de mariposas y en el atardecer multitud de “alumbradores” o luciérnagas (coleóptero que emite una luz fosforescente y cuyos órganos luminosos están situados en los segmentos del abdomen). Los machos vuelan solamente en las noches calurosas y con ellos juegan los niños al atraparlos en pequeños frascos. De esa fauna aún quedan iguanas en Tecomán para hacer sabrosos caldos.

¿Se acabarán también?

En aquella maraña tropical que formaba techumbre y hacía bosque cerrado a los rayos solares, el trabajo de los coquiteros consistía en recoger el fruto, el coquito caído al suelo, entre helechos y yerbales. De este fruto, no más grande que la nuez, se obtenía una especie de almendra. La corteza era durísima y se golpeaba para romperla con una piedra sobre otra, protegiendo los dedos con guantelete de cuero de vaca.

Los coquiteros, minados por el paludismo, ojerosos, pálidos, enflaquecidos hasta observarse buena parte del saliente esqueleto, acarreamos sus canastos sobre la espalda hasta el lugar de la quiebra.

Siempre que mi hermana y yo los vimos concordábamos en que parecían verdosos fantasmas, sentados en rueda, con una braga corta por toda vestimenta en medio del fuerte calor húmedo y dentro de la penumbra del palmar.

Jején o *chaquiste*, garrapata, zancudo, pinolillo. Les llamaban “perjuicio”

¿Por qué doy tan largo recorrido para hablar de mi hermana, de mi parienta querida? Para centrar el ambiente en que crecimos, la atmósfera mitad delicia y mitad amargor.

Mi hermana y yo.

Yo y mi hermana.

La hacienda de mi padre, San Juan de Chiapa, cañera, con ingenio y alambique, de alto chacuaco cerca del casco, en la falda del humeante volcán de Colima, municipio de Cuauhtémoc.

Esperábamos con ansia las vacaciones grandes.

Magnas amigas, cómplices formales, sobre todo cuando cohechábamos a Tacho el caballero para que nos ensillara los caballos al

aproximarse una tormenta y acompañara nuestro paseo. Amarrábamnos al cuello las *chinas*, impermeables hechos con hojas de “palma de manita”, antes de que apareciera el funesto plástico que quitó belleza a la indumentaria del campesino.

Nuestras cabezas bajo la regadera de la tormenta y, al galopar, el ruido de la *china*: chas, chas, chas, que se mezclaba con el natural del aguacero y se entreveraba de rayos escandalosos como sólo en Colima los he oído.

A cada relámpago, la invocación religiosa de Tacho: -¡Preciosísima sangre de Cristo, favorécelas!

Encontrar el chubasco, acercarse a los rayos, dominar al caballo asustado: éstos eran nuestros inocentes juegos de pubertad.

Así crecimos. Saludables, fuertes, seguras.

Pero... de Imelda me daba miedo su carácter dulce, su proceder obediente. Me seguía. Admiraba mi indisciplina y era la primera en adherirse a mis determinaciones.

Para las dos fue una dura contrariedad nuestra separación, ya huérfanas de padre y madre. Por circunstancias familiares a ella le designaron otro colegio y yo permanecí en el mismo, en secundaria.

Nos escribimos con frecuencia; nos comunicamos nuestras pequeñas graves angustias y nuestros logros, cambios físicos o percances.

En alguna carta, recuerdo que me comentó la gracia que le había hecho mi última “hazaña”.

Resulta que en el internado de monjas se premiaba a la que obtenía el primer lugar en todo, incluyendo deportes. Pues, ni modo, debo confesar que ese año ocupé el primer lugar. El premio consistía en convertirse en “monaguilla” durante la misa diaria que oíamos en la capilla del colegio. Duraba un mes el honroso cargo. La misa era en latín.

Había un pero. En ese tiempo se prohibía a las mujeres subir al presbiterio. Desde abajo del peldaño, en la orilla, yo contestaba los latines del padre y sólo usaba la campanilla en los momentos adecuados.

El oficiante daba la misa de espaldas a los fieles y sólo giraba el cuerpo para dar la bendición o para decir:

-iOrate fratres!

-iOremus!

-iBenedicamus domino!

En ese preciso instante yo subía el pie al presbiterio y me le quedaba viendo a los ojos en decidido reto con toda la dureza de mis pocos años.

La primera vez que esto sucedió, el padre se desconcertó un poco y no dio crédito a lo que veía.

A las tres misas, el sacerdote se convenció de lo visto: yo *pisaba* el presbiterio.

Había un duelo de miradas por unos segundos y él tenía que continuar con el rito.

Comentó con las monjas el desacato y yo fui llamada en juicio sumario.

-¿Por qué las mujeres no?, ¿por qué?, ¿por qué? –fue mi demanda.

No me dieron razones. Era como cuando en la clase de dogmática y apologética me estrellaba en los dogmas con sor Francisca Tijerina, mi neoleonesa maestra de religión.

-Hasta ahí, Griselda. Hasta ahí. Eso es *dogma*.

¿Era mi primer brote de este doloroso agnosticismo que siempre he padecido?

¿Era mi primer manifiesto feminista?

IV

CON tres años de diferencia, tanto Imelda como yo contrajimos matrimonio. Ella con un gerente de la iniciativa privada. Hombre excelente, trabajador como pocos, que la hizo feliz con una gran armonía hogareña.

Durante la guerra de 1939, en plena ocupación del capital extranjero, él cumplió con inquebrantable lealtad, porque a pesar de la congelación de precios y el aumento de salarios, mientras otros grandes negocios quebraban, él supo mantener la empresa a la que servía con ganancias y, al término de la guerra, entregar óptimos resultados.

De su matrimonio mi hermana tuvo tres hijos, Imelda la mayor, explosiva en sus afectos, generosa, culta; es psicóloga y tiene maestría en terapia familiar. Consultorio lleno, realizada, con un marido estupendo que curiosamente se llama como mi bisabuelo: Manuel Álvarez Loizaga. En una de sus hijas se repitió mi nombre Griselda Álvarez: listísima. La otra, Talía, quinceañera linda.

Gabriela, mi segunda sobrina, constructora de sí misma, ha logrado como su hermana buena cultura: es maestra en educación preescolar, licenciada en historia y tiene maestría en desarrollo humano. Dinámica. Ojalá algún día se siente a descansar diez minutos. Está casada felizmente con Jorge Valadés, extraordinario, gran muchacho. Tienen tres hijos. Bien educados y guapos.

Mi tercer sobrino, José Arturo Pliego, a los once años fue enviado a Hindelang, a perfeccionarse en el idioma alemán. Estudió en el ITAM la licenciatura de economía con mención especial. Después se posgraduó en la Escuela Wharton de la Universidad de Pensilvania. Es Premio Nacional de Economía. Ha seguido una buena carrera bancaria. Formalísimo. Anisa Rivero Borrel es su esposa. Excelente, además de bella. Dos hijos pequeños y lindos.

Tengo además un ejército de sobrinos segundos y uno que otro primo y prima. Entre ellos destaca Miguel Álvarez del Toro, radicado en Chiapas hace cuarenta años, gran zoólogo, que domina la ecología desde antes que se usara el vocablo tan frecuente ahora. Dirige el Museo de Historia Natural y el Zoológico de Tuxtla Gu-

térrez. Un hijo suyo, Federico Álvarez del Toro, es reconocido ya mundialmente como compositor. Ha dirigido importantes sinfónicas e incorporado la marimba como instrumento de música clásica.

Cuando me casé con un médico viudo, recibí dos niños de su primer matrimonio: ella, Esperanza, de tres años de edad, y él, Juan Antonio, de 6 meses.

¿Masoquismo inicial? No lo creo.

Conservaba en mi interior el sello de la orfandad y sabía perfectamente lo que sufren los huérfanos. Me atrajeron poderosamente. Los he querido, los quiero. Una de las hijas de aquel niño se llama Erika Griselda en recuerdo de la madrastra que los cuidó.

De este capítulo de parientes que he determinado guardar en mis *Memorias*, dejo al final a cuatro: mi hijo, mi nuera y mis dos nietos.

Mi hijo único, Miguel. Se llama así en recuerdo de mi padre y porque su hermanito ya llevaba el nombre de mi marido.

Desde los cinco años que aprendió a leer, casi no ha hecho otra cosa en su vida. Ha devorado, es la palabra, varias bibliotecas. Casi obsesión. Muy culto como consecuencia. Muy sensible. Introverso.

Estudió medicina con éxito. Buen diagnóstico como el de su padre. Es también maestro en salud pública. Epidemiólogo. Fue jefe en varios cargos relacionados con la administración de la medicina. Ejerció la profesión durante algunos años hasta la muerte de su hijo varón, mi nieto Miguel Ángel. Ese día imborrable, 26 de julio de 1984, “colgó la bata”, como se dice.

Desde estas líneas quiero dejarle públicamente un testimonio de gratitud por lo que moralmente me ha dado: su apoyo continuo, su profundo respeto, su resistencia, su tolerancia.

Yo sé que es difícil ser hijo de Griselda Álvarez.

Mi nuera. Es educadora, guapa, elegante, de hermosos ojos azules que cambian de color según el ambiente o la tonalidad del traje. Se llama Silvia. Formada en un hogar conservador, es firme de convicciones. En ella predomina la sangre alemana de sus ascendientes. Resiste el dolor moral con estoicismo. Admirable como madre, supo estar en todas las batallas durante largos seis años hasta que perdimos la guerra.

Seis años. Un día Miguel Ángel, cuando tenía tres de edad, ama-

neció sin ganas de jugar. Estaba pálido, soñoliento, anorético. Los ganglios del cuello infartados. Mi hijo tenía la esperanza de que fuera mononucleosis.

Pero vino el diagnóstico despiadado: leucemia.

La bola negra de la mala suerte. Y empezó el combate: médicos, hospitales, recursos de todo género, análisis, pruebas, cambios de país. La esperanza como una llamita verde cada vez más descolorida, Miguel Ángel cada vez más inteligente, más encuestador, como si paralelo a la enfermedad se le desarrollara el entendimiento. Se acercaba a la Gran Cita y quizá por eso se volvía sabio para entender el injusto final.

Nos confrontaba. Exigía respuesta a sus terribles preguntas. En algún momento desconcertó a los médicos con sus interrogaciones.

No quiero entrar en los detalles de aquella madrugada. Anhele y no puedo borrar la escena última: mi hijo limpiando con una pequeña gasa la sangre de la final arqueada que permanecía sobre el pecho del cadáver de mi nieto. Sangre, tan nuestra, mezclada con las lágrimas de un hombre al que *nunca* había visto llorar.

Mónica, mi nieta única, 1.73 de estatura. Tiene nombre de campanita. Y así es. Vive dentro de la música. Pero también dentro del estudio, en finales de preparatoria. Bilingüe a la perfección. Es el punto festivo de la casa.

De ella quiero dejar constancia en algo que me regaló el destino. Retrocediendo un poco diré que después de recibirme como maestra normalista, hice un posgrado sobre niños atípicos. Aún recuerdo a mis maestros: doctor Roberto Solís Quiroga, Héctor, su hermano, Dolores Uribe Torres y su hermana Ana María, la maestra Zúñiga y otros.

Me especialicé en trastornos del lenguaje; incluso llegué a corregir de una dislalia a cierto gobernador... Él se acuerda. Pues bien, Mónica tiene cuatro meses de edad cuando se me ocurrió hacerle una prueba sencilla. Empecé a platicarle para centrar su fugaz atención en mi boca, de donde salía el ruido de la palabra.

-Mónica, aunque no me entiendes lo que te digo, quiero pedirte que adelantes tu lenguaje. No digas papá o mamá como primera palabra. Sé original. Para tu sobrevivencia es importante la palabra: a-g-u-a. Fíjate bien: a-g-u-a, a-g-u-a.

Dije el vocablo agua como diez o más veces captando lo huidizo de su atención sobre mis labios, exagerando los movimientos.

De repente se estremeció toda, se sacudió y deletreó perfectamente: a-g-u-a dos veces seguidas.

Yoyi, la hermana de mi nuera salió corriendo de la recámara, asombrada e incrédula.

Mónica, buen sujeto de aprendizaje. Decidí llevar cuenta de sus adelantos y de impulsarlos hasta donde me fuera posible en las ocasiones que la veía.

A los seis meses tenía cinco palabras: mamá, papá, agua, araña y leche. Lo de araña salía sobrando; era porque habíamos jugado varias veces a ese pasatiempo de “la araña, la araña, te pica la araña”, y la reiteración había fijado el vocablo.

Tengo el estudio total de sus avances, de cuando apareció el diminutivo, el sinónimo, el juego de palabras, el pensamiento abstracto. A los tres años tuvo el lenguaje completo, con partículas. Normal. Sabemos que el lenguaje es la manifestación directa de lo que pensamos, lo que nos distingue como seres racionales, y que para nuestro desarrollo es necesario la ampliación del vocabulario. Por medio de éste nos damos cuenta del grado de cultura de nuestros interlocutores y, refiriéndonos a los niños, nos percatamos de que su desarrollo va atrasado, normal o adelantado, para medir por medio de *tests* su inteligencia. Psicometría pura.

Una noche hizo su aparición el pensamiento abstracto en Mónica. Sus papás tuvieron un compromiso social y me la trajeron a casa. Tenía exactamente tres años nueve meses.

Ya en la cama, al darnos las buenas noches, apagué la luz.

Permanecimos en la oscuridad, en silencio como cinco minutos y de repente habló:

¡Abuela!

(Nunca ha usado conmigo el diminutivo.)

-Dime.

-¿Sabes una cosa? El tiempo que pasa ya no vuelve a pasar.

Prendí la lámpara de inmediato. ¿Era Heráclito el que estaba en mi cama?, ¿o era el inconsciente colectivo que hablaba por boca de una criatura menor de cuatro años?

Todavía atónita exclamé:

-A ver, Mónica. No entendí. Dímelo con otras palabras para saber

qué estás hablando.

-Mira abuela, ¿qué día fue ayer?

-Viernes.

-Pues –concluyó- ese viernes ya pasó y no va a volver nunca.

El término abstracto “tiempo” estaba asimilado. Y yo no pude dormir bien el resto de la noche.

Después vino la primaria, la secundaria, que se constituyen en base y cimentación del edificio educativo y en donde por fallas y errores de programas los maestros somos capaces de “estandarizar” al más pintado.

Pero... el día 22 de octubre de 1990, Mónica ha pronunciado por primera vez la palabra *derecho*. Alguien la interrogó:

-¿Qué vas a seguir estudiando?

-No sé –respondió-. Quizá derecho.

¿Será abogada, juez, magistrada? ¿La alcanzaré a ver?

Por ahora estamos en la nebulosa del futuro. Pero su inteligencia clara, su gran memoria, su sentido de justicia, son presagios luminosos para que sea una buena ciudadana. Al tiempo.

V

AMIGOS Y COMPADRES

DESDE pequeña tuve buena memoria. Esto no es inmodestia. Son los genes que me tocaron en suerte, como tener tal color de ojos o ser resistente del aparato respiratorio.

Así, determinada *omisión* en la lista de amigos, amigas, compañeros en la vida política o en la literaria, es absolutamente intencional, a veces por la poca huella que me dejaron; en ocasiones también por su “alta traición”.

Creo en la amistad con toda el alma. Es algo más fuerte y duradero que el amor; éste es un punto tangencial en nuestra vida. Nos toca con su varita de virtud y se va. Nos deslumbra y quedamos ciegos por un tiempo. Cuando amamos con toda la fuerza y somos correspondidos en igual forma, cuando hay la difícil “completud” (neologismo inventado con acierto por Erich Fromm) se puede vivir plenamente el resto de los días, aun sólo alimentados por los recuerdos.

“Yo conocí el amor [...]”, dice un poeta antañón.

La amistad puede ser eterna, ésa es la gran diferencia y puede aumentar sus matices y solidificarse al paso de los años tan alta como las catedrales góticas de Europa. Para siempre.

Tengo muchos, muchos amigos que me dan ese alimento, ese privilegio, ese apoyo en los grandes momentos de la necesidad espiritual.

Por antigüedad quiero citar a María Luisa Riquelme de Ávila Rul y a Enrique, su esposo. Han formado la gran pareja. Los quiero muchísimo. Les debo favores inolvidables, como cuando ya huérfanas y pobres, a mi hermana le pagaron la colegiatura para que terminara su escuela; como también, cuando pasé en su casa mi convalecencia (operada, amigdalectomía) porque el tío que hospedaba temporalmente nuestra orfandad le tenía miedo a la sangre... Años después cuando tuve hepatitis grave ella me visitó diariamente y vigiló escrupulosa mi alimentación durante tres largos meses. Discreta, colaboradora, constante. Los Ávila Rul tienen un solo hijo: el arquitecto Enrique Ávila Riquelme, brillante como un sol, con un batallón de descendientes. María Luisa, mayor que yo unos dos años, ha sido mi

certera ayuda con sus inteligentes consejos y en momentos confidenciales la he sentido un mucho la madre que me faltó.

Hace treinta y seis años somos amigas Margarita Michelena y yo. De diferentes ideologías, ni un sí, ni un no, ni un “qué te importa”. Democracia pura, respeto, para ejemplo de convivencia en las cámaras. Amistad limpia, firme, compartimos penas, fiestas, gustos por la poesía. He rubricado con mi firma que es la poeta y escritora más culta que ha dado el siglo mexicano. Me honro con su amistad. Quiero a sus hijos.

Amalia Hernández, mi vital amiga. Es toda resistencia y trabajo. Tiene tratos directos con “el más allá” y así se explica todo. A ella le debo que un poema mío, al que le tengo cariño, “Letanía erótica para la paz”, le haya hecho una temporada de más de un año en el teatro Hidalgo, con el Ballet 70, escenografía de Guillermo Barclay, estu-penda, y coreografía de Nelly Happei. En las dos campañas políticas que hice llevó el Ballet Folclórico a Colima sin costo alguno para mi partido en un alarde de generosidad. Varias veces.

Admiro con fuerza a Olga Sáenz, universitaria de alta cultura. Maestra en historia del arte. La conocí hace pocos años, pero siento su amistad como desde la anterior reencarnación. Cuando mi renuncia en el Museo Nacional de Arte, presentó la suya sin estar obligada. Con un país en crisis económica, esto no se hace, a no ser que se tenga una lealtad sin límites, fuera de escala, y un concepto de la amistad muy serio. Actualmente, la gran desperdiciada.

Mis compadres José María Fernández Unsaín y Jacqueline Andere. Él, psiquiatra, poeta grande, ha hecho por los escritores mexicanos más que nadie, desde la Sogem; ella, excelente actriz y amiga cariñosa, sobre todo en “las malas”, cuando he perdido la salud. Su belleza es interior y exterior. A mi ahijada Chantal cuando la llevé a la pila de bautismo (iglesia de la Santa Cruz) le vi la pinta de excelente cantante y actriz. Fuertes pulmones al echarle el agua. Me siento distinguida por el destino.

De María Elena Marqués soy amiga desde que ella era una “joven-cita” y yo, que hacía periodismo en esa fecha, le pedí una entrevista. Ella vivía en las calles de Amatlán y yo, vecina, en Atlixco, colonia Hipódromo-Condesa. Iniciamos magnífica amistad. Las dos somos constantes, políticas, nos gusta el arte. La admiro por su inteligencia y perspicacia. Certera en los vaticinios políticos. Actriz completa de cuando la cinematografía estaba en la cumbre.

En Sinaloa tengo dos compadres queridos; él es el doctor Sergio López Lizárraga, eminente pediatra, y ella es Ana María Escobar, *la Güera*, hija del general José Gonzalo Escobar. Por varias razones el General entró a la Historia. Francisco Villa se le rindió en Chihuahua. Mi guapa ahijada se llama Ana Griselda, estudia en el extranjero y desde allá me escribe afectuosa.

Hace muchos, muchos años soy amiga de Margarita López Portillo. Culta, tenaz, valiente. Nos conocimos a través de gustos comunes: la literatura. Dividimos además de sufrimientos y alegrías, un premio entregado por Raúl Cardiel, “Sor Juana Inés de la Cruz”, donde coincidimos sin ponernos de acuerdo en un macabro tema. Nuestra amistad ha permanecido ilesa, inexpugnable, sobre todo cuando los huracanes de la satanización arrollaron todo. Nadar contra la corriente de las aguas broncas, donde los genes del rencor, donde la exageración va creciendo hasta convertirse en difamación, en calumnia, es azas difícil. Y a mí me gusta lo difícil, sobre todo cuando de preservar la amistad se trata.

En Guadalajara viven dos queridos compadres: Mari y Flavio Romero de Velasco. Fue él mi jefe como director general de Acción Social Educativa, dependencia de la SEP, cuando yo era subdirectora. En ese tiempo nadie imaginaba que de esa Dirección saldrían dos gobernadores. Bauticé a una de sus hermosas hijas, Alondra. Trabajamos fuertemente e hicimos crecer esa dirección como parte importante de la Secretaría, con la comprensión y apoyo de nuestro jefe, don Jaime Torres Bodet. Colaboraba con nosotros un grupo de muchachos que después han descollado: Fernando Córdoba Lobo, Manuel Osante, Píndaro Urióstegui Miranda, Joaquín Noris Saldaña y otros.

Tengo compadres en Nezahualcóyotl. Son Tomasa y Margarito. He bautizado a sus seis hijos. A él, esforzado albañil, le conseguí un cargo de intendente en el IMSS. Hace unos cuantos días obtuvieron una casita (noviembre de 1990) de interés social, gracias al sistema que responde a través de funcionarios dinámicos, como el licenciado Raúl Zorrilla y el doctor Francisco Berlín Valenzuela. Mis compadres dejaron el cuarto redondo que por múltiples circunstancias habitaron tanto tiempo, mis ahijados crecieron y no “cabían” en el cuarto ocho personas. Una de ellas se llama Griselda. Los dos mayores terminaron la vocacional y todos tienen escuela. Son ejemplares compadres y de ellos he aprendido mucho.

Fedro Guillén y Estela son compadres vía Claudia, mi ahijada. Es curioso, pero todas mis ahijadas son bellas. Casualidad pura. Fedro es un espléndido escritor; tiene alrededor de veintisiete libros editados. He guardado las cartas que me ha escrito durante treinta y cuatro años de amistad. Forman, si se quiere, otro libro. Escritas con su estilo peculiar, surtidas en anécdotas literarias, políticas, universales, son efemérides valiosas, testimonios de una lucha latinoamericana plena de grandes ideales.

Y a propósito de cartas. Allá por 1958, los sábados, después de cobrar nuestra colaboración en *El Nacional*, cuya parte literaria dirigía el gran poeta Juan Rejano, nos reuníamos un grupo de escritores en El Colmenar o en El Chicote, en Mariscal (antes Jesús Terán), Prolongación de Avenida Juárez, en cierto “bebedero” y para hacer comentarios. Acudían Clemente López Trujillo, José Herrera Petere, Perucho, Perera Mena, Raúl Ortiz Ávila, Mario Monteforte Toledo y su esposa Mireya Iturbe, hija del general Iturbe. Algunos desaparecidos; sobrevivimos Andrés Henestrosa, Monteforte y su servidora. Yo, abstemia, ni el aperitivo, por salud y no por virtud, disfrutaba de una conquista femenina revolucionaria: derecho a entrar en una cantina por primera vez en la historia de la mujer.

¡Qué honor!

Algún día fui testigo casual de cuando desclavaban un letrero que decía: “Se *proive* la entrada a policías uniformados, mujeres y perros sin dueño”. Andrés Henestrosa, por aquel tiempo diputado federal, fue confrontado por nosotros: le exigíamos más, queríamos que su tribuna fuera de choque. Pocos días después me mandó un escrito: “Carta a Griselda Álvarez”. Es un hermoso testimonio de su yo, de su aquí, de su ahora, como dijo Ortega y Gasset. Afortunadamente consintió en editarla con un dibujo de Raúl Anguiano, nuestro gran pintor. Se tituló *Los cuatro abuelos*. Este documento explica, si se lee con profundidad, muchos trances de nuestras etnias y su grandeza. Andrés Henestrosa es uno de los mejores escritores que tenemos: académico de la Lengua, maneja el español con estilo y fuerza propios y habla con soltura el zapoteca, lengua materna. Oaxaqueño, juarista, es ejemplo de nuestras razas. Me ha nombrado su albacea literaria desde cuando vivía Ernesto Mejía Sánchez, con quien dividí esta responsabilidad.

VI

ME HONRO con el afecto de la ministra Victoria Adato de Ibarra. Somos amigas hace muchos años. Llena de cualidades, ama intensamente su trabajo pero extiende su tiempo para leer con avidez libros de cultura superior y escuchar la mejor música. De excelente nivel académico, tiene una conversación atractiva que envidiaría Scheherezada. Posee memoria de privilegio, repite páginas de prosa o poemas con fidelidad que asombra. Muy culta. Resistente en la adversidad como espartana. Mujer completa.

En este recuento de amistades quiero hablar de Kena Moreno. Destaca entre sus virtudes, que no son pocas, su deseo de estimular cuando descubre alguna cualidad en el ser humano. Es creadora de gran iniciativa; a ella se debe el desarrollo de buenos proyectos como el dedicado a la rehabilitación de jóvenes drogadictos. Ha ocupado puestos políticos y administrativos de relevancia, cumpliendo perfectamente su desempeño. “La Mujer del Año”, premio instituido por ella, es valioso incentivo para las mujeres que sobresalen. Estoica ante el dolor, posee una fuerza moral con la que da ejemplo. Sabe ser compañera y *jamás* critica al prójimo, cualidad extraña.

Mi amigo el poeta Fernando Sánchez Máyans es uno de mis preferidos dramaturgos. Estuvo en el servicio diplomático varios años en el extranjero. Nos carteábamos. Una de sus obras de teatro, *Las alas del pez*, es de antología y presenta importante problema de adolescencia; excelente hacedor de sonetos, tuvo la agudeza de escribir uno para completar mi *Anatomía superficial* (Fondo de Cultura Económica) lleno de gracia y malicia y que algún día me animaré a publicar si él lo permite. Se caracteriza también por su esmerada educación, cultura, conocimientos internacionales. Para mí sigue siendo misterio profundo del sistema por qué no ha sido embajador.

Cuando yo trabajaba en la Secretaría de Educación Pública, época de don Jaime Torres Bodet, conocí a Rafael Solana. Somos buenos amigos desde esos años. Él era secretario de don Jaime y alternaba su gran responsabilidad escribiendo personalmente a la máquina alguna de sus muchas obras, en el mismo despacho, en medio del ruido, de las atenciones y de las interrupciones, con una rara concentración

de ideas que en nadie he observado. Magnífico poeta y dramaturgo, ha construido su prestigio sin perder un minuto de tiempo creativo. A él le debo el primer comentario de mi inicial libro de poesía, cuando no teníamos el gusto mutuo de conocernos, y yo, solemne desconocida, viajaba por las librerías de la gran ciudad con varios ejemplares bajo el brazo para “colocar a comisión” la poesía que había perpetrado en mis comienzos. A Rafael Solana le soy deudora, pues, de ese estímulo primicial que todo escritor necesita.

La historiadora Patricia Galeana de Valadés es mujer de excepción. De sólida cultura, de gran actividad, es presidenta de la Federación de Universitarias, Femu. (Yo soy la “honoraria”, por supuesto inmerecidamente.) Ejerce entre nosotras una coordinación democrática con dinamismo y eficacia y no cabe duda que esta Federación *in crescendo* en buena parte se debe a ella. Su amistad me distingue. Es muy joven, constituye ejemplo en la nueva generación, porque es de esas mujeres realizadas, con matrimonio sólido, con hijos, con feminismo logrado, de mesura, pero de efectividad. Minerva del siglo XX.

Entre muchos amigos doctores destacan dos: Roberto Robinson Burns y Jorge Eguiarte.

El primero, sonorenses de pura cepa, de magnífica presencia. Culto. Alguna vez inquieto por la política. Le debo atenciones desde hace mucho. Cuando mi hijo Miguel, maestro en salud pública, tuvo que hacer trabajo de campo para analizar una epidemia de encefalitis equina transmisible al hombre, el doctor Robinson le dio apoyo y consejo. Eso no se olvida.

Al doctor Jorge Eguiarte lo conocí en una madrugada hace larguísimo años. Sucedió que fui sorprendida por un dolor no sé dónde al ir a dormir. Llamé a mi empleada doméstica y empezamos con esos “tecitos” que la herbolaria mexicana ha inventado en los últimos cuatro siglos. Nada. La apuré a que saliera a la calle en busca de un doctor. Mi hijo estudiaba en la Médico Militar de interno. No había teléfono en casa. Mi azafata esperó al velador, porque había “veladores” en esos años, que, silbato en mano, anunciaban su presencia nocturna cada hora para alertar a todos, incluidos los ladrones. La búsqueda de un galeno abarcó parte de la madrugada. Seguramente hizo amistad con el velador... Por fin. Una voz timbrada pidió permiso de entrar en la recámara. Por un momento pensé que yo había muerto por aquel dolor y que quien entraba era un arcángel que por

cortesía de San Pedro me introducía a las esferas celestes. Tal era la perfección de su rostro.

Sensible a la belleza como siempre he sido, donde la encuentre, en la sonrisa de un niño, en los vitrales color rojo borgoña de la Catedral de nuestra Señora de París, en un texto de literatura de Dante Alighieri, en las finas arrugas de un anciano, quedé sin palabras.

-Le vuelvo a preguntar -dijo con paciencia, sentado en una silla cerca de la cabecera-, ¿qué le pasa?, ¿qué le duele?

Aterricé para contestar.

-Perdón, doctor, yo tenía un dolor, creo, no sé dónde. ¿Cuánto le debo?

Hemos tenido excelente amistad. Cuando regresó de su beca en Francia continuó siendo mi médico y amigo. Hasta la fecha.

ESTUDIOS Y TRABAJOS

Conservo en mi egoteca extenso directorio de amigos cuyos nombres irán apareciendo en el transcurso de los recuerdos y a lo largo de mi ya larga vida. Amigos en estudios, en política y en el trabajo administrativo que ocupó buena parte de mis años jóvenes. Porque la primera “chamba” que tuve no correspondía a mis estudios de maestra. En ese entonces los maestros no egresaban de la Normal con un empleo en la mano. Así, hube de aceptar lo que me dio la casualidad porque era apremiante nuestra situación económica. Me convertí en laboratorista “AA” de la noche a una bella mañana. (No confundir esta doble “A” con la famosas vocales de ahora.)

En esos tiempos, hoy puedo decirlo, yo era muy joven y atractiva (sigue la inmodestia). Poseía ciertas “circunstancias” que hacían girar la cabeza a los hombres, los que siempre buscan con la mirada “datos completos” y tienen la rara habilidad de traspasar con ella, como los rayos equis, las telas más gruesas.

A la defensiva anticipada, siempre, entrando al Departamento de Asistencia me dirigí a una mujer. Le hice la petición y le di a conocer mi escaso currículum. Lo leyó.

-Usted –me dijo-, ¿es de la familia Álvarez de Colima?

-Así es– respondí.

-¿Su papá se llamaba Miguel?

Asentí con azoro.

Me miró con extraña intensidad.

Y tomó tiempo para continuar:

-Le van a decir, cuando yo la pase con el jefe, que no hay vacantes. Pero la voy a ayudar; aquí hay una, es de laboratorista. Usted va a asegurar que sabe de laboratorio. No la van a examinar, de eso yo me encargo.

Seguramente era mi mañana de suerte, porque tres horas después firmaba unos papeles y quedaba convertida en laboratorista "AA" de la Casa de Cuna en Coyoacán, calle Hidalgo.

-Dígame, señorita -le dije al despedirme y darle las gracias-, ¿por qué entré tan fácilmente?, ¿qué pasa?

-Mira -me tuteó-. No es fácil. Pero... Me llamo Amada Gamiochipi, de Colima. Mi padre fue el ingeniero Ignacio Gamiochipi, enemigo político de tu padre Miguel Álvarez. Los dos contendieron por la gubernatura del Estado y perdió mi padre. Fue una pelea muy dura, a balazos, como se usaba entonces. Cuando vi tu nombre, Griselda Álvarez, comprendí que no podía ser más que la hija de aquel enemigo. Pero ésta es otra generación, la nuestra, y ya es tiempo de que nos ayudemos. ¿No te parece?

Le di un fuerte abrazo y quedamos amigas desde entonces ante tanta nobleza.

VII

CONSTANTINO y Sandra Cabrera son compadres míos. Representan positivamente a la nueva generación: estudiosos, doctorados (egresados los dos de la Sorbona), muy inteligentes, se ayudan mutuamente; son funcionarios dinámicos y lejos del machismo, muy lejos, igualitariamente, han sabido constituir un hogar de gran concordia donde Tania, Talía y Vania, mis ahijadas, sus hijas, toman ejemplo a diario.

Me resta guardar en estas *Memorias* a unos compadres que han tenido acciones únicas. A ella, María Elena Rodríguez, la conocí cuando entró a trabajar en la entonces Secretaría de Salubridad y Asistencia, donde yo era directora general. Desde ese momento fue mi secretaria particular. Tenía catorce años esta niña y hubo necesidad de hacer ciertas faenas burocráticas para aumentarle la edad y cumplir con el reglamento... Extrañamente discreta, aguda, activa como pocas, con una madurez precoz en sus juicios que me sorprendió, organizada y organizadora, dama, de profunda inteligencia. Todo. Es un "caso". Fue mi secretaria dieciocho años. De Salubridad, al Instituto Mexicano del Seguro Social; después, me siguió ayudando en la Cámara de Senadores y tres años más tarde se presentó el dilema: ella, ya casada y madre de mi ahijado Felipe, optó por irse a Colima a seguir colaborando conmigo en un rasgo de nobleza y afecto. Su esposo, mi compadre, estudiaba el final de la carrera en la Universidad Nacional Autónoma de México y trabajaba. Temblé por la estabilidad del matrimonio. Pero no pasó nada: se veían en viajes relámpago cada ocho o quince días. Y tuvieron otro hijo: la preciosa Mariana. María Elena manejó siempre la secretaría particular. En las giras presidenciales, el Estado mayor le tenía plena confianza en la logística. Y es que María Elena tiene capacidad para ser, no secretaria particular de gobernador, sino de secretario de Estado. Es única como funcionaria.

Alejandro Rangel Hidalgo. Hidalgo como su apellido, es un personaje en mi galería de amigos. Colimense. Pintor de relieve que derivó su gran talento artístico a la artesanía. A él se debe que buena parte de nuestras embajadas estén con un mobiliario de verdadero arte típico mexicano que pregona la sensibilidad de nuestro pueblo a través de Alejandro. Culto, sibarita, excelente conversador, se constituyó en

mi “introducción de embajadores” durante muchos años. En su secular y hermosa finca, Nogueras, por el rumbo de Comala, me invitaba a comer todas las semanas con algún visitante especial. Desfilaban personajes importantísimos por la anfitriónía de Alex. Las paredes de su hacienda se llenaron de secretos graves y de conciliábulos de gran alcance. Mentira que “las paredes oyen”. Las de Nogueras conservan una leal sordera. Amistad pura, exenta de mezquindades o intereses propios, *jamás* Alejandro, cuando yo tuve poder, me pidió un servicio. Su esposa Margarita Septién, mujer de excelencias inagotables, fue para mí un brazo seguro hasta que la muerte truncó nuestra amistad.

Entre los personajes atendidos en Nogueras por Alex, estuvo el embajador Sir Crispin Tickell (presidente ahora de un colegio en Oxford, el Green College). Resulta que doña Margaret Thatcher tenía interés en saber cómo en México, país de hombres “recios” (no como dijera Sor Juana Inés cambiando de consonante) existía en un estado del suroeste una mujer gobernante. El embajador escogió cualquier día para acompañarnos de mañana a noche. Fue en viernes. Los viernes de mi gobierno eran “agrarios”. En el gran salón se reunían aquellos grupos de campesinos que tenían contratiempos o litigios que ventilar y que se inscribían de antemano. De un lado de la mesa estaban (a veces) los invadidos, de otro los invasores. También presentes los funcionarios del caso, expediente en mano: gerente del Banco Ejidal, delegado de la Secretaría de la Reforma Agraria, delegado de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos y demás.

De los campesinos aprendí un arcaísmo notable, quizá valioso residuo de nuestro español; ellos, la mayoría de los colimenses dicen algunos y *algotros*. Es un hallazgo. El lenguaje de mis juntas agrarias estaba limitado por dos reglas preestablecidas y aceptadas: pedir la palabra levantando la mano y darla por orden, de tal manera que si un campesino pedía la voz antes de un funcionario, éste quedaba en segundo término. La otra regla era no emplear palabras fuertes, las llamadas en aumentativo “palabrotas”, aunque la discusión se acalorara, ya que habían votado por una señora que es particularmente alérgica a la coprolalia. Quiero hacer notar, subrayar, la nobleza y el respeto del campesino colimense. Para éste, el vocablo fuerte, la llamada “mala palabra” es habitual, forma parte de un léxico natural, segundo lenguaje con el que levanta del suelo a la acémila que no quiere obedecer, con el que regaña a sus familiares o con el que insulta en sus diferencias

jurídicas sobre la tierra a su contrincante. Pues bien, *nunca*, nunca en seis años de gobierno se les escapó en mi presencia una palabra malsonante ante la controversia. Este esfuerzo notable es indicio de control, de inteligencia, de miramiento al funcionario, en este caso a la mujer que coordinaba sus esfuerzos. Campesinos-caballeros.

Sir Crispin Tickell estuvo toda una mañana, muy pasado el mediodía, escuchando inmutable los pros y los contras, los dimes y diretes, y las posibilidades de arreglo de los casos expuestos o la avenencia buscada. Después, bastante tarde para las costumbres inglesas, a comer con Alejandro Rangel en Nogueras, en aquellos corredores vencidos por la vegetación profusa que hurgaba por todas las paredes, donde la paz se tocaba objetivamente, donde el perfume de los nenúfares (en Colima, “palomas”) aliviaba la fatiga de las faenas gubernamentales, donde el ruido del arroyo hacía notar su presencia semioculta en el bosque. Conversación profunda acerca de nuestras marcadas diferencias histórico-culturales: Inglaterra-México. Ya entrada la tarde, a la inauguración de unos cursos para los muchachos del Consejo Tutelar para Menores Infractores en el camino a Comala y a regresar a mi despacho para terminar asuntos. Poco después recibí una carta de la ministra Margaret Thatcher. Está manuscrita para mi azoro y la conservo como una muestra solidaria de una mujer que, pese a sus agobiantes tareas, era capaz de usar unos minutos para estimular mi responsabilidad.

Francisco Liguori Jiménez es amigo mío desde nuestra lejana juventud. Lo siento como un hermano, me despierta ternura además de admiración a su gran talento, inagotable vena poética. Sabemos que es el último bohemio auténtico de este siglo y el mejor epigramista. Para algunas opiniones era mejor cuando vejatorio que cuando se convierte en laudatorio. Lo cierto es que sus rimas, verdaderas efemérides, forman ya acervo importante en fechas y sucesos. En la época en que acudían a mi casa los intelectuales más importantes (iqué presumida!) no faltaba su presencia. Compartíamos logros y fracasos con Alejandro Finisterre, gran editor, gran mecenas; con Mario Monteforte Toledo, ahora radicado en Sudamérica; con Rosario Castellanos, la gran ausente; con Salvador Novo, con Rogelio Sinán, el poeta más fuerte que aún tiene Panamá, con el escritor y poeta Jesús Reyes Ruiz, trágicamente desaparecido; con la extraordinaria Lupe Dueñas, gran cuen-

tista, y por supuesto con los cerebros femeninos más cultos: Margarita Michelena y Emma Godoy.

Eran tiempos de alegría y creación y fue una lástima que no recogiéramos las improvisaciones que alguna noche Mario Monteforte y Andrés Henestrosa, guitarra en mano, desgranaran en contienda musical y literaria.

Gloria Gamiochipi, colimense, querida amiga, cuya hermana Amada me consiguió mi primera pequeña “chamba”, era novia de Pancho Liguori. Nos confabulamos y fue convencido de que se casaran en mi domicilio. Para dar una idea de cómo era nuestro eufórico ambiente debo publicar en mis Memorias cómo fuimos invitados al matrimonio con unas solemnes esquelas. En la parte superior se leía en medio de máscaras y ninfas. *A la folie*. Después y en medio:

Laus Bacchus

A las nueve menos cinco
del día de San Filogonio,
en el ciento ochenta y cinco
del Cerro de San Antonio,
Gloria y Pancho, en audaz brinco,
cometerán matrimonio.

Se beberá con ahínco
y al dar en punto las 5
Todos se irán al demonio.

Griselda será anfitriona,
Chema Lozano es el juez.

Se invita a toda persona
que traiga whisky escocés.

Han pasado más de veinte años; Pancho Liguori, mi queridísimo amigo, tiene una pena mayor. Desde hace más de tres meses Gloria, su estimulante esposa, mi fuerte amiga, está descerebrada. Y los que de verdad queremos a Francisco Liguori, que somos muchos, estamos con él para evitar el derrumbe de este ser humano todo amistad, todo lealtad, todo sentido del humor.

VIII

EN MI primer empleo, en el laboratorio de la Casa de Cuna, conocí a un doctor... en la sección de sangres. No era romántico el sitio ni para el mismísimo Drácula, pero seis meses después estaba casada con el susodicho. (Me refiero al doctor, no al conde.).

En los primeros años de matrimonio no trabajé más que en las “labores propias de mi sexo”. Pero esa terrible inquietud que siempre ha sido mi fiel defecto, me impulsó a inscribirme en la Normal de Especialización, en la rama de débiles mentales y menores infractores como entonces se llamaba. Al terminar mis estudios llegué a ser catedrática de la Normal en trastornos del lenguaje (ortolalia), educación fisiológica y etiología de la delincuencia.

Por esos tiempos se les pedía a los maridos permiso para trabajar. (Creo que ahora nada más se les avisa.) Esto era un asunto socio-machista que electrizaba las cabelleras masculinas, cuando las había, ya que el casado sentía tremendo deterioro en su virilidad si la esposa contribuía al gasto casero, por supuesto de origen honesto. Con variadas súplicas, se aprovechaban los mejores instantes, de preferencia durante la digestión de los alimentos nocturnos, con palabras progresivas, como “papacito”, “mi tesoro”, “mi parcela de azúcar”. Jamás se exigía “el derecho al trabajo”, “la igualdad de oportunidades”, “las conquistas revolucionarias” y demás argumentos de nuestra triunfante ideología contemporánea.

Sí, además de mis cátedras, logré ser jefa del Departamento de Archivo del Hospital General. Era subsecretario de Salubridad y Asistencia el doctor Gustavo Argil. Su esposa, la doctora Fanny Aguilar de Argil, dama extraordinaria y excelente amiga, me propuso para el cargo. Así, por *ella*, con horario matutino, acorde con mis inexcusables labores hogareñas y las tres cátedras en la Normal, desempeñé el trabajo.

Naturalmente, tomé un curso de Archivonomía que me sirvió para enderezar entuertos. Ahí me di cuenta, por primera vez, del maravilloso talento que tienen algunos y “algotros”, como se dice en Colima, para ejercer “la mordida”. ¿Cómo es posible que se “muerda” en un archivo? Yo me había propuesto que fuera el Departamento un ar-

chivo modelo, vivo. Para esto, con la aprobación del doctor Mariano Vázquez, director del Hospital General, conseguimos muebles y levantamos mis colaboradores y yo del suelo, literalmente del suelo, varios años de expedientes, un poco roídos por la fauna nociva.

Al Departamento acudían mujeres de edad madura recabando constancias del nacimiento de sus hijos en el Hospital General.

El presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, sostenía la guerra con Corea antes de que el general Eisenhower la detuviera; las visitantes a mi Archivo temían por la suerte de sus hijos radicados de alguna manera en el país del Norte, pero que habían nacido en México.

A poco, advertí que algunos de mis empleados demoraban las constancias so pretexto de que las fechas eran muy atrasadas y se hacía prolija la búsqueda de varios años. Jugaban con la angustia, hasta que aparecían los ofrecimientos y los billetes. Conseguí tres ceses, previa comprobación, y se compusieron las circunstancias.

Conservo un recuerdo agrídulce de esos años en el hospital. Supe que en el pabellón “Dr. Gastón Melo” estaba encamado un galeno que por un terrible accidente postoperatorio había quedado inválido para siempre, de medio cuerpo, en silla de ruedas. Allí vivía y allí, en la parcial anulación de su ser, creaba poesía singular. Decidí conocerlo para darle un poco de la alegría de vivir que entonces yo desbordaba. Sin embargo, para mi sorpresa, me encontré con un hombre jovial que daba ejemplo, bromista, lleno de proyectos. Su nombre: Tomás Díaz Bartlett (pariente muy cercano de quien ha sido excelente secretario de Gobernación y de Educación Pública, licenciado Manuel Bartlett, 1990).

Tomás y yo hicimos buena amistad literaria, hasta su temprana muerte. Uno de sus libros, *Oficio de cadáver*, me cala hondo.

Desde mi lejana primaria fuimos amigas, casi hermanas, Alejandrina Rubio Vivanco y yo. Hicimos también juntas la secundaria y parte de la Normal. Ella se casó con el licenciado Ernesto Enríquez Coyo, quien desempeñó brillante carrera administrativa durante varios sexenios. Cuando era subsecretario de Educación Pública (entonces había una sola subsecretaría) me propuso para profesor orientador profesional. Así, en *masculino*, porque nuestra –a, que rige la mayoría de los sustantivos femeninos, estaba bastante devaluada por motivos

que explicaré más adelante. La proposición Partió de Alejandrina, y como su esposo me conocía bien puesto que yo comía todos los jueves en su casa, quedé nombrada para desempeñar mis labores en el Museo Pedagógico Nacional. Allí hacíamos investigación histórica y tuve la enorme oportunidad de ser compañera de historiadores de primera magnitud, como el licenciado Francisco R. Almada, creador de varias obras, nacido en Chínitas, Chih., hijo de sonorenses (Álamos) que llegó a ser gobernador sustituto o provisional, no sé, de Chihuahua y alcanzó una buena longevidad, no sin antes polemizar con Fuentes Mares. También fui compañera de mi querido amigo Francisco Liguori, epigramista desde entonces, que con su bien dotada inteligencia trabajaba en serio; del maestro Jesús Romero Villa, musicólogo–historiador que daba clases en la Escuela Superior de Música; de la maestra Julieta Domínguez; de Francisco Moreno Capdevila, gran pintor y grabador; de Fernando Leal, extraordinario muralista, quien en su obra de caballete me hizo el honor de pintarme siendo una de sus últimas obras; del maestro Ermilo Abreu Gómez, el gran escritor que con sus luces iluminó a más de una generación; del maestro Fajardo Ponce, mayista; de Raymundo Ramos, cultísimo, que más tarde fuera mi maestro en la UNAM y de Víctor Rico Galán, gran escritor, buen articulista en *Siempre!* maoísta, que por defender sus ideas conoció la cárcel.

Todo este grupo, comandado por una mujer, llena de grandes ideales, la maestra Dolores Uribe Torres, de quien fui discípula en la Normal y la que, con videncia extraordinaria, me vaticinó mi lugar histórico-político muchos años antes de alcanzarlo.

Cinco años después nuevamente intervino Alejandrina en mi porvenir, porque la maestra Uribe Torres le mostró algunos de los trabajos que yo había realizado en el Museo y a ella le parecieron satisfactorios.

Como resultado, fui propuesta y aceptada para ser subdirectora general de Acción Social Educativa. Por primera vez en mi vida llegué a funcionaria con carácter nacional. Mi jefe inmediato, licenciado Flavio Romero de Velasco, activo, caballeroso, político, campeón de oratoria, me llevaba a los “acuerdos” con el secretario de Educación, Jaime Torres Bodet.

A la hora que el licenciado Romero de Velasco (ya era mi compadre) optó por su carrera política aceptando ser postulado para diputado federal, fui promovida y quedé en su lugar.

Directora General. Seis teléfonos. Salón de acuerdos. Dos secretarios, excelentes los dos: Gustavo Gómez, que era la mejor muralla en algunos casos, y el coronel Mario Márquez Meyer, taquígrafo parlamentario, de primera, ex jefe de ayudantes del procurador general de Justicia Militar, general Joaquín Zapata Vela. El presidente de la República, licenciado Adolfo López Mateos, me distinguía en las inauguraciones. Palabra que me sentía importante y con deseos de hacer una buena carrera administrativa. Pero un día en que visitó el despacho mi hijo Miguel y presencié cómo atendía asuntos con visitantes ocasionales, al quedar solos me dijo:

-Saca rápido tu espejo y procura no cambiar la expresión que tienes. Obedecí la sugerencia.

La imagen reflejó una mujer bien conservada, bien peinada, pero con unos ojos llenos de dureza, de severidad insoportable.

Mi hijo había dado en el blanco. Fue una lección sin palabras que no olvido.

Me hice el firme propósito de cambiar. Lo conseguí a medias. ¿Será que el ser humano cuando tiene mando trata de imponerse hasta con la mirada? ¿Será que el proceso evolutivo de superación es lento, lento? ¿Será que es muy fácil hacerse prepotente?

Procuré desde entonces vigilar más mi interior porque me tocó vivir la época en que las mujeres, muy pocas hasta la fecha, *estrenamos poder*.

Y a propósito de mujeres. En lo que llevo relatado sobre mis empleos, fueron Amada Gamiochipi (Casa de Cuna), Fanny Aguilar de Argil (Archivo del Hospital General) y Alejandrina Rubio de Enríquez (Dirección General de Acción Social Educativa), *tres mujeres*, quienes me ayudaron a empezar mi ascendente carrera administrativa. Una demostración palmaria de que las mujeres nos ayudamos entre sí, porque por ahí corre la versión y casi algunas y “algotras” están convencidas de la fábula de un torvo resentido: “la mujer es enemiga de la mujer”. Yo soy testigo discrepante. A mí me ayudaron *siempre* las mujeres, como lo describiré en los capítulos relacionados con la política.

¡Claro! Sin olvidar a los hombres que creyeron en mí, que me dieron apoyo, respeto, consejo y soporte con su experiencia. Pero en el “arranque”, allí estuvieron *ellas*, con su cooperación desinteresada, limpia.

IX

EL OBJETIVO principal de los Centros de Acción Social Educativa de la Dirección a mi cargo era la elevación del nivel moral, económico y cultural de las mujeres. En veinticinco estados de la República se construyeron veinticinco de estas escuelas, con la colaboración de los gobernadores que donaban terrenos adecuados al fin propuesto. Allí quedó incluido el estado de Colima siendo gobernador el licenciado Francisco Velasco Curiel, muy buen ejecutivo.

Me encantaba mi trabajo porque era creador y porque se podían observar los avances de un ejército de mujeres deseosas de incorporarse a la vida productiva del país mediante su capacitación.

Tenía a mi cargo el ahorro escolar del país, las cooperativas escolares y las guarderías para hijos de maestros.

Me dejaba llevar por una fuerte corriente de actividad que llenaba el día. Hubo asuntos chuscos, como levantar acta por el asalto sufrido a una cooperativa cuyos violentos alumnos habían hecho desaparecer veinte bolsas de papas fritas, según auditoría.

Cuando al final del sexenio entregué la Dirección, salí enriquecida por aquellos “acuerdos” con el secretario Torres Bodet, donde pude abreviar, aunque fugazmente, esa cultura superior que llenaba la conversación de un gran hombre. De él, del Abate de Mendoza, de Francisco Monterde y de Salvador Novo recibí directrices y aliento para escribir poesía.

Al principio del sexenio del licenciado Gustavo Díaz Ordaz contraí una fuerte hepatitis. Me atendió el doctor Jorge Eguiarte, por supuesto. Pero después de aquella inmovilidad forzosa de cuatro meses, cuando solicité audiencia con el presidente de la República y fui recibida, estaba completo el cuadro de sus colaboradores. En la entrevista sonrió con gran simpatía y me preguntó:

-¿Dónde estaba cuando los codazos?

Le expliqué mi quebranto de salud. Él fue quien se acordó de que yo había participado en una Asamblea de Mujeres durante su campaña presidencial, con la ayuda de Aurora Arrayales, buena líder, y de que en Acapulco, Gro., habíamos descollado.

Otra vez mi benévola suerte hizo un hueco en esos días: la Dirección General de Trabajo Social de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, o sea, dirigir a las trabajadoras sociales del país, las cuales dependían de Salubridad. Fui presentada por el doctor Rafael Moreno Valle, secretario de esa dependencia del Ejecutivo, a numeroso grupo de trabajadoras. Mujeres algunas acomplejadas por la falta de aceptación y entendimiento de la comunidad. Mujeres deseosas de que en esa época se les reconociera por el importante papel que representaban dentro de la sociedad. Ahora ha cambiado el panorama con la licenciatura. Pronto entendí que el trabajo social es el pivote alrededor del cual giran varias profesiones para ejercer una verdadera justicia social. A través de los estudios socioeconómicos se puede distinguir entre un cobro escalonado, que va desde la exención hasta la aplicación de una fuerte tarifa para gastos de recuperación. Desde la donación de una prótesis, hasta la compra de costoso material quirúrgico. Algún tiempo después, el doctor Moreno Valle dejó la Secretaría en manos del doctor Salvador Aceves, hombre de gran cultura. En esta dependencia tuve el gusto de conocer a la doctora María de la Luz Perales de Borro. Dirigía el Cuadro Básico de Medicamentos. Notable por su inteligencia, ha sido activa introductora del método Billing en capas sociales humildes y difíciles, México le debe su notable esfuerzo.

Me involucré en este sexenio en todo aquello que representara servicio social; por lo mismo, empecé a participar en las Conferencias Internacionales de Bienestar Social que cada dos años se desarrollaban en diferentes partes del mundo, en las que colaboraba México con un documento formal sobre el tema. Así, estuve en Petrópolis, Brasil; en Washington, D.C.; en Helsinki, Finlandia, como jefa de delegación. Me asesoraba quien muchos años después sería presidente de la República: licenciado José López Portillo, y la excelente maestra Raquel Lugo, quien se me ha perdido en la noche de los tiempos.

A mitad de sexenio encontré la forma de inscribirme en la Facultad de Filosofía y Letras. Las puertas de nuestra máxima casa de estudios se me abrieron por fin. Anhelaba un mejor renglón de estudios porque mi mayor apetencia era lograr la Subsecretaría de Cultura.

Claro que era “estudiante tardía” y tendría como compañera otra generación que no era correspondiente a la mía sino a la de mi hijo. Pero mi empeño era fuerte, estaba en plena salud, en plena produc-

ción literaria. Había publicado ya mi primer libro: *Cementerio de pájaros*, en Cuadernos Americanos, gracias al impulso de ese gran generoso que fue don Jesús Silva Herzog; *Dos cantos*, en la Editorial Eclal; *Desierta compañía*, en la Editorial Ecuador o° o' o" del mecenas Alejandro Finisterre, quien por esos días llevaba una labor fervorosa en beneficio de las letras mexicanas y era el gallego más trabajador que hemos tenido en la cultura. También había escrito *Letania erótica para la paz*, que después sería traducida a varios idiomas. Definitivamente este poema me daría más halagos: una sinfonía del maestro Blas Galindo –estreno mundial en Bellas Artes– y en Ballet Moderno con Amalia Hernández, cartelera más de un año en el teatro Hidalgo. Por cierto, María Douglas llevaba la voz narrativa y ésa fue su última actuación. Poco después se suicidaría. También con este poema tuve mi primera salida internacional, para el Teatro Nacional de Brno, Checoslovaquia.

Durante la hepatitis, aprovechando la inacción, escribí *Anatomía superficial*, que editó el Fondo de Cultura Económica, libro de sonetos con prólogo de Andrés Henestrosa y soneto de Salvador Novo (quien se obligó a mis palabras terminales) dedicado a la belleza del hombre, a quien siempre consideraré el mayor acierto de la madre naturaleza, aunque nos pegue.

También una colección de vivencias de la infancia, *La sombra niña*, misma editorial de Alejandro Finisterre.

Con un pequeño nombre en las letras, entré de alumna a la Facultad. En las mañanas era formal directora general de Salubridad. A mediodía dejaba el chofer y el coche grande, cambiaba de vestido y me convertía en estudiante común.

Mis compañeros me aceptaron con un gran acercamiento y con esa generosa actitud de la nueva generación que es típica en nuestros compatriotas. Nos peleábamos por la silla, síntoma de igualdad.

Mi hijo estaba en la Facultad de Medicina, es decir, éramos vecinos y compañeros pasando la Facultad de Derecho y podíamos vernos. Fue una de las experiencias de mi vida que más sentí.

Tuve excelentes maestros, como Sergio Fernández, María del Carmen Millán, primera mujer en llegar a la Academia de la Lengua, el gran poeta Luis Rius, de quien con anterioridad era amiga (me dio tres cátedras y el primer día de clases no quería que yo estuviera en su aula, porque, bromeó: “Me voy a tener que preparar más; tú no

entras”); Juan Manuel Lope Blanch -¡oh terrible lingüística y filología hispánica!-; su estricta esposa, Paciencia Ontañón, que daba o da historia de la cultura en España y América; Margo Glantz -literatura comparada-, después funcionaria en Bellas Artes y en la diplomacia; Huberto Batis, teoría literaria; Ramón Xirau, introducción a la filosofía; Raymundo Ramos, seminario de literatura mexicana; don Amancio Bolaño e Isla; José Luis González en iberoamericana, de primera.

Un año se me complicó el horario. Resulta que el laboratorio de idiomas era a las tres de la tarde y lo tomaba con la extraordinaria maestra Concepción Franco López. Yo salía de la Dirección de Salubridad una media hora antes y no podía llegar a comer a mi casa. Organicé un dispositivo en el tablero del auto (soporte para un vaso). Con dos tortas y un litro de leche era suficiente. Prescindí del chofer y del coche grande al viajar a la UNAM. Semáforo verde: mordida a la torta; semáforo rojo: bebida a la leche. Así pude sobrevivir el año.

Yo había ido a *estudiar*, así es que participaba poco en otras actividades. Sin embargo, no podía pasar inadvertidas ciertas acciones que preparaban fuertes acontecimientos.

Mi generación, 1966-1970, estaba en el ojo de la tormenta.

Con anterioridad habían tenido un encuentro la Voca 4 y la Escuela “Isaac Ochoterena” (miércoles 24 de julio, 1968). Se malinterpretaron las cosas y los granaderos entraron en acción. Se luchaba en contra de los cuerpos represivos y en contra del delito de disolución social. Pero era un “no” al estado de derecho. Se repartían volantes. (Mi compañero Edmundo Sandoval Ochoa creo que tiene una colección completa.) Las convocatorias se hacían por medio de pancartas. Asistíamos al “Che Guevara” y escuchábamos largos discursos.

Pero un clima de desconfianza, de desunión, se filtraba en nuestra atmósfera. Yo era ya presidenta de mi generación y en verdad quería mucho a mis compañeros.

X

Dos de los compañeros de la UNAM han quedado dentro de mi amistad para siempre: Ignacio Díaz Ruiz el primero. Desde hace tiempo doctor en Letras, maestro de tiempo completo que ha hecho óptima carrera. En la República Popular China, en la Universidad de Pekín, ha dado un curso de literatura mexicana donde cita mi nombre. Gracias. Así también en la Universidad de Varsovia, Polonia, literatura mexicana e hispanoamericana.

David Hernández Nájera, quien por cierto incursionó en derecho y en el 55 fue compañero del ahora doctor Sergio García Ramírez, personaje de nuestra historia política y administrativa, a quien México le debe tanto. Durante veintidós años trabajé en el Patronato para Reos Liberados, aparte de mis otras labores. Primero fui tesorera y luego fui presidenta. Tuve pues la oportunidad de conocer a fondo al doctor García Ramírez. Trabajamos juntos por el mismo ideal. Creo en su gran inteligencia, en su gran cultura, en su intenso deseo de servir al país. También creo, aunque suene a paradoja, que su profundo humanismo dañó algo su carrera política.

David, con su pobreza limpia, rebelde, idealista, con sus deseos de cambiar al mundo, tiene en su haber un fuerte culatazo en el pecho –fractura- recibido como condecoración oculta que brilla sólo para los que gozamos de su transparente amistad.

¿Para qué pormenorizar esos meses del 68?

Plumas autorizadas, dentro de ellas las mejores de México, han detallado sus días: el “bazukazo”, los mítines, la formación del Consejo Nacional de Huelga, la Coalición de Maestros, la manifestación del silencio, el pliego petitorio de los seis puntos, el misterio de las piedras en los botes de basura al acercarse al Zócalo, los granaderos, el general Luis Cueto Ramírez, Raúl Mendiola y el teniente coronel Armando Frías, el batallón Olimpia. Hasta desembocar en el 2 de octubre: el helicóptero, la luz de bengala, los hombres de guantes blancos, el tableteo de los disparos, los muertos.

Todo esto está escrito. El paso sangriento de esos días está en la hemeroteca.

Pero... esta pequeña entidad física que soy, esta alumna-funcionaria, este choque interno, esta incompetencia, ¿dónde estaba?

El 1º. de agosto, jueves, yo había buscado en un arcón lleno de recuerdos, el moño negro desprendido de una corona luctuosa que me habían enviado de Colima a la muerte de mi padre. Ahí estaba, envejecido, pero simbólico. Los grandes lutos. Y tenía un olor singular. Con él en el brazo, me uní a la manifestación que encabezaba el ingeniero Javier Barros Sierra, nuestro rector incomparable. Se trataba de la Autonomía Universitaria. Algunos años antes, cuando él era secretario de Obras Públicas, pude comprobar su sensibilidad e inteligencia. Se trataba de hacer unas modificaciones en Morelia, Mich., al edificio que albergaría un Centro de Acción Social Educativa. En el umbral de lo que sería el Centro, a pocos metros, había cuatro hermosos árboles como de un metro de diámetro. El proyecto destruiría a estos gigantes. Sobre el cofre de su coche, en plena calle, sin dar tregua, se extendieron los planos; discutimos, analizamos, propusimos. Habló con sus colaboradores, se modificó el proyecto y se salvaron los árboles. Desde entonces me quedó la impresión de que era un gran hombre.

Repito, ahora se trataba de la Autonomía

A unos días de entrar en huelga, caminamos por Insurgentes. Al llegar a Félix Cuevas supimos que el ejército estaba esperándonos en el Parque Hundido.

Dimos vuelta a la derecha y, después de varias cuadras, regresé a mi casa en la Campestre Churubusco.

Nunca he luchado tanto por serenarme, por mi toma de conciencia, por mi paz interior y familiar. Por mis compañeros.

En realidad, a pesar de tantas palabras escuchadas en los discursos de todos, ¿quién movía los hilos internos? Ningún gran líder puede permanecer emboscado. ¿Cuál era el fondo del Movimiento? ¿Era seducción de masas? ¿Hasta dónde había necesidad de cambio? Nada era obvio. El arranque-enfrentamiento de la Vocacional 4 con la Escuela Isaac Ochoterena ¿no era parte de un tinglado nacional para encender la mecha? México no estaba preparado (hablo de la gran mayoría) para un cambio ideológico. Tampoco lo aceptaría. Había compañeros que sólo pensaban en superarse personalmente como urgencia psíquica. Lo demás no les importaba y estaban en su derecho. En mi generación había uno que me conmovía, era mariachi

y llegaba a clases con su guitarrón. Quería ser Alguien. No recuerdo su nombre. También tenía dos compañeros de origen campesino a quienes les costaba enorme dificultad las declinaciones en el primer curso de latín con el de por sí difícil maestro Palafox.

Aquel arroyo de esfuerzos no podía perderse.

¿Un cambio fundamental?

Han corrido muchos otoños lejos ya de aquel trágico del 68. En el mundo moderno (1990), un hombre, convencido de que es otro el camino para su pueblo, presenta la cara, intenta el salto ideológico: Mijail Gorbachov. Le ha costado, como dijera Churchill, “sangre, sudor y lágrimas”. Cree que va por un mejor sendero después de la experiencia larga que arranca de 1917 en otro octubre lejano. Porque el tiempo da razones que sólo algunos estadistas intuyen a distancia. Y el tiempo apoyará las últimas palabras. Esas serán: libertad de expresión.

Tenía el ánimo dividido. Como yo, también mi hijo único era estudiante. Efectivo y discreto. Participaba, manifestaba metido en el peligro. Dentro de mi dualidad, siendo funcionaria, con las conexiones que tenía, ayudé a compañeros. Algunos salieron del país porque yo intervine. Ellos lo saben -otros no- y hasta ahora lo publico.

Mientras escribo esto, tengo las manos empapadas en sudor. Vuelvo al gran trauma.

Se actuaba compulsivamente. En la Facultad, en la escalera, a tres escalones de distancia, yo había presenciado cómo un *compañero mío* a otro *compañero mío*, con una botella rota, empuñándola por el cuello, había rayado, con las puntas del vidrio, de la frente a la barba, el rostro del disidente. Vi cómo primero se hace la raya y medio segundo después brota la sangre. Sus párpados, apretados fuertemente por reflejo, le habían salvado los ojos. Cuestión de instantes.

Pero nosotros no habíamos hecho nada por detener al agresor. Sólo gritos, algarabía y tumulto.

Antes de la huelga, en la Facultad –no sé ahora-, en forma por demás elemental, primaria pero estimulante, publicaban los nombres de quienes teníamos calificaciones superiores al 8.5. Se calificaba entonces con números. Repito que yo había ido a *estudiar*.

Álvarez Ponce de León, Griselda, en el cuadro de honor de calificaciones. A veces con promedio de 9.5

Pero 9.8 fue el término final de mi carrera.

Sin embargo, *alguien* añadía a mi nombre con plumón negro: *de la CIA*.

Nada tan lejos como ese señalamiento. Yo ni siquiera sabía desglosar la sigla tremenda. Desde pequeña y a lo largo de la vida, intenté cuatro cursos de inglés. No pude, no puedo escucharlo. No entiendo. Cuatro veces. Distinta aptitud y actitud para el francés y el italiano. Se impone mi subconsciente, porque subconscientemente se me atraviesan varias fechas. Sobre todo 1847. Profundamente rencorosa y de buena memoria, no sé olvidar. Soy nacionalista a toda prueba. Hasta para operarme a corazón abierto (1989) he escogido manos mexicanas en México. El doctor Rodolfo Barragán García, eminente cirujano, que ha salvado tantas vidas, encabezó el equipo con eficacia, con reputación internacional, para alagar mi existencia. A muchos kilómetros de Houston.

Vuelvo a mi rencor. La voracidad continental. La prepotencia inaudita. Vietnam. Corea. Después Nicaragua, Panamá y esa preciosa islita caribeña: Grenada. Sin hablar de la actual guerra en el golfo Pérsico (1991).

¿No estarían “ellos” ahora, con su extraña constancia, metidos en nuestra confusión estudiantil?

Desde niña tuve la indeclinable voluntad de *servir*.

Pienso que serví a la UNAM con mi conducta. La UNAM, en acción recíproca, me dio mención honorífica a través de los sinodales, al término de mi carrera, en un examen recepcional (“La inmortalidad en las obras de Jorge Luis Borges”) que presenció Mauricio González de la Garza, maestro difícil y exigente, quien a mitad de examen me pasó un recado escrito. Lo conservo: “Exigir mención”.

XI

AL MISMO tiempo que se cicatrizaban poco a poco las “heridas” universitarias, me dedicaba a la poesía, casi al término de los estudios.

Había tenido la audacia de publicar tres libros sin saber español. Así de claro. (Quizá sigo igual). Antes de entrar en la Facultad creía que el español se alimentaba sólo de raíces griegas y latinas, de prefijos arábigos y nada más. Mi ignorancia era sólida. Luego supe que el español venía de una larga y antigua familia indoeuropea de lenguas ibéricas y prerromanas, desde el sánscrito, hasta desembocar en el actual lenguaje, suma de varias confluencias que convergían a su vez por medio de sucesivas invasiones a la Península y por la presencia de culturas europeas y asiáticas. Mezcla también, después, de nahuatlismos donde el “gis” (griego), por citar un claro ejemplo, pasaba a España como “tiza” (náhuatl). De ahí Tizapán.

Campo amplísimo, horizonte abierto para poder manejar mi lengua, sobre todo en una fijación: el soneto.

Fue tiempo de presentaciones de libros, de festejos en casa o en la de mi editor preferido, Alejandro Finisterre, quien con su esposa Mari-Nieves abrió la residencia a lo “gran señor”.

En mi casa, alguna vez, participó “Don Pedrito”.

Muchas ocasiones me he preguntado quién será. Alguien que no alcanzó, ni alcanzaría la paz de los sepulcros. Mi hijo Miguel, cuando era estudiante, lo compró para facilitar sus estudios de anatomía ósea. En la crisis del 68, todos los estudiantes recogimos las pertenencias que teníamos en las aulas. Así llegó “Don Pedrito” a mi casa, a mi sillón preferido, a mi recámara, porque no había mejor sitio para tan misterioso señor. En las fiestas bajaba a la sala, intervenía con su presencia muda para denunciar, huesos al aire, nuestra interna fealdad, nuestro paso efímero. El equilibrio de la alegría ante lo macabro, que en búsqueda permanente mantiene el mexicano.

Se acercaba el término del sexenio presidencial. A mi paso por la Secretaría de Salubridad y Asistencia había tenido contacto directo con nuestra realidad social urbana, a veces en forma ruda. Alguna escena de esa época ancló en mi memoria para siempre.

Existían los tiraderos de basura en Iztapalapa cerca de Santa María Aztahuacán; con las trabajadoras sociales más jóvenes hacíamos estudios socioeconómicos para los pepenadores que ocuparían futuras viviendas, en un fraccionamiento que ya levantaba sus casitas por orden del regente Ernesto P. Uruchurtu y en coordinación con Salubridad.

Los trabajadores de la basura vivían en la basura. Se metían a dormir en unas taperas edificadas por ellos mismos que alzaban del suelo no más de un metro de altura, construidas con desmoronables bloques secos de desperdicios y techo de lámina. Ahí sólo para guarecerse de la tormenta o del frío. El resto del tiempo al sol, al aire. Su contacto con la intemperie y la basura los había hecho resistentes, inmunes a enfermedades, excepto al alcoholismo. Vivían por selección. Padecían de anosmia permanente, todos, como regalo de la madre naturaleza.

Mis trabajadoras sociales y yo (había que dar el ejemplo laborando parejo) llegamos a ver niños comiendo cáscaras de plátano y de piña, esta última a pesar de su rugosidad, entre ratas quietas, expectantes, y ratoncillos en éxodo continuo. Eran tiempos en que el jamón se vendía con hueso (ahora la tecnificación lo presenta de otra manera). Pues bien, los niños con un desarrollado poder de supervivencia y elección buscando los “gallitos”, encontraron un día un gran hueso de jamón con residuos comestibles dentro de la masa gris de la basura compactada por el mecanismo del camión recolector. Los perros también husmearon y se enfrascaron en una pelea por el hallazgo. Allí fuimos. Trabajadoras, niños y perros trenzados en la trifulca grotesca. Vencimos. Pero a mí me vino un incontenible deseo de llorar –rabia e impotencia- que dominé a duras penas.

Creo que ahora (1991) las cosas son diferentes. Espero.

Repito que eran los finales del gobierno del licenciado Gustavo Díaz Ordaz.

Hacía muchos, muchísimos años que yo tenía amistad con Rodolfo Echeverría. Éramos muy jóvenes entonces. Él se inclinaba por el arte escénico y la política con éxito, y precisamente en esta última actividad fue que lo conocí cuando era secretario particular de mi concuño, el licenciado Florencio Padilla, secretario general del PRM en tiempos del licenciado Antonio Villalobos. Hacíamos grupo con los Garcíadiego (inteligentes todos), con el actor Carlos Riquelme, con Carmen Arce.

Al licenciado Luis Echeverría lo traté desde que era oficial mayor de la SEP, con motivo de una “compatibilidad” en mis horarios de maestra que él debía autorizar. Con doña María Esther me ligaban antiguos lazos de la anterior generación: su padre, don José Guadalupe Zuno, y mi padre habían sido gobernadores contemporáneos y excelentes amigos.

Ella para mí ha sido una de las más admirables esposas de presidentes. De profundas raíces nacionalistas, supo de manera incansable trabajar por México. Recorrió el territorio y no sabemos cuántos mexicanos nacieron en condiciones higiénicas gracias al ejército de parteras empíricas, adiestradas por su organización, para citar un solo ejemplo de sus labores. Porque sistematizó un programa de orientación familiar en coordinación con la Secretaría de Salubridad y Asistencia, del Instituto Mexicano del Seguro Social y de la Cruz Roja, entre otras instituciones. El porcentaje de mexicanos nacidos en el campo en condiciones poco aceptables era notorio. En 1974 se hablaba de 86%. Logró adiestrar a una multitud de mujeres que con básicos conocimientos de asepsia atendían partos y evitaban fiebres puerperales u onfalitis en los recién nacidos. Una cruzada de verdadera eugenesia.

Había promotoras de salud, promotoras sociales, promotoras de educación preescolar. Algo notable en ella fue la sencillez en su presentación: vestido camisero casi siempre, peinado simple, alhajas mínúsculas. Directa en su trato, efectiva en su amistad. Era una forma sentida y pensada de acercarse al pueblo, a la gran mayoría porque el pueblo rechaza a quien hace ostentación de sus bienes a través de la indumentaria, y es alérgico a pieles y esmeraldas.

“La compañera María Esther” logró una gran penetración en el mundo campesino al mostrar su autenticidad. Conquistó afectos. Me consta.

A mitad de noviembre de 1970, una noche fuimos llamados Miguel y yo a las calles de Magnolia, San Jerónimo.

En la sala de espera estaban el doctor Sergio García Ramírez y otros personajes. Conversamos. Luego nos condujeron a Miguel y a mí a un cuarto muy pequeño. Un óleo representando al padre Kino ornaba la pared frontal; había un escritorio, sillas al frente, muchos libros y papeles. En aquel ambiente austero saludamos al presidente electo, licenciado Luis Echeverría, quien fue directo al asunto:

-Usted, maestra, a Prestaciones Sociales del Seguro Social.

Yo no esperaba eso y como todavía no dominaba perfectamente al instante los músculos de la cara –como después aprendería- hice un gesto de entre sorpresa y disgusto.

Me recuperé de inmediato y respondí:

-Muchas gracias, señor Presidente, trabajaré con empeño dentro de mis limitaciones, se lo aseguro.

Pero él había captado mi expresión facial y ya preguntaba:

-¿Por qué no le gusta? Es un tercer nivel, un campo muy bueno de servicio social donde usted tiene experiencia. ¿Quería otro puesto?

Estaba muy apenada pero dije la verdad:

-Sí, señor. Yo me había preparado con un renglón más en el currículum, licenciada en Letras, dos idiomas y el propio, algunos libros editados, con poesía, para ser subsecretaria de cultura en la SEP. Mis calificaciones...

Me sentí pueril, ingenua, inapropiada. (Me ganaba Mauricio Magdaleno.)

-No, no, usted a Prestaciones Sociales. Y tú Miguel –señaló dirigiéndose a mi hijo- ¿dónde trabajas?

Él contestó.

-En Prestaciones Sociales, señor.

-Bueno, maestra, ahí tiene su primer trabajo: corra a su hijo al área médica. Ya que es doctor, no debe estar en Prestaciones.

Repetí las gracias y salimos.

Días más tarde, en los primeros de diciembre, tomé posesión del cargo. Me presentó el licenciado Ricardo García Sáinz, que era subdirector administrativo, excelente jefe con quien acordé semanalmente durante seis años.

En el primer día de trabajo tuve la primera dificultad. Pedí el organigrama general. Fue Miguel el que lo trajo. Pedí el último proyecto de labores que se hubiera presentado. Lo trajo Miguel. Pedí la nómina general de trabajadores. La trajo Miguel. Pedí una síntesis curricular de los jefes de departamento. La trajo Miguel.

-Bueno, Miguel –le ordené-. Siéntate. ¿Qué quieres? Tu eficacia es intencionada.

-Me quiero quedar- Sé el movimiento de la Jefatura y estoy a gusto. Ya tengo años aquí. Acuérdate. Desde la premédica.

-No se puede.

Nos quedamos mirando a los ojos por largos segundos. Era el pri-

mer enfrentamiento.

Qué duro es a veces el triunfo. El ascenso.

Quise razonarle que nada se le reconocería siendo yo su jefa. Que el Presidente había sido muy claro. Que su camino era ser “médico familiar”. Que contaba ya con una maestría en Salud Pública. Que había tomado un sobregrado en epidemiología. Y que en Prestaciones no tendría sitio.

Se levantó malhumorado del asiento. Y amenazó:

-No se te olvide que tengo sindicato.

Pero gané la amarga partida.

XII

PRESTACIONES SOCIALES DEL IMSS

DURANTE los seis años que trabajé en el Instituto Mexicano del Seguro Social tuve las mejores oportunidades para conocer personajes de la cultura y las artes en general por la diversificación del propio desempeño.

En la formación del Instituto de Capacitación para Administradores Ejidales, ICAE, con grandes construcciones, lago propio, decenas de hectáreas y programa extenso con cursos intensivos para cunicultores, acuacultores, porcicultores, apicultores, etc., intervinieron los mejores maestros que pudieron reunirse a través de los señores rectores de varias universidades del país. Se firmaron convenios para que los dos alumnos más distinguidos en su especialidad de cada universidad, al egresar fueran estimulados como maestros del instituto para así lograr un equipo académico de primera.

Ellos adecuaron su lenguaje a las edades escolares de los campesinos que inscribían y fue ostensible la transformación de los alumnos –ejidatarios o hijos de ejidatarios-, que por medio de una educación integral lograron capacitarse y adquirir hábitos de higiene, de alimentación y de estudio para labrarse un futuro mejor.

Todavía, años después, en el programa de acuacultura de mi gobierno, fueron empleados los conocimientos de dos acuacultores colimenses de Quisería que habían estudiado en Yecapixtla, Mor.

El Instituto cerró sus puertas en otro sexenio, porque hay proyectos y programas que, como el lienzo de Penélope, se tejen y se destejen en el vaivén de la política administrativa. Ya nos lo dijo certeramente con otras palabras nuestra excelente ex gobernadora de Tlaxcala, Beatriz Paredes.

Así fue como conocí a la mayor parte de los rectores de universidades en el país.

En la jefatura también se manejaban los teatros del IMSS. Los había construido, sexenio atrás, el licenciado Benito Coquet con excelente arquitectura y por toda la República. Así, las mayores figuras del arte escénico desfilaron por mi despacho y adquirí amistades valiosas,

como la de la inmensa Ofelia Guilmáin, que ha dejado una estela única en las obras del teatro griego; la gran señora de la escena, Carmen Montejo, quien tuvo la feliz idea de hacer el Teatro de las Américas Unidas con giras completas por Centro y Sudamérica, donde no fue obstáculo el idioma portugués para llenar teatros de São Paulo y Río de Janeiro; Ignacio López Tarso, quizá el más grande astro de nuestro quehacer teatral, quien con su participación me llegó a estimular al presentar mis libros. También estuvo Ignacio López Tarso con su apoyadora presencia cuando recibí grado de la Academia de Literatura, prerrogativa mayor, apadrinada por Miguel Alemán Valdés y mi maestro de literatura en la lejana Normal, Raúl Cordero Amador. Nunca me faltó la compañía de nuestra llorada Dolores del Río.

La jefatura a mi cargo abrió un concurso: “Hombres de México y del mundo”, en 1972, con un buen jurado presidido por Francisco Monterde, Rafael Solana y Andrés Henestrosa, para enaltecer la obra de jóvenes escritores nuestros. En el año inicial, el dramaturgo Wilebaldo López ganó la distinción, y lo mismo sucedió al año siguiente, con Pilo *Tamirano Luca*. *Yo soy Juárez* fue la primera obra premiada; se presentó en México más de 800 veces, y en Buenos Aires, donde la Asociación de Críticos Argentinos la calificó como la mejor obra extranjera de 1975. Con el grupo experimental de teatro que formamos, se recorrió Sudamérica y el sur de Estados Unidos. El mayor mérito de la pluma de Wilebaldo López fue desacartonar la figura de Juárez, acercarla al pueblo con un diálogo coherente y sencillo, humanizar al prócer oaxaqueño y hacerlo felizmente simpático al gran público.

En Perú, el presidente de México, Luis Echeverría, acompañado por el presidente de aquel país, Juan Velasco Alvarado, pudo presenciar la obra como fuerte halago para nuestros actores y a los peruanos que colaboraron.

El teatro popular en la ciudad de México alcanzó una etapa singular. En todas las delegaciones políticas, de acuerdo con el Departamento del Distrito Federal y con diferentes empresas, en las explanadas y en los espacios que se prestaban al caso, obreros o familiares de ellos, dirigidos por nuestros maestros, presentaron obras sin más compensación que un parco refrigerio de parte del IMSS y un fuerte aplauso de parte de los espectadores. Teatro para el pueblo actuado por el pueblo. Aún el clásico.

Algún día, por el rumbo de Tepito, se desató fuerte tormenta

mientras se representaba *Las preciosas ridículas*, de Molière y como el público no se retiró, bajo el aguacero continuaron los actores, anécdota que demuestra la sensibilidad y el gusto por el teatro del pueblo mexicano.

Las heterogéneas actividades de la Jefatura consideraban también los Centros de Adiestramiento y Capacitación para Obreros y los Centros de Seguridad Social para el Bienestar Familiar (largo nombre y largo programa).

Uno de los primeros logros al “llevar agua a mi molino” fue conseguir terrenos con el gobernador de Colima, mi amigo el maestro Pablo Silva García, para desarrollar las prestaciones sociales en la entidad con la construcción de un Centro de Seguridad social en la ciudad de Colima, con alberca e instalaciones variadas; otro Centro, el de Adiestramiento y Capacitación, aledaño, para obreras y obreros; otro en Peña Colorada, Manzanillo, para los mismos fines, con instalaciones deportivas, y uno más en la cabecera municipal de Tecomán, con iguales propósitos.

Todo este crecimiento de Prestaciones Sociales se debió a la comprensión del licenciado Carlos Gálvez Betancourt, quien siempre alentó los programas, sabedor de que las prestaciones son arma política para impartir justicia en las masas de trabajadores al dar bienestar, esparcimiento y mayor capacitación. Porque no todo es curar a través de los hospitales, sino *prevenir* por medio de una buena higiene mental.

Hay que confesar que quizá hubo fallas en algunos programas, como incluir en ellos las espantosas “flores de migajón” (espero que hayan desaparecido), en cuya confección pasaban las socio-alumnas varias semanas de ímprobo trabajo para a la postre vender su esfuerzo en unos cuantos pesos que no repercutían saludablemente en su economía. O también confeccionar aquellos “monos de peluche” cuya proliferación por todo lugar me hizo pensar con preocupación en que “empelucharíamos” al país si no se cortaba pronto el programa.

Pero el balance fue positivo.

Se logró convencer a los maestros para que algunas enseñanzas fueran dadas a uno y otro sexo y así las mujeres pudieran ser inscritas en plomería, carpintería, electricidad, tapicería, etc., o sea aquellas actividades que, so pretexto de nuestra baja fuerza muscular, eran privativas del hombre.

Las primeras mujeres que se inscribieron en carpintería fueron las michoacanas del Centro de Seguridad de Morelia. Con su destreza, y apoyándose entre sí cuando una tabla era pesada, demostraron su eficacia con la sierra, el martillo, el escoplo.

En plomería descubrieron que la llave Stillson es ayuda cuando se sabe aplicar en el punto clave del mayor esfuerzo. Conocieron la ley de la palanca (en el buen sentido). Por supuesto que no perdieron, en el ámbito nacional, su femineidad, con adecuada indumentaria. Sobre todo, ampliaron sus conocimientos y los hicieron más redituables.

Al perder el miedo a la electricidad por la enseñanza precisa, al poder retapizar su propio mobiliario, al impedir el deterioro o reparar los muebles sanitarios de su hogar, al construir una cómoda o un closet, ahorraron en composturas y, sobre todo, se hicieron más seguras de sí mismas. Porque habían entendido, digerido, roto parte del esquema mental reinante, donde al escoplo o al martillo se le da categoría masculina, y al mandil, la cacerola, la escoba, categoría femenina.

Se trabajó lejos de un sexismo patriarcal que ha dañado el crecimiento laboral de la mujer, porque las actividades del ser humano no están basadas en la testosterona en los estrógenos, sino en la inteligencia y la voluntad de aprendizaje en el común de los individuos: hombres o mujeres.

Las artesanías cobraron importancia. En este renglón del programa, Herlinda Bejarano demostró su extraordinaria enseñanza forjando maestros y maestras en toda la República, consolidando el programa que ya existía y resucitando con notable iniciativa quehaceres manuales del siglo XIX, como taraceado, muebles enconchados, cristos de caña, talla en madera, pintura en porcelana, vitrales, etc., con la demanda de un mercado de buenos precios.

Tal fue, a grandes rasgos, mi experiencia en el Instituto Mexicano del Seguro Social.

Pero, al mismo tiempo, yo había intensificado mis actividades políticas, sin descuidar las administrativas.

XIII

ACTIVIDADES POLÍTICAS

ANTES de entrar de lleno a recordar mis actividades políticas, quiero enfatizar en los últimos renglones sobre mi trabajo en el IMSS, la importancia que al deporte ha dado este gran organismo.

Se ha dicho, se ha comprobado que el deporte es el antídoto o vacuna contra la drogadicción y que si se le toma como una disciplina formal, con voluntad constante, se lograrán buenos ciudadanos. En la actualidad la presencia del deporte es verdaderamente indispensable dado el incremento del uso de las drogas en todos los países. Así lo entendieron los programadores del IMSS desde entonces.

Un verdadero ejército en toda la República se formó con gimnastas, basquetbolistas, nadadores, clavadistas, etc., dirigidos por entrenadores de gran experiencia y primerísima calidad. Cada año logramos presentar, para estímulo general, en algún Estado del país, “confrontaciones nacionales deportivas” donde se reunían los más destacados socioalumnos. Para dar un ejemplo de esta actividad, señalaré el deporte del agua. Sesenta y cuatro albercas, diseminadas en los Estados, llegaron a proporcionar atención a cerca de ocho mil socioalumnos por alberca, es decir, más de medio millón de usuarios de todas las edades. Se les denominaba “la ola verde” por el color del uniforme. En esta actividad tuvimos la suerte de que trabajara el entrenador más responsable que ha tenido México, Nelson Vargas. Este gran muchacho, de extraordinaria vocación de servicio, con extraños horarios para nuestra forma de ser (desde las cuatro de la mañana) dedicó sus mejores años y formó estrellas del deporte como el *Tibio* Muñoz, primera medalla olímpica de oro. México le debe a Nelson Vargas un homenaje nacional.

En otro orden de cosas, en ese sexenio tuve oportunidad de tratar a varios jóvenes –siguiente generación- a quienes ya se les notaba el nimbo luminoso que da la inteligencia superior. Trabajaban en la Subdirección General Jurídica. Me refiero a Genaro Borrego, Emilio Gamboa Patrón, José Francisco Ruiz Massieu y Mario Melgar. El primero de ellos, ex gobernador de Zacatecas, dio a su Estado una

renovada vida política, un ejercicio cabal de libertades; se formaron nuevos cuadros abiertos al diálogo. Zacatecas está a muchos años luz de cacicazgos nocivos. En un Estado de difícil suelo se logró la cosecha más alta de frijol en 1990: 460 000 toneladas. Me impresiona el trabajo nacionalista de este ex gobernador, de unificación firme, pues constituyó la Federación de Zacatecanos Unidos, por medio de clubes: un club por cada municipio. Tuvo también relación directa con zacatecanos en el extranjero, sobretodo en Los Ángeles, Cal., para mantener viva la llama de la conciencia mexicana.

Los otros tres jóvenes mencionados renglones arriba, ubicados hoy en cargos de la más alta jerarquía -director general del IMSS, gobernador de Guerrero y abogado general de la UNAM, respectivamente-, manifiestan con su desempeño que el IMSS supo seleccionar desde esa lejana fecha a hombres de primera categoría.

Trabajar en Educación, en Salubridad o en el IMSS no fue obstáculo para que yo eligiera un partido político y cumpliera con mis obligaciones cívicas.

Siempre he pensado que quien no toma partido político es quien no se define o es apático (sin pasión), manifiesta con su inercia que está muy cerca del hedonismo, que se inclina fácilmente por el placer, por la *soberanía del instante* y que le importa muy poco el bienestar social o colectivo. Porque se toma partido, se escoge partido, para servir, porque para eso se ha nacido.

Quizá derivado de mi propio contacto con las clases sociales económicamente débiles me llegó el impulso de tocar una puerta del Partido Revolucionario Institucional. Acababa de cambiar de siglas y en las anteriores, PRM, había sido el licenciado Florencio Padilla, secretario general (mi conuño, como ya lo he escrito), quien me dio algunas orientaciones.

Leí meticulosamente la Declaración de Principios, el Programa de Acción y los Estatutos.

Me gustaron estos documentos básicos. Comparé lo que había leído con alguna otra documentación de algún otro partido.

Llegué al PRI a pedir trabajo sin remuneración. Me aceptaron y me dieron credencial. Desde entonces, durante varias elecciones, fui nombrada en las casillas escrutadora o representante de candidato o presidenta o secretaria o simplemente presté la cochera de

mi domicilio para instalación de casilla o el jardín de mi hogar para ofrecer un desayuno en favor del candidato a diputado en turno por el Distrito XXII.

Guadalupe Rivera Marín (doctora en leyes), Guadalupe Aguirre Soria (magistrada de la sala Superior del Tribunal Fiscal de la Federación en la actualidad), Gonzalo Martínez Corbalá (director general del Infonavit, en 1991) desfilaron en ese tiempo por mi casa, donde yo tomaba la palabra para orientar al grupo de vecinos. También repartí folletos entre parientes y amistades. Asistí a mítines y conferencias que organizaba el Partido y tuve la oportunidad, cuando Rodolfo Echeverría Álvarez era diputado federal y secretario de Acción Política del Comité Regional del PRI en el D.F., de presentar al licenciado Jesús Reyes Heróles en un ciclo de conferencias aprendiendo de memoria su largo currículum, con bien disimulado temblor y gasto de adrenalina consiguiente.

Años atrás, cuando trabajaba en la SEP y era secretario don Jaime Torres Bodet, el general Alfonso Corona del Rosal, presidente del Partido, me sugirió la posibilidad de ser diputada por mi Distrito XXII. Tengo la histórica misiva. Don Jaime me había presentado con más de veinte gobernadores por aquello de la instalación de los Centros de Acción Social Educativa; era ya conocida en el medio político, había viajado por la mitad del mundo para asistir a Congresos de Bienestar Social. No era pues leal de mi parte dejar lo administrativo antes de concluir el sexenio, sino salir de Educación hasta que don Jaime terminara su responsabilidad.

Di las gracias por la oportunidad y la deseché.

Pero la política me atraía con fuerza genética. Me corría por las venas. Desde lo más profundo de mis pensamientos brotaba la llamada. Analizaba los procesos, los acontecimientos, juzgaba, oía y leía todas las informaciones, sacaba conclusiones, valoraba, analizaba.

En el sexenio del licenciado Echeverría empecé a notar que se hablaba en corrillos usando con frecuencia la palabra “populismo”.

¿Qué era para mí esta palabra?

¿Populismo? Se forma el vocablo en sus cuatro primeras acepciones del latín *popularis*, pópulo (perteneciente o relativo al pueblo) y un sufijo tónico que denota doctrina o sistema. Ejemplo, animismo, de ánima; platonismo, de Platón.

Fue introducido al lenguaje político mexicano por uno de nuestros mejores ideólogos: licenciado Jesús Reyes Heróles. Por eso tuvo prevalencia. En su formación, don Jesús fue becario en Argentina, donde Domingo Perón y Evita, su mujer, eran señalados por la oligarquía como “populistas”.

Como en las recetas de cocina, al vocablo se le añadieron dos cucharadas del término “demagogia” y entonces la palabrita se hizo peyorativa.

Pero el problema no era dialéctico.

Al gobierno del licenciado Luis Echeverría se le tildó de populista, con intencionado golpeo.

Quiero hacer unas observaciones al respecto, porque es bien sabido que somos ligeramente caníbales y la carne preferida en nuestro diario menú es la presidencial, donde los chistólogos descargan su ironía buscando mellar el respeto al jefe para devaluarlo, y donde nuestra rebeldía sistemática hacia quien tiene autoridad toma carta de naturalización en nuestro yo íntimo.

En julio y agosto, a muchos grados de calor en el valle de Mexicali, había personajes que no se quitaban la corbata y el saco. El presidente Echeverría usaba guayabera. ¿Era populismo o simplemente acercamiento a la comodidad al despojarse de costumbres protocolarias que el pueblo critica?

Tuvo que afrontar las consecuencias del 68, pese a que en ese tiempo él *no* era el Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas. En 1969 fue candidato a la Presidencia de la República, y trece meses después abrió puertas para recibir demandas encendidas y justas quejas. Éstas eran necesarias válvulas para una terrible caldera porque había componentes determinantes, verdaderas bombas de tiempo, residuos de un pasado conflictivo.

Cuando se escriba completa la historia del 68 con menor pasión, cuando los ánimos de los descendientes de quienes tuvieron papeles protagónicos hayan conocido la serenidad, se pondrán en la balanza, equitativamente, las circunstancias reales para aclarar verdades completas.

No hay que olvidar que un gran hombre inteligente, Fernando Benítez, había clamado: “Echeverría o el fascismo”.

XIV

EL PUEBLO demandante, el más numeroso, el más consciente de sus aspiraciones, de sus carencias el más conocedor de su realidad social, entró en Los Pinos como un derecho logrado y estrechó la mano de su Presidente (miles y miles de manos). Porque la exaltación de lo popular era una de las medidas indispensables en ese momento histórico. No era populismo.

Tocar la mano del Presidente, desmitificarlo, sentir el sudor de su esfuerzo como otro ser humano. Algo tan simple y tan grande. Actualmente (1991) también así se trabaja.

Aquí abro un paréntesis porque me acuerdo de años atrás, de una gira con el licenciado Adolfo López Mateos, siendo él presidente de la República, y gobernador de Aguascalientes el profesor Enrique Olivares Santana, estupendo servidor de México en todos los puestos que ha desempeñado y amigo impar.

Yo caminaba a tres pasos del presidente López Mateos para entrar al Palacio de Gobierno de la capital aguascalentense. Un hombre, al paso de la valla, campesino, fue apretado en el antebrazo por la mano presidencial. El hombre se sacudió entero al tiempo que gritaba con fuerza: “¡Me tocó, me tocó”!

Sí, lo había tentado la Divinidad. El Sagrado, el Ungido.

Tal es y ha sido nuestro carácter mítico. De la historia de nuestros dioses fabulosos y de nuestros héroes se desprende el ingrediente del respeto a un mandatario. Y quizá... quizá propicia nuestro centralismo en gran medida. Seis años. Y luego otro Dios.

Pero, dentro de nuestra contradicción eterna, el extraño proceso inmediato de mal hablar, de despedazar, de afilar los colmillos para arrancar las cualidades del que acaba de pasar, de aquel al que tributamos nuestro profundo respeto, recriminándole ahora, al paso de su momento histórico, el no haber sido *perfecto*, conforme a nuestra exigencia, el no haber sabido sobrepasar la talla humana.

Comernos al Ungido como lo hicieron nuestros más remotos ascendientes; la carne del Gran Guerrero para alcanzar parte de sus virtudes. La comunión psicológica para obtener la trascendencia como rito profano.

Cerrado este largo paréntesis, vuelvo al examen del término *populismo*.

El licenciado Luis Echeverría al comenzar su periodo, encontró las universidades del país en plena bancarrota, quizá como consecuencia del “desarrollo estabilizador”, sin que se hubiera pensado que la educación popular gratuita en México necesitaba “airearse” culturalmente.

Las puertas de Los Pinos estuvieron abiertas y el doctor Guillermo Soberón, acompañado varias veces por el doctor Jorge Carpizo y el licenciado Diego Valadés (coordinador general de Asuntos Jurídicos en el Departamento del D.F., actualmente) tuvieron largas audiencias con el presidente de la República.

Recibir a estos tres grandes de la lectura, ¿era populismo o necesidad inmediata universitaria?

Para desahogar a la UNAM se creó la Universidad Metropolitana y el Colegio de Bachilleres, se ampliaron o crearon las universidades de Colima, Aguascalientes Tamaulipas, Baja California y Tlaxcala. Un día, en una carretera del Estado citado en último término, el Presidente fue abordado por un grupo de estudiantes preparatorianos tlaxcaltecas para pedir la formación de su Universidad. No faltó algún colaborador próximo al presidente que arguyó en contra. La cercanía con Puebla y aun con la ciudad de México se presentaba como solución al problema. Pero se impuso la voluntad presidencial y se constituyó la UAT inicialmente con las escuelas de Derecho, Comercio y Administración, Normal Superior y Odontología. En la actualidad tiene cuatro Divisiones: División de Ciencias Sociales y Administrativas, División de Ciencias y Humanidades, División de Ciencias Biológicas, División de Ciencias Básicas, Ingeniería y Tecnología y Centro de Investigación en Reproducción Animal, con maestría y doctorado. Hay veintiuna licenciaturas, siete maestrías y un doctorado; cuenta aproximadamente con 10 000 estudiantes. Los bachilleres deben tener ocho de promedio mínimo para ingresar.

En su creación figura la firma de la licenciada Beatriz Paredes Rangel, diputada secretaria en la expedición del Decreto número 95, y ex gobernadora constitucional de ese activo Estado, mujer de superación constante y excepcional funcionaria. La UAT es ejemplar, modelo, tiene, a la inversa de lo que se pensó, estudiantes de Puebla y del D.F. y ha crecido cualitativamente con excelencia académica, como

derivación de ese visionario “populismo”...

Cuando los estudiantes de Michoacán recibieron hostilmente al licenciado Echeverría, no imaginaron que durante seis años dialogarían con él muchas veces hasta en la madrugada y con base en un trato suavizarían asperezas. ¿Populismo?

Conalep, Conacyt, Fonart, Infonavit, fueron creados por el licenciado Echeverría. Ahora que se ven sus crecidos resultados, las consecuencias que han derivado en beneficio del pueblo para satisfacer sus demandas cada vez en mayor escala, ¿se pensará que estas instituciones son “hijas del populismo”?

A veces la inflación era de 15%, se promovía con los sindicatos una elevación salarial de igual porcentaje; como *el salario* se gasta, los industriales no resentían disminución en el volumen de compras de la masa trabajadora. ¿Era populismo?

La cena de Navidad, durante los seis años de gobierno, se festejó en algún ejido de algún Estado, donde el presidente con su familia convivía o con los campesinos del desierto o en Ocampo, Coah., o con los yaquis o en el ejido Cancún. Esta convivencia tenía como antecedente el estilo de trabajar del general Lázaro Cárdenas, quien también recorrió el país de igual manera cuando era primer mandatario para acercarse a aquella parte de nuestro pueblo que necesita de un estímulo inmediato, así sea nada más para renovarle la esperanza o cumplirle una vieja promesa.

Valery Giscard d'Estaing, cuando dirigía los destinos de Francia, se acercó sobre todo a las clases económicamente débiles en igual forma.

En fin, no quiero seguir con el enlistado de ejemplos en donde la palabra “populismo” debe ser más profundizada en su contenido, por expertos *fríos*.

El proyecto de nación en que estamos inmersos nos obliga a un plan estructurado permanente con múltiples facetas. Pero seis años de *poder* son una ráfaga para cumplir parte de esa gran estrategia. Y la angustia presidencial tiene que tomar a veces decisiones emergentes que entran y salen conforme se presenta la contingencia.

Un día, cuando menos lo esperaba, fui llamada por el presidente del Partido Revolucionario Institucional, licenciado Porfirio Muñoz Ledo. Sin mayor preámbulo, puesto que las cosas caminan aprisa en

determinadas cúpulas, me dijo:

-Griselda, desde hace años trabajas para el Partido y te has desempeñado bien en los puestos administrativos del Gobierno. Estás madura para ser senadora. Le consultaremos al pueblo.

¿Aceptas?

¡El Pacto Federal!

Puedo asegurar que mi desempeño no había sido dirigido con intención precisa. Me gustaba trabajar para el Partido y todas aquellas pequeñas tareas en que había colaborado no llevaban como finalidad dar en este blanco.

Tenía ya amigos y amigos políticos de quienes recibía consejo y apoyo. Entre ellas destacaban sobre todo dos: Hilda Anderson y Martha Andrade del Rosal.

Nuestra firme amistad se había desarrollado sin tropiezo. De Martha y de mí se dice en algunos círculos políticos que somos “las hermanas Águila”, que no contaremos, pero que sí somos “águilas”. A Hilda le tengo un gran reconocimiento, es tenaz, esforzada, afectuosamente la llamo mi *manager* por lo que más adelante, cronológicamente, he de referir.

Se ha dicho que las mujeres somos desiguales en nuestro trato y que expresamos nuestro separatismo siendo hasta enemigas entre nosotras. No estoy de acuerdo con esta creencia. Imagino que la torcida opinión salió de la “competencia”, es decir, del sexo masculino. Es patrimonio del ser humano la facultad de criticar. Tanto ellas como ellos juzgan y prejuzgan según viene a colación. Nada más y nada menos.

XV

MARTHA ANDRADE DEL ROSAL, Hilda de Rojas y yo nos encontramos con frecuencia en diferentes actividades del Partido. Su militancia es ejemplar, son constantes, leales y han dado ejemplo impropio de trabajo dondequiera que se les solicita en beneficio del sistema, con gran poder de convocatoria entre las mujeres de todas las clases sociales.

Las palabras del presidente de mi partido regresaban una y otra vez a mi memoria con insistencia continua. Entonces, quería decir que el partido me llevaba una contabilidad exacta de lo que yo había hecho por gusto, por deber, con buen ánimo porque me atraía su actividad y su filosofía.

Entonces, otro entonces, estaba “madura para ser senadora”.

Me venía a la mente una noche en Roma: espectáculo de “luz y sonido” en las ruinas del Foro romano, donde la imaginación trabajaba más que nada en medio de luces indirectas, ruidos adecuados y diálogos importantes surgidos a mitad de la oscuridad, para dar al espectador una idea de la grandeza del Senado, frente a lo que fue el edificio, de vívida función aleccionante que llegaba a través de los siglos.

Aquella pauta, el derecho romano, que es precedente del cuerpo jurídico en el mundo latino, salía gracias a la técnica moderna, en voces de narradores italianos, en medio de la noche cálida y húmeda. A lo lejos el Tiber silencioso.

Lo demás era conjetura.

Estábamos a pocos metros del lugar físico en donde se habían dictado leyes, cuando Roma era señora del mundo, donde los seres humanos de muchísimas generaciones atrás, repetían en otra voz, en ese momento *nuestro*, un legado fundamental, un modelo de organización para los pueblos posteriores. Allí se había discutido, analizado, debatido, impugnado, y los próceres del pensamiento, quizá en polémicas lentas y maduras, habían fijado derechos y obligaciones para todos, con la enorme facultad de dictar leyes. La perpetuidad del espíritu cuando ya no existía el polvo de los que habían sido.

La majestad del Senado me empujaba a reflexionar y ponderar su importancia.

El Senado, de *senex*, anciano. Asamblea de ancianos que formaba el Consejo Supremo en las antiguas repúblicas. Aunque, como sabemos, la “edad senatoria”, según se estableció por la Ley Villia, era de veintisiete años (edad cuestoria), condición que se exigía entre otras.

En esos tiempos la expectativa de vida era muy corta.

Yo pertenecía y pertenezco a una nación compuesta por jóvenes donde algunos de mis compañeros serían quizá de edad madura, a lo sumo como la mía, pero de mayor experiencia política, puesto que varios ya habían ejercido la facultad legislativa en otra cámara. Si llegaba yo al Senado, mediante el voto del pueblo, tendría que estudiar mucho para ingresar dignamente al Pacto Federal.

Acepté el reto. Tenía residencia en Colima. Cubrí los requisitos y me lancé a la campaña. Mis compañeros de fórmula eran: el coronel Antonio Salazar Salazar para senador; suplente de él, Roberto Anzar. Suplente mío, el profesor Aquileo Díaz Virgen.

La solicitud de registro, dirigida al presidente de la Comisión Local Electoral, Rafael Macedo López, estaba firmada por el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Revolucionario Institucional: presidente, licenciado Porfirio Muñoz Ledo, secretario general, licenciado Augusto Gómez Villanueva, y oficial mayor, diputado licenciado Rodolfo Echeverría Ruiz, con fundamento en lo dispuesto por los artículos 105, 106 y 107 de la Ley Federal Electoral, para el periodo 1976-1982.

En la solicitud de registro, en los datos requeridos, se leía claramente: lugar de nacimiento, Guadalajara, Jal.

Al margen quedó registrada la candidatura a las 19:30 horas del día 9 de abril de 1976, “recibiéndose también la documentación que acredita la veracidad de los datos anotados”.

Me acordé de Alfredo Ruiseco Avellaneda, mi amigo veracruzano, quien fuera senador por Colima hacía tres o cuatro sexenios.

Y entramos en campaña.

Recorrer los diez municipios, sus cabeceras, sus poblados, uno por uno, sus ejidos, cuyo número se ha acrecentado, porque la tierra se subdivide peligrosamente, cada vez con menor satisfacción para el que la recibe.

Demanda constante y aumento demográfico.

Fue experiencia singular. Quise comenzar por Chiapa, municipio

de Cuauhtémoc, ex hacienda de mi padre; las ruinas del casco, sobre todo donde había estado el ingenio y el alambique, los largos corredores todavía con balastradas me llenaban de nostalgia. Mi niñez, mi adolescencia, la compañía de mi hermana, los recuerdos familiares. Y al propio tiempo, la alegría de los que me acompañaban que se manifestaban tan solidarios, prometiendo su voto. Algunos ancianos repetían al paso: “La hija de don Miguel, la hija de don Miguel”.

Un destino extraño. Aquella niña a la que le gustaba salir a recibir la tormenta asustando al caballo, que tiraba al blanco por iniciativa paternal, que llegó a bailar sones con los rancheros, ahora formal candidata de un partido fuerte, decidida a lograr un papel decoroso, para trabajar por ellos de alguna manera.

Sistemáticamente, en el recorrido se estimulaba a los concurrentes a presentar demandas. En cada reunión, partidarios míos me ayudaban anotando las peticiones. Casi siempre lo perentorio, lo inmediato. Paternalismo organizado pero sin orden, sin la secuencia de un plan rector, solamente oyendo el ruego, la súplica, la solicitud, la reclamación.

Enemiga de prometer, al contestar sólo aseguraba que estaba anotada la instancia. Por lo mismo, mi oratoria era pobre.

Así el sistema, así el procedimiento y mis compañeros a las candidaturas correspondientes me hacían ver que no era válido cambiar de estilo, que los peticionarios (*sic*) estaban más cerca de su necesidad, que la conocían mejor que los futuros representantes, etcétera.

Yo pensaba que si bien en parte era cierto, la misma cortedad de conocimientos, el mismo horizonte limitado, la misma escasez en los términos de comparación, restringían y eran suficiente obstáculo para impedir un buen planteamiento de parte del pueblo.

Me decían que no me preocupara, que mi labor iba a ser legislativa.

Yo juzgaba que la campaña era de conocimiento mutuo. El pueblo tenía que saber lo que pensaba su candidata a senadora, y yo qué había detrás de ese esquema, de ese guión impuesto por la costumbre.

Me parece presuntuoso, de mal gusto, hacer constar en mis *Memorias* la ideología de la maestra Álvarez. En Chiapa, en el Ocotillo, en el Chical, en Villa de Álvarez, en Comala, en Minatitlán, en Coquimatlán, en Quesería, etc., los principales temas fueron salud, economía, obras de irrigación, mujeres pasivas o despolitizadas, coordinación de esfuerzos en la producción agropecuaria, mejoría en las leyes.

Mi lema en la campaña fue de tres palabras.

Para progresar: educar.

Mi partido colaboró con transportes y abundante propaganda impresa.

Mis amigos se hicieron presentes con abanicos, llaveros, redes de basquetbol, balones, cerillos, cuadernos, cajas de semillas, mochilas, carteles, morrales de ixtle (¿te acuerdas, Miguel Osorio Marbán?), pancartas, cartulinas, figuras geométricas, pizarrones.

Y como tengo muchos amigos... no gasté en la campaña.

Ahora (1991) las campañas son de gastos millonarios y proyectarse como diputado o senador es tener o un resguardo financiero propio o adquirir compromisos y entrar en las Cámaras con letras vencidas o con el abecedario completo.

XVI

SE ACABÓ la campaña. Se votó. Se ganó por amplísimo margen. En el acta de la sesión pública extraordinaria celebrada por la XLIV Legislatura Constitucional del Estado de Colima, el lunes 19 de julio de 1976, consta que quien más se acercó a nuestro número de votos fue el PAN, con el candidato por ese partido, licenciado Horacio Cuitláhuac Gutiérrez Velasco: 2 103 votos (dos mil ciento tres votos), contra la candidata del PRI, profesora y licenciada Griselda Álvarez Ponce de León, con 58 026 votos (cincuenta y ocho mil veintiséis votos). El PARM, Con Elías González Gómez, obtuvo 575 votos (quinientos setenta y cinco votos). Candidatos no registrados: 51 votos.

Se llegó el día.

Sesión inaugural de la Cámara de Senadores en la ciudad de México. Activos y formales mis compañeros. Importantes todos. De ellos tendría mucho que aprender. Y de ellas. Mujeres compañeras fuimos cuatro: Hilda Anderson Nevares de Rojas, leal priísta; Rosa María Martínez Denegri, ahora (1991) candidata al gobierno de Campeche por el PARM; Martha Chávez Patrón, doctora en derecho agrario y yo.

Antes de entrar a la sesión solemne tuve un momento de confusión. Esperábamos que llegara la hora puntual tomando café, en un salón adjunto con las debidas presentaciones, puesto que no todos nos conocíamos.

Yo platicaba con x. De repente se acercó un futuro compañero; x se incorporó y con singular fuerza y entusiasmo abrazó al recién llegado con esa peculiaridad que acostumbra los hombres, palmeando las espaldas varias veces sin pensar en los sufridos alvéolos pulmonares. Cuanto más fuerte se oye y se pega, más afecto se demuestra.

-¡Hermano del alma! Estamos en la misma Legislatura. ¡Otra vez, como cuando fuimos diputados! Te presento a nuestra compañera Griselda Álvarez.

Apretón de manos, felicitación mutua. Yo estaba enternecida ante tan desbordado afecto.

Luego que se retiró el presentado, x me previno:

-Cuidate de éste, es un perfecto desgraciado. Ya verás.

-Pero es que tú...

En ese momento un timbrazo anunció la inminencia de la sesión.

La solemnidad del acto me borró por completo la importancia del incidente.

La composición humana de la L Legislatura juzgo que fue de primera: licenciados en derecho, doctores en derecho, ex gobernadores como Hugo Cervantes del Río y Manuel González Cosío, ex secretarios de Estado, como Salomón González Blanco, internacionalistas, doctores en filosofía, doctores en medicina, como Gustavo Baz. Era una gran oportunidad que me abría la vida si procuraba aprovecharla.

Como presidente de la Gran Comisión de la Cámara de Senadores, mi inolvidable amigo Carlos Sansores Pérez. Anteriormente se había distinguido en la Gran Comisión de la Cámara de Diputados a la XLIX Legislatura, caracterizada por el gran número de leyes de índole social que se aprobaron.

Fui miembro de varias comisiones: Asistencia Pública, Corrección de Estilo, Segunda de Educación Pública, Segunda de Relaciones Exteriores, Postulaciones “Condecoración Belisario Domínguez”, Editorial y de Bibliotecas, Seguro Social.

Quizá la que más satisfacciones me trajo fue la de Postulaciones “Condecoración Belisario Domínguez”. En ésta yo era presidenta y tuve el honor de subir a la tribuna cuando se le otorgó la medalla al ingeniero Juan de Dios Bátiz y al constituyente maestro Jesús Romero Flores.

Creo que a los que hemos sido senadores nos causa una peculiar emoción abordar esta tribuna. Allí se apoyaron las manos de hombres fuera de molde, como las de Belisario Domínguez, que, como dijera el poeta Jaime Sabines, “tenía el sentido del deber por encima del instinto de sobrevivencia”. Héroe cuya grandeza marcó una estrategia política en la vida nacional.

En el primer periodo ordinario de sesiones (1976) fui prosecretaria. Después (1977) miembro de la Comisión Permanente del H. Congreso de la Unión y alcancé el honor de ser vicepresidenta de la Cámara de Senadores en el mes de septiembre de 1977. En este año logramos, por entusiasmo del senador Jesús Cabrera Muños Ledo, una publicación trimestral, *Senado Mexicano*, donde participé en el Consejo Editorial. Alcanzó varios números.

Quiero dejar anotado en estas *Memorias* el trato versallesco de mis compañeros de trabajo y lo enriquecida que salí por los consejos de hombres de cultura superior, de lecturas profundas y de gran experiencia política.

De esta L Legislatura, varios compañeros llegaron a gobernadores: el general Graciliano Alpuche Pinzón (Yucatán), Alberto Alvarado Arámburu (Baja California), Rafael Camacho Guzmán (Querétaro), José Guadalupe Cervantes Corona (Zacatecas), Alejandro Cervantes Delgado (Guerrero), Víctor Cervera Pacheco (Yucatán), Víctor Liceaga Ruibal (Baja California Sur), Eliseo Mendoza Berueto (Coahuila), Óscar Ornelas Kuchle (Chihuahua), señalando también que ahora (1991) se está cocinando San Luis Potosí con otro compañero: Fausto Zapata Loredó y quizá Rosa María Martínez Denegri por Campeche.

En realidad, dentro de la Cámara ¿cuáles habían sido las conquisistas para aquellas cuatro senadoras? La honrosa distinción de participar en aprobación o desaprobación de modificaciones a la Ley. Claro. Un trato igualitario y... algo más.

Quiero hacer una reflexión gramatical, no feminista. Resulta que los que primero manejaron el alfabeto y la gramática, las reglas de sintaxis, de prosodia, fueron hombres. Así también, los que poblaron las universidades y los centros de estudios superiores fueron hombres. Ellos dictaron las normas, las reglas, por ejemplo, la concordancia en número y género: sustantivo de género femenino con artículo femenino, sustantivo masculino con artículo masculino; número singular, sustantivo singular; número plural con sustantivo plural. ¿De acuerdo?.

A la mayoría de sustantivos del género femenino les tocó terminar en “a”. Fue nuestra vocal. Pero empezaron a aparecer mujeres estudiantes en las facultades de Medicina, Arquitectura, Leyes, Ingeniería, etc. Y los títulos conservaron la o de los varones. La señorita “arquitecto”, la señorita “licenciado”, contrariando la norma gramatical de concordancia organizada por los señores académicos.

Esa “a”, esa friolera, esa minucia de vocal, significa un camino de lucha, de esfuerzo, de tropiezos o de triunfos, donde la mujer ha conquistado por medio del estudio un título.

En el terreno político, no había senadoras. Las primeras fueron

María Lavalle Urbina y Alicia Arellano Tapia. Todo estaba dispuesto para los “senadores”. Pero las segundas de otra legislatura, sí protestamos. Sobre todo Hilda Anderson y yo. Los dos baños decían en sus puertas: “Senadores”. No había baño de “senadoras”... y las cuatro mujeres teníamos que sortear algunas vicisitudes manifiestas, axiomáticas, con un “usted dispense” al allanar territorio ajeno.

Esa fue nuestra conquista, la “a” en un baño, de los dos que había.

Aunque no faltó uno que otro olvidadizo (individuos a mitad de zíper) y algún otro que alegara la superioridad numérica y el derecho de pacífica posesión.

Yo estaba tranquila. Sentada en mi escaño. Dedicada a tareas sustantivas junto a mi admirado amigo el poeta Carlos Pellicer, a quien en la primera sesión un ujier le cerrara el paso porque usaba zapatos tenis, sencilla cachucha y modesto suéter.

Pero la majestad de la Ley, la solemnidad y decoro del recinto, las doctas intervenciones de mis compañeros actuaban en el curso de mis pensamientos.

Mi ambición mayor era ser buena senadora, distinguirme de alguna manera en el cumplimiento de la representación. Pero... un día me di cuenta de que se me empezaba a atacar en columnas políticas sin que viniera al caso. Eran dos magníficos columnistas amigos de mi compañero de fórmula, el senador Antonio Salazar Salazar.

Tanto Luis Spota como Daniel Muñiz aprovechaban cualquier motivo para ocuparse negativamente de mi persona. Conservo los recortes periodísticos porque soy masoquista. Me encantan. Ellos ya fallecieron por desgracia.

Algún día caí en la necesaria reflexión: si me atacan es porque ven en mí la posibilidad de “llegar”.

XVII

¿DEDAZO?

REPITO que algún día caí en la necesaria reflexión: si me atacan es porque ven en mí la posibilidad de “llegar”. En otras palabras y cambiando un poco el conocido entimema: “Me pegan, luego existo”.

En rigurosa meditación de “mi caso”, a quien le debo el primer empujón es al ex senador y coronel Antonio Salazar Salazar. Lo digo sin resentimiento. ¡Qué va! Con sus embestidas subterráneas, constantes, me hizo más conocida en el medio político. Me abrió los ojos, como se dice. Me ayudó en sentido contrario.

Yo entonces “jugaba a la tímida”, valorando siempre exponer mis ideas, el término medio, el guardado equilibrio para no lesionar el momento histórico de las mujeres, el instante preciso para dar a conocer determinado punto de vista, no adelantar época, un prudente mutismo que rehúye la oratoria de lucimiento, un recatado segundo lugar. Hasta dar el gran salto.

Alerta en las sesiones, deseosa de captar enseñanzas, se me antojaba la lejana, casi imposible idea de ser gobernadora.

¡Mujer!

Para algunos, ese subsexo, ese ser humano de segunda, marca indeleble que imprime la imposibilidad de hablar o de opinar un ejemplo sobre cuántica, sobre electrónica, sobre sistemas digitales con alto grado de paralelismo en el procesamiento de información.

Toda la tecnología de alta velocidad, fuera del alcance de las neuronas femeninas ...

¡Mujer!

(Ahora hay 17% de mujeres en las ingenierías de la UNAM con fuertes números en las calificaciones.)

¿Mujer en el mando de un Estado de la Federación?

Pero alguien me veía posibilidades y ese alguien había despertado la inquietud de la contienda.

Adelante. Preparé un diseño, una táctica para lograr el proyecto. Tenía que solicitar audiencia con seis o siete personajes que por su manejo de grupo representaran cientos de voluntades en mi favor.

Votos de calidad.

Primera audiencia: don Fidel Velázquez, ese pilar inmenso que ha sostenido el equilibrio de un edificio nacional. ¿Cuánto le debemos de estabilidad, de mesura, de control económico en la gran masa obrera?

Visité al profesor Enrique Olivares Santana, a quien le profesó profunda amistad y admiración. De él aprendí a “estar de buenas” siempre, cosa hartó difícil. Es un sabio en política.

Otro personaje importante, el licenciado José de las Fuentes Rodríguez, líder de mi central, la CNOP, también fue abordado por mí.

Tuve audiencia con el secretario de Gobernación, licenciado Jesús Reyes Heróles, amigo de mi familia desde muchos años atrás, y con el presidente de mi partido, licenciado Carlos Sansores Pérez, de quien recibí todo el apoyo y el consejo que necesitaba. Hablé con otros.

A todos llegué con la misma perorata, palabras más, palabras menos; que si el país necesita expresar ya una democracia homogénea generalizada en el tratamiento de los seres humanos con una verdadera igualdad; que si la problemática de los Estados de la República es diferente (se tiene que comenzar con los de menor dificultad) ya que algunos de ellos por su extensión territorial reducida, menor número de habitantes, bajo nivel de oposición partidista, etc., son más fáciles de gobernar; que si tengo un currículum de siete cuartillas a renglón seguido y comprobado; que si conozco los problemas de mi entidad; que si he fundado en el Estado y en diferentes épocas el Centro de Acción Social Educativa en la ciudad de Colima, el Centro de Adiestramiento y Capacitación para Obreros, el Centro de Seguridad Social para el Bienestar Familiar en Tecomán, el de Peña Colorada, el de la ciudad de Colima, el Fideicomiso Hotelero en Manzanillo, etc.; que si tengo deseos de servir al pueblo; que si no tengo problema familiar, que si...

Atinadamente la juventud actual a esto le llama “rollo”. Éste era algo más largo que los rollos del mar Muerto.

Hubo resultado positivo, promesas y simpatía. Alguien dijo: “Si me piden mi opinión”... Otro más: “Si la ocasión se presenta”... Y algún otro fue más directo: “Ya es tiempo de dar la oportunidad a una mujer. Yo estoy de acuerdo”.

Dos claras excepciones: Oscar Ramírez Mijares, secretario de la CNC, a quien no me acerqué porque estaba a favor del senador An-

tonio Salazar, y el licenciado Jesús Reyes Heróles, secretario de gobernación. Pese a la amistad, me aseguró que el país no aceptaría mujeres gobernadoras y que los hombres de Colima no me dejarían llegar. De su despacho salí más reflexiva, pero no vencida.

Los hombres de mi partido empezaron a hacer auscultaciones por todo el Estado.

Y alguna mujer, en el Distrito Federal, desde una tribuna, lanzó atrevidamente “un buscaplés”. A ella la llamo mi *manager* y se llama Hilda Anderson. Fui su invitada a una conferencia donde se reunieron dos mil personas. Ubicada en la primera fila de sillas, escuché su discurso en el auditorio de la FSTSE. Hablaba de la situación político-histórica de la mujer. Hacia el final de su conferencia acentuó: “Existen ya en México mujeres preparadas con todas las características exigidas para llegar a la primera magistratura de un Estado, que nuestro partido debe tomar en cuenta al elegir candidatos. Un ejemplo está aquí, tiene estas cualidades... (ahí enumeró generosamente lo que quiso) y está sentada en primera fila. Es nuestra compañera la senadora Griselda Álvarez”.

El aplauso fue atronador y tuve que ponerme de pie para agradecerlo, entre cohibida y asombrada por la reacción del público en el Distrito Federal.

Por otra parte, en la misma ciudad de México los periodistas Aurora Berdejo y Armando Rojas Arévalo entrevistaron a Carlos Salazar Preciado, presidente de la Unión Ganadera Regional de Colima, y al presidente de la Cámara Nacional de Comercio, quienes se decía, me repudiaban. Ellos hicieron largas declaraciones desmintiéndolo y fueron los primeros en adherirse a mi posibilidad.

Ocho columnas de un vespertino.

¡Unidos a mi precandidatura esos recios hombres ganaderos cuya estampa longilínea –estatura y músculos- era el prototipo de la masculinidad!

Toño Salazar me invitó a una comida en su rancho Selene en Colima. Asistí. Hacia el anochecer agradecí las atenciones y me despedí. Cuando abordaba el automóvil, me percaté de que mi abstemio y formal chofer estaba en terribles condiciones. Balbuceante me pidió perdón:

-Entre varios me agarraron y a la fuerza me hicieron beber; mire

como me rompieron el hocico. (Jarrito de tuxca.)

Pedí ayuda a un amigo confiable; él tomó el volante y sin comentarios, por la carretera rumbo a Colima, reflexioné en lo que yo era en ese momento: la palabra *escollo* sinónimo de obstáculo, pero que también significaba peñasco o arrecife. A escoger, Griselda.

Creo que mi compañero senador nunca supo “el incidente perfecto” que querían provocar sus partidarios.

Una de las palabras más examinadas en nuestro medio político es sin duda alguna “dedazo”. Se aplica y afirma en su significado como una demostración palpable de centralismo. Se admite cada vez con menos indulgencia. Se denigra.

¿Qué pienso sobre el “dedazo”? ¿existe en forma absoluta?, ¿es indispensable como resultado?

Desde Grecia y Roma tratamos la democracia como un ideal, queremos perfeccionarla todos los días hasta donde es posible.

El poder del pueblo.

Todos los mayores de edad tenemos derecho a votar, a ser votados, a demostrar nuestra preferencia, a elegir, a ser libres, a ser tratados en forma igualitaria. Pero... ¿estamos preparados? En 1991 se habla en el PRI de consulta a las bases militantes; ¿qué porcentaje tenemos de analfabetos –para nuestra vergüenza- y cuál es nuestra media cultural?, ¿cuarto de primaria?, ¿cuántos de ellos son manipulados, cuántos arrastrados por un líder espurio, por un ambicioso cacicazgo, por un interés creado? No olvidar que los analfabetos funcionales –aquellos que creen leer- son menores de edad vigentes que apoyan su juicio en el ajeno, en el de su amigo, en lo que discurre su compadre, porque no tienen lectura reflexiva, porque no se informan mucho, porque se instruyen por el oído más que por el propio análisis interno.

Por eso es tan difícil borrar en la masa la palabra “línea” y sus consecuencias.

XVIII

POR amigos bien informados y bien “colocados” –como se dice- en las altas esferas, supe que estaba yo en una lista. Por supuesto, obtuve la lista.

La transcribo íntegra y fielmente en lo que respecta al caso:

Aspirantes a Diputados Federales

Lic. Manuel Moreno Castañeda. Delegado general del PRI en San Luis Potosí. Es sano de principios, trabajador, leal. Se le conoce por activo e institucional. Su señora madre, Enedina Castañeda, ha escrito la columna “Ayer, hoy, mañana” en el periódico local *Panorama*.

Rogelio Rueda Preciado. Nacido en Coquimatlán, Col. Combativo. Simpático. Es diputado local por Manzanillo y Armería. VII Distrito.

Alicia Matilde Delgado Gaytán. Jefatura el ANFER y la CNOP. Es activa e institucional. Diputada local por el Primer Distrito de Colima.

Lic. Juan José Farías Flores. Diputado de oposición al Gobierno de Arturo Noriega Pizano. Es de los que jefatura a los universitarios, por su propia extracción. Ha atacado al gobernador siempre.

Lic. Francisco Íñiguez Ceballos. Coordinador del Coprodecol. Es técnico, activo, dedicado con entusiasmo a su tarea. Representa un valor intelectual entre los funcionarios federales. Muy capacitado.

Precandidatos a gobernador

Lic. Daniel Apolinar Moreno. Es historiador. Fue diputado federal en la anterior Legislatura. Licenciado en derecho. *Apoyos:* algunos escritores de Colima y algunos campesinos. No tiene grupo. Se le juzga entre el pueblo con pocas posibilidades.

Sr. Constantino Rodríguez Dueñas. Es ganadero y muy capaz para los negocios, Tiene secundaria. *Apoyos:* su propio capital que se dice fuerte y un periódico que él va a patrocinar.

Lic. Antonio Salazar Salazar. Ha sido dos veces senador, es coronel, una vez fue diputado federal. Ha sido gerente de la mutualidad del Seguro Agrícola, agente de la Lotería Nacional. *Apoyos:* la

vieja guardia agrarista y el grupo de “Los Compadres”, éstos son: Lic. Ismael Aguayo, Lic. Roberto Cárdenas Merín, Sr. Ernesto M. Terríquez Sámano. Ing. Filemón Cervantes, Roberto Pizano Saucedo y Ramón Castañeda Basabilvazo.

Es conocido y en algún grupo campesino es popular. Se dice que ha hecho pacto con el presidente municipal Roberto Pizano Saucedo. Ha prometido ya cargos.

Lic. Cuauhtémoc Santana Seuthe. Ha sido diputado federal por el D.F., y presidente del Comité Directivo del PRI del D.F. Es delegado político por la Delegación Cuauhtémoc del D.F. *Apoyos:* carece de apoyos en el Estado; carece de popularidad. Se dice que lo apoya el Profr. Carlos Hank González. Su padre fue gobernador del Estado. Es preparado, inteligente, trabajador.

Licda. y Profra. Griselda Álvarez Ponce de León. Ha sido directora general en tres sexenios. Es escritora. Actualmente es senadora. Ciudadana colimense por Constitución del Estado y bisnieta del primer gobernador. *Apoyos:* algunos grupos de la Universidad; profesionales e iniciativa privada. Tiene fuerte simpatía entre las mujeres y los jóvenes. Dinámica.

Licda. y Profra. Aurora Ruvalcaba de Holstein. Ha sido senadora de la República. Es delegada de educación en el Estado por la SEP, ha sido secretaria femenil de la FSTSE, miembro del Comité Ejecutivo Nacional del SNTE. *Apoyos:* parte del magisterio y el grupo “Jesús Robles Martínez”. Es trabajadora y eficiente. Se le tiene alguna reserva por su esposo extranjero.

Sr. Roberto Pizano Saucedo. Ha sido senador de la República, es presidente municipal de Colima. Autodidacto. *Apoyos:* también se apoya en el grupo de “Los Compadres”.

Lic. Miguel de la Madrid Hurtado. Ha sido subsecretario en la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Actualmente también es subsecretario de Crédito en la mencionada Secretaría. Capaz, dinámico, inteligente. Está desarraigado de la entidad colimense. Tiene calidad financiera nacional indiscutible, coadyuvando a resolver problemas fiscales de suma importancia.

Lic. Jorge Armando Gaytán Gudiño. Fue diputado federal por la XLIX Legislatura, es presidente municipal de Manzanillo. *Apoyos:* Parte de los empleados de gobierno. Se dice que lo apoya el C. Gobernador.

Asociaciones

En Colima existen Asociaciones de Charros, de Automovilistas, de Madres de Familia, de Ingenieros, de Médicos, de Maestros, etc. Los clubes de servicio (Rotarios, Leones) son disciplinados y colaboradores.

Situación general: En sitios de automóviles, mercados, clubes sociales, deportivos, burócratas, se palpa en conversaciones que se quiere ya un *cambio* completo en Colima.

El pueblo quiere que se terminen, que se acaben los *grupos* que se han enquistado en situaciones de deterioro y que han corrompido a una parte de sus agremiados. El pueblo quiere que una persona sea *factor de unidad*. No hay problema que sea mujer, se le acepta. Como demostración de esto se está publicando en el *Diario de Colima* una columna que se llama “Retrato Hablado”, donde son entrevistados conocidos ciudadanos que forman opinión y esta opinión es coincidente.

Esta “filtración” me iluminó el panorama y me decidió a pedir una audiencia con el presidente de la República.

Tengo la idea de que el presidente en turno es el personaje mejor informado del país. Pero también tengo la duda de que a pesar de su omnipotencia sexenal que observamos y que sostenemos los mexicanos no se pueden cumplir todos los deseos. Nuestra historia política nos da ejemplos fehacientes. Hay circunstancias, hay imponderables, hay imprevistos. El “dedazo” no es absoluto.

Por eso no creo en el “dedazo”. Creo en el informe leal, en la circunstancia determinante, en la *casualidad* en los asesores eficientes, en los datos que se acercan, en el cúmulo de referencias, en la plétora de detalles para discernir. No obstante a veces se estrellan los mejores afanes.

Fue una mañana radiante. Espléndido sol. Me señalaron que tendría quince minutos de audiencia. Suficientes. Entré con las manos moleestamente húmedas. (Siempre me han funcionado las glándulas suprarrenales en exceso y *nunca* he podido detener mi adrenalina al saludar a un presidente. Tal impacto me produce la investidura de quien representa a millones de seres humanos. Ni modo.)

Amable, escuchó toda aquella disertación antes dicha siete veces sobre “mi caso”. Cuando concluí, de lo universal a lo particular, él contestó sólo seis palabras:

-Hable con quien tiene que hablar.

Pasé saliva:

-Señor Presidente, creo que me he adelantado. Ya hablé con el secretario de Gobernación, con el presidente del Partido, con el secretario de la CTM, con el de la CNOP, con...

Movió la cabeza de manera indescifrable y repitió:

-Hable con quien tiene que hablar.

Esto aumentó mi confusión. Se hizo una pausa. Los minutos se me agotaban.

Entonces formulé la pregunta que jamás se le debe hacer a un presidente porque no puede responder ni afirmativa ni negativamente.

-Señor, ¿cuento con su simpatía?

Inmutable vio imperceptiblemente el reloj de pulso e inició un movimiento.

Dejé la silla con prontitud. Se acabó. Rumbo a la puerta, sin hablar, pasó una mano por mi espalda y la detuvo amistosamente en el hombro derecho al tiempo que pronunciaba:

-¡Ah qué Griselda! Hable con quien tiene que hablar. Hable con el pueblo.

Debo de haber dicho gracias. Salí. La alfombra del pasillo amortiguaba todos los sonidos, pero se había hecho más gruesa, mucho más profunda. Se me hundían los tacones. El gran jardín de Los Pinos tenía ahora los árboles con extrañas tonalidades azules. Todo resplandecía fieramente. Y yo caminaba, caminaba hacia Colima para hablar con el pueblo.

XIX

CAMPAÑA POLÍTICA

Días después de la última importante entrevista, recibí un telefonema: se me invitaba a presentarme –seis de la tarde- en la Secretaría de Gobernación con el secretario.

Allí estuve puntual y alerta. En el ancho pasaje del edificio, parados cerca de la puerta que da acceso al elevador privado, estaban ya tres personajes: don Fidel Velázquez, el licenciado José de las Fuentes y Óscar Ramírez Mijares.

Después de los saludos, subimos en silencio.

Casi de inmediato fueron recibidos los tres. Se me indicó con toda cortesía que permaneciera en la sala de espera unos momentos. La puerta se abrió y fui introducida al salón-despacho del licenciado Jesús Reyes Heróles.

Había cuatro sillas dispuestas frente a su escritorio, tres ya ocupadas. Los cuatro personajes se pusieron de pie y yo saludé al secretario de Gobernación.

Nos sentamos.

El ambiente era tenso, seco. Ceremonia privada, única en su especie hasta ese momento; conscientes los cinco mexicanos que estábamos allí del paso que se daba al iniciar un camino diferente. Se abría una interrogación: ellos trataban de borrar el escepticismo porque había una decisión, una voluntad política. Nunca, como en ese momento, mientras escuchaba las palabras del secretario de Gobernación, sentí la cohesión de mi partido, tan monolítica, tan de firme disciplina.

-Bueno, Griselda, aquí los representantes generales de los tres sectores del Partido Revolucionario Institucional se han pronunciado en su favor para que sea precandidata al gobierno del Estado de Colima.

Mi contestación no correspondió como hubiera querido a mi estado de ánimo. Fue la respuesta un lacónico “muchas gracias, sabré cumplir con este honor”. Luego, abrazos de felicitación y sonrisas.

El paso estaba dado.

De salida, don Jesús me dio una palmadita en la espalda y añadió:

-Se salió con la suya, Griselda. Enhorabuena.

Esa misma noche Joaquín López Dóriga, primer informado, daba la noticia en televisión.

Hombres y mujeres del Partido Revolucionario Institucional se unieron en mi apoyo para registrar la candidatura. La toma de protesta fue en el teatro Hidalgo de la ciudad de Colima. Y allí, repito, hombres y mujeres, los más importantes del momento político, rubricaron con su asistencia y actividad el alcance del acto.

Habían llegado en vuelo *charter* esa mañana Margarita López Portillo, María Elena Marqués, Hilda Anderson, Dolores del Río, Jacqueline Andere, Silvia Hernández, Kena Moreno, Martha Andrade del Rosal y muchas más amigas destacadas a nivel nacional que he tenido el privilegio de tratar. Estaban en el gran *presidium*.

Había también un palco lleno de comadres con porras y lágrimas, porque el acto era sui generis y se permitía el exceso de sentimentalismo ante tamaña apertura política.

La ceremonia fue inolvidable. El aire estaba impregnado de una alegría verdadera. Algo inusitado estaba sucediendo.

Los tres sectores. Pero la presencia del licenciado José de las Fuentes (*el Diablo*) y la de Víctor Cervera Pacheco, delegado general de mi partido, fueron pilares en todas las ceremonias trascendentes. Más tarde ellos también serían gobernadores.

Mi querido dirigente y amigo, presidente del Comité Ejecutivo Nacional del PRI, licenciado Carlos Sansores Pérez, fue determinante autoridad política en el desarrollo de los acontecimientos; a él le profeso un cariño callado, constante, y una profunda admiración y agradecimiento. Mi sensibilidad casi enfermiza es un estorbo que me impide visitarlo.

Hilda Anderson en México y Alicia Matilde Delgado Gaytán en Colima se proyectaron como compañeras que supieron aglutinar las fuerzas femeninas. Hombres importantes fungieron como delegados en diferentes etapas: Héctor Hugo Olivares Ventura, quien estuvo en toda la campaña con su entusiasta juventud y su fuerza partidista. Yo no sé valorar si es mejor poeta que político, pero no me gustaría que las letras mexicanas perdieran a un buen escritor. Otros hombres notables como Genaro Borrego, Víctor Liceaga Ruibal, Guillermo Morfín Silva y Sami David David han pasado por Colima en el ejercicio de su trabajo eficaz y a veces definitivo para el Partido. Algunos ahora son gobernadores.

En México, a su tiempo, arreglé trámites en el Senado para comenzar las actividades que se avecinaban.

Un día de tantos, preparados todos, inicié mi campaña.

Al descender del avión en el aeropuerto Playa de Oro a las 9 de la mañana, una multitud –más de lo que esperaba- se hizo presente. Fui recibida por los tres sectores encabezados por el senador Víctor Cervera Pacheco y el licenciado César Castañeda Rivas, delegado general del CEN del PRI y presidente del Comité Directivo Estatal, respectivamente. En el barullo de las porras, los mariachis y la algarabía que el trópico nos dona a los costeños como parte de nuestra idiosincrasia, un grupo de periodistas se abrió paso en el compacto gentío. Varios de ellos me cercaron.

Una mano me arrimó a la boca, casi hasta los labios, la grabadora, mientras con un tono especial alguien me decía:

-Se dice que usted nació en Guadalajara.

-*Y se dice bien*- repliqué-. Si usted lee en la Comisión Local Electoral de Colima el registro de mi candidatura a senadora (9 de abril de 1976), firmada por Rafael Macedo López como presidente y por César Alcaraz Quiroz como secretario, encontrará que dice: Lugar de nacimiento, Guadalajara, Jal. No es un secreto.

La seguridad y el tono de mi voz le hicieron saber que yo venía preparada.

El tiempo todavía no derrumba la casa en que nací. Debe tener cuarteaduras, polillas y desperfectos, como yo. Pero es seguro que también tenga un buen mantenimiento para estar de pie, como yo. Alguna compostura mayor tendrá esa casa, como yo, como los tres puentes en las coronarias que adornan mi interior. Habrá modificaciones internas y externas en la calle de Pedro Moreno. Alguna “disco”.

“Yo soy mi casa”, dijo Pita Amor.

Me gusta haber nacido bajo el nombre de un insurgente, rebeldía positiva, porque Pedro Moreno, oriundo de Lagos, se incorporó al ejército de Francisco Javier Mina (el que entró por Soto La Marina) y Fray Servando Teresa de Mier, su amigo, etcétera, etcétera.

Me desvíó del tema.

Sí, nací en Guadalajara. Pero fui concebida en Colima. Ya lo he dicho y escrito, que mis padres tuvieron nueve largos meses para preguntarme, por cortesía, dónde quería nacer. Lo más probable es que yo hubiera contestado que en cualquier sitio, con tal de nacer.

O en donde ellos eligieran, para no tener tan pronto la primera discre-

pancia. Fui la primogénita. Los primogénitos nacen por regla general en esta posición: occípito-iliaco-izquierda-anterior. Nada. Yo fui original. La niña venía atravesada. Nací “a la brava” porque fueron fórceps los primeros civilizados instrumentos que conocí. Pero en manos colimenses. La doctora Alida Oldenburg, tía de quien fuera presidente de la República, Miguel de la Madrid, fue quien me trajo al mundo auxiliada por el doctor Campos Kunhart y el doctor Marrón Alonso, porque le parto fue difícil. A los diez días nos regresamos a Colima. Cualquier disfunción cerebral posterior en mi vida es achacable a los fórceps.

En otras palabras, el primer acto formal del ser humano, nacer, es totalmente involuntario. Lo sabemos. Es una verdad de Perogrullo. El sitio para morir, ya es otra cosa. En cierta forma lo elegimos, cuando permanecemos por años en el mismo punto.

Los suicidas escogen su lugar, su espacio, cuando las rayitas de la presión suben más de lo debido como en la olla express. Y revientan.

Y bien. Los que me aceptaron de senadora sin más polémica, ahora buscaban argumentos para tratar de confundir a los ciudadanos colimenses que tenían para mí una apertura ejemplar.

Nacida bajo el imperio de la Constitución local de 1857, que aunque abrogada no podía en 1979 aplicarse retroactivamente en perjuicio de persona alguna pero sí en su beneficio (máxima jurídica de nuestros Constituyentes de 1857 y 1917), con residencia comprobada –representé a Colima en el Pacto Federal como senadora–, hice recordar que el primer gobernador de Colima había sido mi bisabuelo el general Manuel Álvarez, que mi abuelo había sido prefecto político, que mi padre también había sido gobernador (el más popular que haya existido en Colima), que mi tío Higinio había sido senador por Colima y presidente del Bloque de la Gran Mayoría –así se decía entonces– y que de esta familia, de esta sangre, descendía en línea recta. Recordar el artículo 29 de la Constitución local de 1857.

El jus sanguinis. “La tierra donde nació mi padre.” La sangre. La que no se pierde en su composición ni con todas las transfusiones del mundo. Parte de nuestro aldeanismo cultural-político-nacional es la exigencia de que el ciudadano haya nacido en el lugar que pretende gobernar; no bastan los conocimientos de problemas de la entidad, la residencia comprobada, la honestidad manifiesta.

Para combatir el centralismo hemos acendrado nuestro localismo.

XX

¿HASTA dónde es necesario el centralismo en un pueblo? ¿Hasta dónde es un residuo genético que actúa forzosamente en nuestro yo íntimo?

Desde que el ser humano se desarrolla en clan, en tribu, en horda, hay uno entre todo el grupo que descuella por su fuerza, por su destreza, por su inteligencia, por su deseo de mandar y por su habilidad. Éste va a ser el jefe. Se va a adueñar del poder por razón directa. Hará nacer el centralismo. A través de los siglos, irremediablemente, habrá una sucesión de jefes en los pueblos, de líderes que nacieron para eso, para dirigir, para centralizar el poder.

Tenemos que aceptar que es un *jefe*, nuestro *jefe*, el que *centraliza* las decisiones. No podemos todavía ser diferentes a como hemos sido por centurias. La historia de los pueblos nos acompaña y es nuestra realidad.

Existen diferentes ideologías que ya se expresan públicamente, en saludable catarsis, iniciando una vida parlamentaria. A la larga aceptamos las resoluciones, los fallos de *quien nos guía*.

La democracia nos gusta como ideal y hacia ella caminamos con pequeños pasos todos los días.

Durante la campaña política, durante el recorrido por todo el Estado para conquistar la voluntad de los colimenses mediante el voto, ejido por ejido, tuve oportunidad de conocer más a mis amigos partidarios.

Las mujeres desde el inicio mostraron su cálido entusiasmo. En cualquier mitin o reunión ahí estaban prestas con pancartas, pañuelos, abanicos, porras, gritos, discursos.

Artistas como Dolores del Río, como Amalia Hernández, llevaban su generosa cooperación para hacer más atractivas las reuniones partidistas.

Amigas políticas como Hilda Anderson, mi compañera senadora, con la representación del sector obrero nacional, armó en Manzanillo una espectacular asamblea donde dijo que “felicitava la virilidad de los hombres de Colima al darle su confianza a una mujer para

que gobernara a hombres y mujeres”. Fue difundido el discurso por una cadena estatal de radio (STIRT) que utilizando la fuerza de sus trabajadores y su organización sindical, logró comunicar todos los detalles de la convención para subrayar el pronunciamiento a favor de mi persona. Asistieron más de seis mil partidarios. Habló Rubén Pineda, el líder, y enardeció a la multitud. Fui declarada “la candidata del sector obrero”.

En otra oportunidad, también en Manzanillo, hablaron Héctor Hugo Olivares Ventura (delegado del partido en toda la campaña) y Arnoldo Ochoa. La buena oratoria de estos jóvenes políticos hizo mella positiva en mis futuros votantes.

La campaña era experiencia para mayor conocimiento del pueblo. Era mutua la experiencia. En un ejido cercano a Chiapa me encontré a compañeras de la infancia; nos tratamos con sencillez y espontaneidad, como si hubiera sido la semana pasada cuando jugábamos “a las comiditas” con esa camaradería tan propia del colimense, pidiendo ahora la resolución de problemas fundamentales de beneficio colectivo.

En Quesería me impresionaron las madres prolíficas. Me retraté con varias, verdaderos “casos”, y hablamos de la planificación familiar. Una vez más tuve la certeza de la mala dirección de este programa que se encamina o encaminaba a la mujer y no al hombre, porque es el jefe de familia el que decide. Es el que confunde a veces, por incapacidad cultural, virilidad con fertilidad, y teme la vasectomía creyendo que perderá potencialidades eróticas al operarse. No sé ahora (1991) a quienes se convoque, si son mixtas las conferencias. En aquel tiempo, la mujer, profundamente obediente en ese tópico, tenía el número de hijos que decretaba el compañero.

Hay una razón laboral para el padre campesino: el hijo se convierte en precoz peón ayudando a las faenas agrícolas y necesariamente abandona la escuela en beneficio del ingreso familiar. Mientras más hijos varones, más peonada. La hija asume en cambio su destino infalible: mujer de servicio sin salario y sin capital propio, y a su tiempo, también fábrica de infantes de la nueva generación.

En algunos casos me tocó comprobar que las mujeres participan en faenas agrícolas, pero no son consideradas de manera equitativa en el reparto de la cosecha.

Años después, siendo gobernadora, comprobaría mi fracaso (uno

de mis fracasos) relacionado con los niños trabajadores, o sea, con los niños cortadores de limón.

En el rico municipio de Tecomán, hasta la fecha es común que los niños corten limón. Son a veces jefes de familia porque de su salario se mantienen precariamente los hermanitos menores y la madre.

Un día fui “cohechada” por una pequeña cortadora. En medio del mitin se me acercó y habló casi al oído:

-Maestra, yo quiero seguir estudiando, soy la primera y mi madre me sacó de la escuela para trabajar. Si vuelvo a la escuela le doy una manzana.

Nueve años a lo sumo, flaquilla, cabello alborotado, ojos vivarachos donde se asomaba la inteligencia a ver la vida.

-¿Dónde está tu madre?

-Es esa, la panzona que carga al niño.

Pedí que la llamaran.

-Me dice su hija que la sacó de la escuela para cortar y que quiere seguir estudiando.

-Ora lo verás –amenazó a la niña-. Pos sí, pero ¿qué comemos?.

-Su marido ¿en qué trabaja?

-Mí marido ustedes lo metieron a la cárcel. Ai'stá.

-Y usted lo visita ¿verdad?

-Pos es lo menos que puedo hacer por él.

-¿Cuánto se van a llevar de edad este niño y el que viene en camino?

-Pos crioque once meses. No sé.

Miré los brazos de la niña. Tenía ya las huellas de los cortadores de limón.

-¿Cómo te llamas?

-Ramona Cruz –bajando la voz continuó-. Aquí traigo a manzana... Le brillaban los ojos.

Llamé a uno de mis ayudantes para que tomara más datos y a una trabajadora social le encargué “el caso”.

Terminó el acto y al subir al camión, ya de regreso, advertí a la tennaz Ramona que se colaba entre los adultos. Llevaba en la mano una hermosa manzana y me gritaba para que la recibiera, corriendo cerca del camión. A mi vez le grité que tendría escuela y que la manzana era para sus hermanitos.

Ramona y su manzana me hicieron actuar rápidamente. En cuanto se pudo, se levantó un censo de niños trabajadores y se examinaron

los datos de vida: si tenían padre, si estos eran responsables, si iban a la escuela regularmente, si en igualdad de condiciones se les pagaba como a los adultos, si tenían médico y medicinas como prestaciones. En fin, fueron investigados en detalle para saber hasta dónde debía aplicarse la Ley Federal de Trabajo a estos menores.

Muchos de ellos eran verdadero sostén de la economía familiar ya que no existía el padre. No tenían la edad que marca la Ley, pero quitarles el trabajo, el salario, era desarticular la economía de la familia. ¿DIF para todos? No había presupuesto.

Se logró exigir a los patrones el pago por caja de limón igual al de los adultos y conceder el “honor” de trabajar siempre que tuvieran un turno en la escuela y obtuvieran buenas calificaciones.

La Ley Federal del Trabajo leída entre líneas, regida por las circunstancias...

En mi campaña un grupo de colaboradores en forma sistemática acopiaron datos obtenidos en cada reunión. Por temas y por prioridades; era una interminable y sostenida petición: si ya había calles, ahora pedían banquetas y machuelos, ahora servicio telegráfico, ahora caseta telefónica. Si vados, algún entubamiento o hasta acueducto.

Casi siempre fui recibida con amabilidad y alegría. Alguna excepción, en el ejido de la Sidra.

Allí, la mayoría de sus habitantes había tenido conflictos anteriores. La dirigente del ejido era Lupita. Tenía, por destino, lordosis y xifosis. Muy pequeña de estatura y muy grande de inteligencia. Los manejaba a veces con los ojos.

Cuando llegamos, por caminos difíciles, el lugar estaba lleno de pancartas agresivas y de miradas retadoras. Algunos cartelones reproducían frases del 68 que en Francia y en México avivaron el odio. Estos mensajes venían de muy lejos.

Lupita abrió el fuego con una catilinaria y entre otras cosas dijo que estaban hartos de promesas y no tolerarían una más. Que a la siguiente promesa contestarían con piedras.

A mi turno y en aquel mortal silencio, tomé el micrófono. Hice una larga pausa y les grité:

-Prometo no prometer *nada*.

Lupita me miró de frente y empezó a reír. Hizo una seña y todos aplaudieron con fuerza.

XXI

CIERRE DE CAMPAÑA

ENTRE los objetivos de una campaña política esta comprobar con la cercanía del trato directo, de viva voz, dentro del mismo hábitat del pueblo, la necesidad perentoria. Ahí, bajo la palapa, en rústicas y escasas sillas, cortando el calor fuerte con agua de chía, de tuba o de coco, cebada, lima, tamarindo, horchata, nanche, de esa infinidad de frutos que vienen de microclimas prodigiosos. Tierra fértil, ambiente de progreso donde hay otras necesidades que se encadenan, a veces: agua potable, mejoría habitacional, tenencia de la tierra, pero también apetencias políticas, restos de cacicazgos, aspiraciones de la nueva generación. Todo expresado en la oportunidad, con cierta timidez pero con un gran concepto de la dignidad.

En otros lugares, como por ejemplo Tamala, Jiliotupa, lo más pobre de Ixtlahuacán, de Colima entero. El contraste doloroso. “Agua de la Virgen”, sin agua.

En ocasiones, agua de un aljibe sospechoso, ofrecida con una bella sonrisa en medio del calor más intenso y bebida con toda la desconfianza de mi suspicacia higiénica, pero con todo el resuelto empeño de conseguir la simpatía de los circunstantes que observaban. Amibiasis y votos en canje político. Al cabo hay antibióticos y amebicidas.

En pleno campo, algunas mañanas, el ofrecimiento sorpresivo de un desayuno con atole, tamales y peticiones al canto. Pero media hora después, más adelante, otro desayuno con atole, tamales y peticiones. Pero unos kilómetros más lejos, otra vez el tercer compromiso ineludible, porque rechazar el ofrecimiento *es desaire que no se olvida*. Hasta el último tamal o la última gota de champurrado... ¡salud! Gente hospitalaria y generosa que se manifiesta por medio de la comida y bebida abundantes.

En los poblados, en las pequeñas ciudades, las concentraciones populares con una oratoria diferente, como un poco más lejana del trato, como menos sencilla, como más “dirigida”.

Reuniones de mujeres, de jóvenes, aparte, aunque los problemas

son comunitarios. El adelanto político de la mujer en su cabal expresión, discursos directos y valientes, politización adelante. Cada vez más exigentes, más concedoras de sus derechos, más participantes y envalentonadas porque la candidata era mujer, mujer como ellas.

Sacar de la maraña petitoria aquello que pudiera entrar dentro de un Plan de Desarrollo General aplicando las debidas prioridades. Dividir al Estado en regiones para determinar esas prioridades en educación, salud, comunicación, servicios públicos: *agua potable*, drenaje, letrinas, calidad de vivienda, calidad de piso (terminar con los suelos de tierra para desterrar el alacranismo), qué clase de cultivos, qué tipo de suelos agrícolas, clínicas de salud, médicos y enfermeras, electrificación. Una verdadera radiografía del Estado que por cómputo se revisó dos veces. Los resultados pasaron a Coplade y se elaboró el plan maestro del Estado.

En este trabajo descollaron el doctor en economía (becario de mi gobierno en la Sorbona) Jesús Orozco Alfaro y el licenciado (también becario y con maestría) Miguel Ángel Novela Villalobos, así como el licenciado Cervando Sánchez Gómez, quien después se desarrolló políticamente. Estos tres jóvenes representan en el actual Colima la nueva generación, como un ejemplo que forma los cuadros intermedios en el gran formato de un Estado pujante y en crecimiento como es Colima.

Durante la campaña en Tecomán, los universitarios me recibieron con un acto masivo, fogoso, intencionado, con disciplina al Partido y encabezados por sus dirigentes, de quienes escribiré más adelante.

Entre los campesinos, algunos recelosos al principio, arrastrados por los convencidos al final de la campaña. Entregados.

-Pos a ver qué pasa.

Admito que soy dura y cuando tomo una decisión, previo examen, no cambio de camino.

Sé también lo que pide la carrera política. Mi caso no es único. Muchos políticos hemos tenido borrascas interiores que no pueden translucirse porque hay una disciplina primaria que observamos con rigor, aunque no sea reconocida algunas veces. Llegamos a sacrificar nuestros más íntimos sentimientos.

Imelda y yo, hijas únicas de mi padre, fuimos grandes amigas

desde que tuvimos uso de razón. Esto es, más que las hermanas que sorteaba la casualidad, éramos las amigas que escogemos en la vida. Nos admirábamos mutuamente. Ella era dulce, enemiga de la crítica malsana, respetuosa de los demás, afectuosa, dispuesta al perdón. Entregada a su familia.

Cuando estuvimos en distintos colegios y en diferentes ciudades, ya lo he escrito, una o dos veces por semana nos comunicábamos para saber cómo sobrellevábamos la existencia. A Imelda le gustaba la pintura y ya casada desarrolló con éxito sus facultades estéticas. A mí me fascinó la literatura.

Abuelas, cada quien en su hogar, seguimos nuestra entrañable amistad, pero educadas “a la antigüita”, nunca tuvimos una conversación sobre tema sexual. Por eso cuando ella presentó los primeros síntomas de cáncer en un seno no me comunicó su daño.

Cuando se operó, era tarde. El mal fue avanzando inexorablemente. Dejó la pintura donde ya empezaba a descollar en exposiciones. Conocía su enfermedad y contaba su tiempo en alarde de inteligencia.

En uno de mis fugaces viajes de Colima a la ciudad de México, en plena campaña para alcanzar la gubernatura, me instó:

-Quiero pedirte un favor. Háblale al presidente del Partido y dile que vas a suspender por diez días tu campaña. Me vas a regalar esos diez días, a mí sola, porque tengo mucho que decirte y son las últimas semanas.

Intenté cortar sus palabras.

-No, Griselda –replicó seriamente-, creo tener una metástasis ya en el cerebro porque estoy perdiendo el lenguaje; me cuesta trabajo encontrar las palabras. Tú sabes, tú me entiendes, diez días, por favor. Tenemos que hablar.

-Quiero explicarte lo que pasa –respondí-. Mira, es un engranaje en donde estoy como la pequeña rueda de un enorme reloj que no puedo detener. Son muchas cosas. Me tocó por destino ser “la primera” y la atención del Partido está fija en mí. De lo que haga o decida yo, depende el camino de otras mujeres que hoy no conozco pero que tendrán oportunidades, aparte de las propias, en la medida de cómo me juzguen ahora. No se entendería plenamente este corte. Para las mujeres es más difícil la interpretación de los sentimientos. Por otra parte, o te veo fuerte, resistente como siempre has sido. Lo

que nos pasa es como un mal sueño, una pesadilla, y vamos a despertar. La quimioterapia hace maravillas. No has perdido mucho peso. Te vas a aliviar. Y una cosa sí te digo, óyeme bien, el mismo día que cierre campaña *te juro* que vendré a verte.

A las seis de la mañana de ese memorable día, del gran cierre, sonó el teléfono del buró. Era José Arturo Pliego, mi cuñado. El aviso fue escueto:

-Hace media hora tu hermana descansó.

La ceremonia en el parque Hidalgo era a la diez. En las pocas veces que he llorado en grande, se mantienen las huellas en los párpados enrojecidos e hinchados visiblemente por mucho tiempo.

No podía darme el lujo de desahogar la pena. Cuidado. Ni una lágrima. *Nadie debía saberlo*. El pueblo exige alegría, fortaleza, firmeza de carácter, presentación. Debe estar seguro de a quien elige. El pueblo tiene razón.

Asistí puntual al parque. La sonrisa estereotipada, fija como en un retrato. Mis futuros votantes abarrotaban el lugar. Ahí estaban los ferrocarrileros haciendo ruido con matracas y agitando sus rojos paliacates. Los obreros de la termoeléctrica comandados por su líder Rubén Pineda (hermosa voz, buena estampa), con estruendosas porras aceptando a una mujer que llevaba el apellido y parentesco manifestado en el nombre de la termoeléctrica: "General Manuel Álvarez".

Los muchachos del consorcio minero Peña Colorada, convencidos en serio.

Las mujeres con gritos de alegría apoyando una vez más, rubricando su entusiasmo. Las pancartas en que se comprometían los sectores para dar su voto. El bullicio, los mariachis, la gente de todas las clases sociales con su algarabía, el sol fuerte, la victoria, los gritos peculiares (huacos), los hombres –funcionarios de mi partido-. Unas palomas asustadas que soltaba mi pequeña nieta.

La borrachera del aplauso atronador que no lograba amortiguar aquella súplica que venía de lejos, aquella voccecita que dominaba el barullo intenso:

-Por favor, diez días. Háblale al presidente. Por favor, Griselda. Mi cierre de campaña. El triunfo que ella no compartiría.

Esa noche llegué directamente del aeropuerto de la ciudad de México a la agencia donde se velaban los restos de mi hermana. Abracé fuertemente a mis tres sobrinos hijos de mi hermana.

Me acompañaban mis familiares y algún partidario importante, como el licenciado César Castañeda Rivas, que no sé cómo se había enterado.

Había amigos entrañables que, realizado su trabajo artístico del día, cumplían con el deber penoso, espontáneo, de darme su fuerza, como Ignacio López Tarso y Ofelia Guilmáin.

En fuego de ráfaga pasaban por mi memoria escenas de nuestra infancia, de nuestra adolescencia, de nuestro amarre fraternal, a falta de padre y madre.

Entonces, apoyada en el brazo de mi hijo me acerqué a la caja mortuoria. La abrieron. Y cumplí mi juramente: “El día que cierre campaña, *te juro* que vendré a verte”.

XXII

GOBERNADORA ELECTA

QUEDARON atrás los días de campaña y sus recuerdos imborrables. Alguno de ellos quiero consignarlo en estas *Memorias*: Beatriz Paredes (quien fuera gran gobernante del Estado de Tlaxcala), muy joven, muy inteligente, muy activa, improvisando en una gira bajo frondosísima parota, haciendo símil poético entre el árbol y el pueblo con su muy profundo simbolismo, sin saber, ninguna de las dos, que años más tarde ella entraría en la Historia de las gobernantes del país.

Algún día llegué a gobernadora electa. Gané votos por un margen amplísimo. La oposición se manifestó débil y poco organizada.

Un mes después de la toma de posesión, los presidentes municipales empezaron su importante trabajo en las respectivas localidades. Ellos serían el punto clave en mi gobierno, porque el presidente de cada municipio es la autoridad más cercana al pueblo y su contacto directo da la necesaria cohesión.

Armería, Colima, Comala, Coquimatlán, Cuauhtémoc (tierra de gobernadores), Ixtlahuacán, Manzanillo, Minatitlán, Tecomán y Villa de Álvarez (por mi bisabuelo)

Diez municipios del pequeño Estado de Colima, que se pueden visitar en un solo día si uno se lo propone, porque esta entidad costeña está profusamente surcada por caminos de terracería (pocos), asfaltados (los más). Colima rebasa con mucho la media nacional de kilómetros de carreteras.

Fue en ese tiempo cuando el Departamento de Estado de nuestros vecinos del Norte me hizo una invitación para visitar su país en mi carácter de gobernadora electa.

Consulté la conveniencia. Me aconsejaron que equilibrara mi política viajera con otro periplo por el centro o el sur de América. Fui acompañada por mi amiga queridísima María Luisa de Ávila Rull y por el licenciado Luis Ortiz Monasterio, entonces subdirector de Investigaciones Políticas y Sociales, inteligente y culto funcionario de la Secretaría de Gobernación. Escogí aquellos Estados donde había gobernadoras o alcaldesas porque quería observar el mando femeni-

no norteamericano. Con facilidad se aprobó el extraño itinerario. Por ejemplo, del Estado de Washington a Washington, D.C., o sea atravesar de Oeste a Este toda la Unión y después a Oklahoma y California. Yo tenía mis razones.

En Washington conocí a la gobernadora Dixie Lee Ree. Era anciana, pequeña de estatura; usaba zapatos tenis blancos. Sin embargo, su modesta casi impropia indumentaria se borraba luego, porque la atención del visitante quedaba prendida en los ojos profundos, penetrantes y hermosos de Dixie, que escrudiñaban el alma. Me obsequió un collar de cuentas azules y blancas que a su vez le habían dado los indios kwakiutl (terminación náhuatl para demostrar que hasta allá llegaron nuestros ascendientes indígenas)

Yo le regalé un portafolios de piel de cocodrilo (pecado de ecología que cometíamos entonces con harta frecuencia). Se habló de etnias, de fauna, de desarrollo portuario.

En Seattle, la capital del Estado, que fue visitada por el comandante Valdés desde Barra de Navidad en el siglo XVII, recorrimos una enorme marina. Yo tenía especial interés en conocerla, ya que Manzanillo contaba únicamente (1979) con la de Las Hadas. Hablamos con el administrador general del puerto e hicimos un recorrido casi completo con explicaciones sobre contenedores, grúas, almacenes y demás. Visitamos una empacadora gigantesca de patas de cangrejo de Alaska atendida por obreras. Entramos por dos minutos (los permitidos) a un almacén refrigerado a 20° bajo cero donde el aire, al salir de la nariz, formaba una escarcha que luego desaparecía, porque se sublimaba el vapor de agua de la respiración.

Me sentía pueblerina metida en el asombro.

Pero al mismo tiempo me asaltaban pensamientos quizá utópicos: *poner las bases* en pequeño (en relación con lo que veía) de un desarrollo pesquero en Colima, aunque no alcanzara a ver los resultados. Algún día, si Fondepór, si el presupuesto, si el gobierno federal...

Para aumentar la "egoteca" en Washington, D.C., tuve un gran halago. Visitamos la Biblioteca del Congreso que se maneja electrónicamente y me aseguraron que en minuto y medio tendría el libro que escogiera. La suntuosidad y el buen gusto arquitectónico del edificio, su orden, extensión y silencio, me tenían impactada. Por supuesto que pedí cuatro o cinco obras de Griselda Álvarez. Quería comprobar si el nombre tenía repercusión más allá de nuestras fronteras.

Para mi complacencia, ¡oh vanidad!, nos trajeron cinco libros empastrados en piel, de mis primeros títulos y a invitación del director pasé a grabar la voz para el archivo sonoro de autores latinoamericanos. Allí quedó algo de quien esto escribe.

Disfrutamos en comida privada de la compañía de varias diputadas de color que se quejaron de problemas parecidos o mayores que los nuestros. Ser mujer, ser política y ser negra.

No comments.

En ese año, 1979, existía otra gobernadora, al este de Estados Unidos, pero estaba en la etapa final de un cáncer y no fue posible visitarla. Conocimos a dos alcaldesas, la de Oklahoma y la de los Ángeles, Cal. Dos mujeres muy capacitadas, jóvenes, que desempeñaban su cargo con eficiencia y técnica según los programas e informes que me proporcionaron. Nos atendieron cumplidamente y en sencilla ceremonia me entregaron las llaves de la ciudad.

De regreso a Colima me dediqué a preparar el Programa General de Gobierno y a pensar y repensar sobre quiénes serían mis colaboradores administrativos, es decir, a formar el Gabinete.

Elegir el equipo era tarea difícil. Del equipo de trabajo, lo sabemos, depende buena parte del triunfo. La elección debe ser poco antes de la toma de posesión, con el mayor sigilo, porque si hay una indiscreción y se “filtran” los nombres, empiezan a ser “golpeados” por la prensa o por los que quedaron fuera del “carro”.

Como características principales los colaboradores serían honestos y con un fuerte ritmo de trabajo. La mayoría, la casi totalidad deberían ser colimenses, fórmula obligada desde mi nacimiento.

Por informes cruzados supe que las cualidades predominantes del licenciado Carlos de la Madrid Virgen eran honradez, laboriosidad, formalidad, constancia. Su padre, el licenciado Carlos de la Madrid Béjar, era famoso por su acrisolada probidad. Tuvimos una secreta entrevista en la casa de mi tía Isabel, hermana de mi padre, anciana de más de ochenta y cinco años cuya prudencia estaba asegurada, reconocida por su carácter reservado.

Allí, en la penumbrosa sala de muebles antiguos, el licenciado De la Madrid, ante mi requerimiento laboral para ser secretario general de Gobierno, me dijo que...*ino!* Resulta que tenía un obstáculo: era notario y amaba su notaría, estaba satisfecho con su trabajo, vivía tranquilo. Yo pedía horario completo, cambio en su vida: primero el trabajo, después la familia.

Insistí. Fueron necesarias tres entrevistas. Pero a una gobernadora electa no se le pueden dar tres negativas seguidas.

Fue secretario durante cinco años y de su conducta y acertado trabajo conservo el mejor recuerdo.

Ahora, al escribir mis *Memorias* en julio de 1991, es candidato de mi partido al gobierno del Estado y algún día ha de recordar lo difícil que fue para él su resolución, que se haría con el tiempo premonitoria.

El delicado cargo de tesorero lo reservé para quien había sido ya probado en la campaña con igual desempeño: Guillermo Saucedo de la Torre. Durante seis años cumplió con eficacia, exactitud, honradez y horarios sin tregua; esto último no sólo por su fuerte juventud, sino porque fue feliz al trabajar sin descanso. Eso creo.

Yo no conocía al licenciado Ramón Pérez Díaz, pero nombrarlo procurador (tengo que dejar constancia y escribirlo con toda inmodestia) fue un gran acierto. Hombre probo, de pocas y exactas palabras, conecedor de la Ley, cumplió a la perfección su cometido. El pueblo de Colima da a la fecha testimonio de este aserto.

Otros compañeros de responsabilidad como el ingeniero Fernando Olea Moreno, sonorenses, que desarrolló la Dirección de Fomento Agrícola y Ganadero, con gran impulso, notable también por su honradez, trabajo y constancia. Por él, por el licenciado Cervando Sánchez (Cervando con C), buen político más adelante, por el doctor Jesús Orozco Alfaro, por el licenciado Miguel Ángel Novela, por el licenciado Librado Silva García (oficial mayor), por esa pléyade de jóvenes que me ayudaron con el cargo, por el incomparable licenciado Raúl Álvarez (ningún parentesco), ejidatario de pura cepa que paso a paso, que estudio a estudio, fue mejorando su nivel académico con maestría y licenciatura, por todos los que conformaron mi equipo, diecisiete de ellos menores de treinta años en ese tiempo, repito, *creo en la juventud*, Con legítima ambición, limpios, capaces, sin desvíos, sin extraños machismos, aceptando gustosos los cargos, pese a que una mujer era la que coordinaba sus esfuerzos. Evolucionados.

Repito, otra vez, *creo en la juventud* y deseo el mayor de los infiernos para aquel que la corrompa.

De las mujeres hablaré en capítulo aparte.

XXIII

EQUIPO HUMANO FEMENINO

LA COLABORACIÓN de las mujeres durante la campaña había sido manifiesta. En ellas me había apoyado en gran medida. Estoy segura de que a la hora de votar fueron factor determinante para inclinar la decisión de las mayorías.

Me hubiera gustado formar mi Gabinete con un número equilibrado respecto al de los hombres. Pero había algún “pero”.

El avance, el crecimiento cuantitativo sustancial de las mujeres en este siglo ha sido notable. Del analfabetismo vergonzoso ascendimos a las aulas universitarias. De las imposiciones familiares sufridas por nuestras abuelas, a quienes se negó el alfabeto “para que no pudieran escribirle al novio”, a la notable asunción de las jóvenes en todas las universidades y aún en el dominio de aquellas facultades con matemáticas duras. La libertad de Academia.

Pero el interés por “la cosa pública” en las mujeres se manifestó hace unos cuantos lustros. “No me gusta la política”, decían, sin sostener una verdadera definición sobre lo que es política, aplicando su juicio a la actuación de algunos corruptos y haciendo peligrosas generalizaciones.

Somos las mujeres el fruto último de la Revolución.

Porque la mujer participó en la lucha armada desde siempre y abrazó las mejores causas, pero su falta de preparación académica fundamental le impidió llegar a lugares de estrategia política y de alto nivel de decisiones. Conquistó la igualdad con el voto y empezó a ascender. Unas cuantas mujeres en relación numérica con los hombres. El cuentagotas de las circunstancias reales. Quizá la injusticia metodizada por los rancios esquemas mentales de varios siglos.

Sí, ahora, poco a poco, se amplía la actitud positiva en todos los partidos y en todos los gobiernos constituidos, ya que aparecen nombres femeninos en ternas, en propuestas, para participar en oportunidades. El hombre moderno, el que está evolucionado, a varios kilómetros del machismo, el hombre que está *completo*, ayuda, aconseja, propone, apoya, sostiene, alienta, impulsa, promueve a la mu-

jer, pero no puede inventar la experiencia que a veces se le exige. En próximo futuro será diferente.

Encontré a las mujeres colimenses en 1979 más inclinadas al estudio que encaminadas a la acción. Preparándose.

Una pléyade de jóvenes llenando espacios en preparatorias y facultades. Su preparación actual se debe en gran medida a la Universidad de Colima y al Tecnológico, pero sobre todo el cambio mental de la sociedad, que ha incluido a la mujer dentro del conocimiento y la igualdad al rasgar las estructuras patriarcales.

La mujer ya decide por sí misma. Es una nueva concepción de la vida en donde va desapareciendo nuestro miedo histórico.

Al escribir estas *Memorias* en 1991, sé de “casos”, en Colima, de muchachas agentes del Ministerio Público a las que se les dio la oportunidad en mi tiempo y que ahora ya son jueces. Llegarán más arriba en su carrera, sin ascender al pensamiento de ese gran entusiasta, exagerado, que asevera: “Tengo el presentimiento de que en la próxima era serán las mujeres las que manejarán el mundo”: Arthur Miller.

En este momento me viene el recuerdo de una de mis bisabuelas, la esposa del general Manuel Álvarez, primer gobernador del Estado de Colima.

Ésta es una escena familiar-social que me refirió alguna tía adelantada. Resulta que el general Álvarez, hombre de cuantiosa fortuna, tenía nutrida servidumbre, pero en algunos menesteres sólo mi bisabuela, abnegada, ab-negada mujercita colimense, servía a mi bisabuelo. Así, en los desayunos de gran importancia, el general Álvarez en la cabecera de la mesa enorme y *paradita*, a su lado derecho, mi sometida bisabuela, sosteniendo un platito donde descansaba el molinillo del chocolate, en posición de ífirmes!.

Después de cada sorbo del señor general a la indígena bebida que debería estar rebosante de espuma, mi bisabuela recogía el tazón, tomaba el molinillo, batía para sacar nueva espuma, colocaba en su lugar el porcelanizado objeto y... hasta nueva libación chocolatera. Todo el tiempo del desayuno, este tierno cuadro familiar-social de 1857.

Para la secretaría particular de mi gobierno, siempre pensé en María Elena Rodríguez de Díaz, experta ejecutiva en el manejo de los

ayudantes de la propia secretaría. Había trabajado conmigo seis años en el IMSS, seis más en la Secretaría de Salubridad y tenía (tiene) las facultades más idóneas para el cargo. El Estado Mayor presidencial le otorgó toda su confianza en las giras del presidente de la República y con eso está dicho todo. Plena de discreción, lealtad y dinamismo. Repito, la gran muchacha.

La licenciada Marta Licea Escalera fue designada juez penal y más tarde ascendió a magistrada del Tribunal Superior, por sus propios méritos.

La licenciada en administración de empresas Irma de Valdovinos fue nombrada directora general de Turismo.

La socióloga Carmen Nava fue la fundadora del Centro de Apoyo para la Mujer y, junto con ella, un grupo de valiosas mujeres profesionales desempeñaron su función de la cual escribiré más adelante.

La química farmacéutica Aidée Quiñones era secretaria del Sindicato de Trabajadores del IMSS; ella, por elección popular, llegó a diputada local; durante mi campaña se distinguió por su enorme vitalidad haciendo largos recorridos, pegando propaganda personalmente. Inolvidable con sus botes de frijol que metían ruido para convocar al gentío. Campaña modesta y alharaquenta.

Un mes después de mi toma de posesión, los presidentes municipales habían llegado a ese importante cargo; los diez ayuntamientos fueron ocupados en: Armería, Rosamaría Espíritu Macías; Colima, Carlos Salazar Preciado; Comala, Rosa Ramona Ortega Salazar; Coquimatlán, Ramón Preciado Ramírez; Cuauhtémoc, Librado Silva García, sustituido por Lino Romero Velasco cuando Librado ocupó el cargo de oficial mayor; Ixtlahuacán, Juan Cervantes Mercado; Manzanillo, Alberto Larios Gaitán, y a su muerte Humberto Ramírez; Minatitlán, Agustín Michel Chavira; Tecomán, Elías Lozano Merino y Villa de Álvarez, Gabriel León Polanco.

Consigno en mis *Memorias* sus nombres por un estricto sentido de justicia y porque algunos de ellos fueron excelentes.

Sin orden cronológico, pero dentro del equipo femenino, quiero dejar constancia en este capítulo de otras mujeres que dieron su esfuerzo notable.

Margarita Septién de Rangel Hidalgo hizo crecer el DIF en forma extraordinaria, a grado tal, que me convenció para crear un programa que elevaría las condiciones de vida de las familias que habitaban

en zonas rurales: cursos a las amas de casa sobre el gasto familiar, consumo de pescado y soya, establecimiento de huertos familiares, alimentación especial para embarazadas, protección y cursos para ancianos abandonados, etc. También se construyó la USI que ella manejó hábilmente, la Unidad de Servicios Infantiles, que consta de varios edificios donde se atiende desde los tres meses hasta los dieciocho años a los niños y jóvenes colimenses. Margarita desbordó sus cualidades hasta su llorada muerte.

La maestra Concepción Barbosa de Anguiano fue presidenta del PRI, diputada local y, siendo diputada federal, cuando apenas des-puntaba en su cargo como la gran política que era, por su oratoria, clara inteligencia, creativos proyectos, murió trágicamente en el terremoto de 1985 en la ciudad de México. Durante ocho largos días tratamos de rescatar su cadáver. La licenciada Margarita Torres Huerta y la maestra Yolanda Delgado, instaladas en guardia permanente en un camión ejecutivo, frente a las ruinas del hotel Principado, trataron de identificar sus restos.

La licenciada Margarita Torres Huerta, notaria manzanillense, cuya rectitud es cátedra de vida, fue durante varios años presidenta del Supremo Tribunal de Justicia; en este cargo cumplió con energía ejemplar al corregir desigualdades e injusticias y reformar la estructura jurídica en el Estado en acciones indirectas. Manejó el Poder Judicial con singular competencia.

Yolanda Delgado Olivera, lideresa campesina, maestra, de cultura poco común, gracias a su espíritu de superación, desempeñó varios cargos en esos años. Cuando fue diputada local por Villa de Álvarez ocurrió un caso singular. Hacia 1982, cuando el presidente de la República asistió a mi tercer Informe de Gobierno, ella contestó el Informe. Llevaba la responsabilidad de ser durante tres meses y medio la presidenta de la Cámara por rotación establecida. La licenciada Margarita Torres Huerta era presidenta del Tribunal Superior de Justicia, como ya se dijo. Yo tenía el Ejecutivo a mi cargo. Así, durante tres meses y medio, el Estado de Colima tuvo en los tres poderes, el Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial, a tres mujeres, como caso excepcional. Dudo que se repita esta circunstancia en otro Estado de la República, cuando menos en tiempo próximo. Quiero advertir que al Estado de Colima no le pasó nada. Ahí estuvo floreciendo, tranquilo, garantizado el máximo respeto a los derechos de los ciudadanos.

Y éstos, hombres y mujeres, viendo las cosas en forma natural, con un alto sentido de politización, como un claro ejemplo nacional de que el sexismo no existe cuando hay un evolucionado pensamiento democrático.

La educadora Rosa Ramona Ortega Salazar, magnífica presidenta municipal, llevó su desprendimiento político a obsequiar un terreno de su propiedad para construir una escuela, sin tener ella verdadero capital propio. Durante su gestión demostró carácter y energía, entre otros asuntos, al clausurar los “centros botaneros” (digamos cantinas), eufemismo gracioso que se usa en Colima. En la cabecera municipal de Comala eran famosos estos “centros”, pero habían costado varias vidas al calor de las copas o en la recta carretera Comala-Colima que se curvaba con los vapores etílicos de los conductores. La maestra decidió el cierre pese a los ofrecimientos de todo género de parte de los intereses lastimados. El pueblo algún día reconocerá su noble gestión en favor de la salud de Comala.

Estas mujeres que destacaron en mi gobierno son ejemplo del claro avance de un pueblo, del pueblo mexicano, formado por seres humanos que sólo necesitan una oportunidad para desarrollar el potencial de cualidades que guardan.

XXIV

EL PODER

TODO un partido, todo un sistema, mediante la votación habían decidido que una mujer coordinara los esfuerzos del pueblo colimense para tratar de alcanzar su bienestar colectivo. Se acercaba el día de la toma de posesión y con él la mayor responsabilidad de mi vida política.

Quince días antes me habían invitado a “la toma” de otro nuevo gobernador. Había asistido por compañerismo y para allegarme datos en la logística. Algunos detalles no me habían gustado. Por ejemplo; le había temblado la mano al extenderla en “la protesta”, el dedo pulgar lo había separado del resto de los demás había elevado demasiado el brazo, un poco a la Mussolini. Detalles, dije, pero detalles que arman una presencia donde nada puede ser ni trivial ni frívolo porque el pueblo observa, interpreta, deduce. Su discurso bueno, pero una mano temblorosa puede comentarse negativamente durante un tiempo con matices destructivos.

Me aprendí de memoria, a la perfección, las palabras con las que me comprometía a guardar y hacer guardar la Constitución local y la general de la República, con ese juramento que sacude las neuronas si de verdad se siente el alcance de la responsabilidad.

La víspera del gran día fue de revisión minuciosa: última leída al discurso, visita al auditorio Morelos convertido en recinto oficial y engalanado con crotos y con dos enormes arreglos frutales, mediante el magnífico gusto del pintor Alejandro Rangel Hidalgo, observación en los personificadores, aleccionamiento a las edecanes, atenciones a los invitados que empezaban a llegar, reparto o cambio de últimas obligaciones, prueba de sonido en el auditorio y en la banda de música, para los honores de ordenanza.

Quise supervisar personalmente todo.

La toma de posesión revestía un acto de carácter nacional puesto que era una mujer, la primera, que llegaba al cargo de gobernadora en el México independiente. La sola reflexión de este pensamiento me sacudía internamente. Vendrían el presidente de la República

y su señora esposa, casi todos los senadores antiguos compañeros míos, varios gobernadores, los más distinguidos funcionarios de mi partido, las mujeres más relevantes de la República, mis familiares en pleno, los principales amigos, el presidente de la suprema Corte de Justicia de la Nación, el presidente del Tribunal Superior de Justicia, el presidente de la Gran Comisión de la Cámara de Senadores, el presidente de la Cámara de diputados. Los tres sectores.

Asumir el Poder Ejecutivo. No extralimitarme en los derechos, en las funciones. No dejarme atrapar por la magia de esa situación, de esos años, de esos días que correrían vertiginosos. Cuidarme del halago. Rochefoucauld había dicho: “La adulación es una falsa moneda que sólo circula gracias a nuestra vanidad”. Porque el primero en adular es el primero en engañar.

El poder para servirle al pueblo, no para servirme. Lo había expresado muchas veces durante la campaña. Lo repetía dentro de mi credo político.

¿Hasta dónde el Poder?

Tener presente el estado de derecho que hemos sostenido con denuevo los mexicanos, corrigiendo el rumbo en el momento necesario.

La sensación del Poder por la cual hombres y naciones pelean, el deseo más fuerte, la percepción más gustada por el ser humano, la más vigorosa para algunos.

Mi pequeño gran poder.

Muchas ocasiones había escuchado los peligros de “el mal del ladrillo”. Y aun que ser gobernadora era un peldaño alto, un ladrillo grueso, debería cuidarme de cualquier mareo provocado por el poder. La transitoriedad del cargo, la de la vida misma, me someterían en cualquier decisión inadecuada. Porque no hay peor defecto que la prepotencia en un mandatario.

¿Hasta dónde mi voluntad? ¿Hasta dónde el manejo de las voluntades ajenas?

En ese momento, 1979, y todavía hoy, 1991, puesto que los cambios de pensamiento en la sociedad caminan lentos, el mundo está dividido entre misóginos y admiradores de la mujer, entre varones evolucionados (casi siempre de la nueva generación) y hombres anquilosados, hundidos en la oscuridad de esquemas remotos, para quienes el machismo es consustancial.

Así, era previsible encontrar en Colima, el día que una mujer toma-

ba “el Mando”, muestras objetivas de repudio en algunos y manifestaciones de voces estentóreas a favor.

A la entrada de la ciudad de Colima, el 1º de noviembre de 1979, la estatua del rey Colimán, último héroe indígena que resistió el embate del español Gonzalo de Sandoval hasta sucumbir, amaneció luciendo un mandil, una femenina prenda, porque todavía hay quienes piensan que las prendas de ropa simbolizan el sexo, y no es así, ya que la adopción mundial del pantalón en la indumentaria femenil no obstaculiza el crecimiento de la población ni acaba con el encanto femenino, más bien lo acentúa.

Para algunos, se doblegaba la condición masculina. El rey Colimán lo proclamaba con su albo delantal.

La toma del poder con la anuencia del hombre.

Por plumas masculinas se habrían escrito infinidad de cuartillas, algunas a favor, otras en contra.

El licenciado Enrique Navarro Palacios, quien fuera secretario del extinto gobernador González Lugo, en el *Diario de Colima*, el sábado 17 de febrero de 1979, a página completa y como cabal jurisperito, había esclarecido una vez más la constitucionalidad de “mi caso”, principal (digamos único) obstáculo inventado por “Los Machos, S.A.”, que estaban molestando.

El licenciado Jesús Anlen con su ágil pluma era otro escritor que apoyaba fuertemente.

En los artículos periodísticos a favor, hubo de sobresalir uno del licenciado Francisco Casanova, hombre culto de gran proyección administrativo-política, quien el 31 de octubre de 1979 en el *Sol de México*, escribió:

[...] el peso de nuestra memoria colectiva, tan profundamente masculinizada, estará presente en todos y cada uno de los actos de la gobernadora. Ella abre brecha por la que otras mujeres habrán de transitar. Su éxito negará nuestra ideologizada visión de la realidad y, al hacerlo, quizá nos permita superarla.

¡Todos con Griselda!, uno de los lemas, ha trascendido las fronteras locales de Colima. Si somos honestos y objetivos hemos de reconocer que Griselda Álvarez se ha convertido ya en un símbolo: el de la plena igualdad del hombre y la mujer. ¿Seremos capaces de superar esa terrible inseguridad masculina que se expresa en el machismo y la cosificación de la mujer?

El doctor Gabriel de la Mora, con su especial estilo de gran fuerza literaria, también había ayudado al tema de alta tensión.

Era satisfactorio hallar pensamientos profundos en cerebros de hombres, de una generación evolucionada, distinta, mostrando su fuerza apoyadora y solidaria, seguros de su virilidad.

De esos hombres estaba lleno el auditorio Morelos cuando entramos para realizar aquel singular acto que subrayaba la igualdad de la mujer. *Era la liberación masculina*. Empezaban a pulverizarse los prejuicios de generaciones anteriores.

Logré pleno dominio de mí misma al extender el brazo y pronunciar las palabras, las comprometedoras palabras de ese momento único, de esa entrega de mi voluntad para *servir*. *Sentí* lo que decía y logré transmitirlo, ante el pueblo, ante las autoridades del país, ante mis familiares, que en primera fila asistían como “testigos de cargo” para que fueran los primeros en demandarme cualquier incumplimiento.

Estoy segura de que en ningún párrafo de la lectura del discurso me tembló la voz. Ni aun en el que recordé que, ese día 1º de noviembre de 1979, por una circunstancia fortuita, hacía exactamente sesenta años, un lejano 1º de noviembre de 1919, mi padre había jurado la Constitución como gobernador del Estado de Colima y que yo aspiraba a tener parte pequeña de su gran popularidad, conquistada por un buen gobierno.

Fue en ese momento cuando el presidente de la República se puso de pie seguido por todos e inició un aplauso, largo, largo, dándome tiempo para que yo observara la reacción de mis palabras en el rostro de ese juez insobornable que ocupaba un lugar en primera fila, de ese hombre bien construido, hermético, introvertido, que soportaba la carga y llevaba el nombre del padre de su trisabuelo, de su bisabuelo, de su abuelo, el nombre más repetido en sus antepasados: *Miguel*, mi hijo. Ahora, en cadena genética irrechazable, tenía el poder quien le había dado la vida.

XXV

LOS GRUPOS DE PODER

AL TERMINAR la ceremonia de “la toma”, ya en Palacio, recibí la felicitación del pueblo en forma personal, fila larguísima, inacabable. (Pronto aprendería a dar la mano sin dolor subsiguiente). Se firmó el Plan Estatal de Desarrollo como parte del Plan Nacional inaugurado por la SAHOP ante el presidente de la República.

Era la primera firma.

Acababa de hablar en la ceremonia de “una democracia mutilada, de hombres solos”. Había hecho un llamado a las mujeres para “inaugurar el tiempo nuevo de plena igualdad con los hombres, sin reclamar privilegios que no requerimos, ni aceptar desventajas que no merecemos”. Me había comprometido en el programa con oportunidades para los jóvenes, agua potable, salud, vivienda, justicia, educación; contra los vicios de la burocracia, contra el recomendacionismo y el paternalismo (en mi caso, el maternalismo), contra el desafortunado sentido de dádiva, contra la demagogia...

Al día siguiente, temprano, tomé asiento por primera vez en la silla que representaba el gobierno estatal.

Inauguraba la Historia de las gobernadoras mexicanas.

El espacioso salón de muebles austeros, el retrato al óleo del presidente de la República, el discreto escritorio, la gran mesa de acuerdos, las altas paredes. Por estos balcones había asomado a presenciar desfiles y multitudes la bizarra figura de mi padre cuando era gobernador. En sus barandales, los mismos de ayer, se habían apoyado sus fuertes manos, cuya forma heredé con molde idéntico. Pared contigua al Salón Azul la iglesia-catedral. Las campanadas de sus torres sonarían entonces, las mismas también, como ahora las escuchaba marcando inexorables mi tiempo. Otros serían los naranjos que pespunteaban amarillo fuerte en el frontal jardín, la Plaza de Armas, mejor dicho, la Plaza de la Libertad. Y otro el ambiente. El de mi padre, con el continuo olor a pólvora y sangre fresca, a contienda entre hermanos. El mío, de oxígeno purísimo, de cielo azul intenso, donde una

paz aparente parecía envolver mis pensamientos.

¿Por dónde empezaba? ¿Por lo emergente? ¿Por lo necesario que también es emergente?

Primero examinar el momento político.

De los grupos de poder en el Estado, algunos habían perdido su fuerza o porque estaban integrados por elementos caducos, anquilosados o porque ya no representaban los fines para los que se habían unido y la apatía reinaba en sus pequeñas filas. ¿Inmovilismo? Había grupos de otro género, como los bien organizados ganaderos, los citricultores, los de la Cámara de Comercio. Pero esto era otra cosa.

El poder de la oposición se había manifestado en las pasadas elecciones con debilidad y desorganización.

Había un grupo fuerte que me preocupaba: el de la Universidad.

Años atrás invitada por el candidato a la presidencia, licenciado Luis Echeverría, yendo en el autobús en que recorriamos la entidad pidiendo el voto, un grupo de universitarios detuvo nuestra marcha. Uno de ellos abordó el camión. Era muy joven, no mal parecido como se dice, vehemente en su oratoria, inteligente. Después supe su nombre: Fernando Moreno Peña. Pedía apoyo para la Universidad de Colima, crecimiento de áreas, espacios políticos. El que iba a ser presidente de México supo escucharlo porque sus peticiones eran lógicas. Fernando, que más tarde sería factor decisivo en el desarrollo universitario, formaba parte del grupo Universidad y éste representaba a varios miles de familias (una por alumno).

Después nos volveríamos a ver, quizá en plena campaña, cuando entré en la Universidad de Colima invitada a una Asamblea Popular el día 29 de mayo de 1979. Entonces dije, entre otras cosas que:

[...] La juventud se madura y da como fruto la responsabilidad; debe proyectarse a las clases que han hecho posible la creación de la gran Universidad de México; es a ellas a las que debemos devolver, a esas clases, lo que la Universidad nos ha dado. Devolvamos, pues, la Universidad al pueblo, preparándonos mejor para ser auténticos profesionales, con la convicción de que el servicio social, entre otras cosas, no debe reducirse a la práctica temporal como forma de requisito obligatorio, sino al deseo permanente de servir a los marginados. Es éste, y no otro, el fruto que el pueblo espera de sus universidades [...] En la campaña que vengo realizando, he tenido la presencia de ustedes

a través de brigadas médicas que van en auxilio emergente a resolver problemas. Ojalá se extienda en forma permanente éste y otros servicios, precisamente el llamado y necesario servicio social, que no es suficiente todavía [...] me dirijo a la juventud, porque ella es la parte de la sociedad que no se ha endurecido todavía, que no se envuelve todavía en la recia cáscara del egoísmo. Esto implica un *pacto de franqueza*, donde las palabras tengan contenido, que se traduzcan en hechos; en donde la participación de padres, maestros, estudiantes y gobernadores se una en un esfuerzo común para hacer de Colima un Estado mejor desarrollado. [...]

Era secretario general de la Universidad el licenciado Jorge Humberto Silva Ochoa, y el sucesor de él sería, pasando los años, aquel jovencito que subió al camión presidencial en un día de campaña.

El grupo Universidad, controvertido, inquieto, necesario, deseoso de trascender, comentado, difícil.

Existía. No se podía soslayar. Los principales componentes del grupo, entre otros, eran, a más de los nombrados: Juan José Farías Flores, Arnoldo Ochoa González, Zenén Campos Beas, Alfonso Muñiz Zepeda, etcétera.

Se perfilaba ya la recia figura de Jorge Humberto Silva Ochoa con su especial dialéctica, y con él y el grupo iba a tener las primeras conversaciones.

Ese día que yo entraba en la Universidad, él, como secretario general, me contestaría diciendo:

[...] Colima y usted cumplen con un mandato histórico; y lo hacen con la misma plenitud de orgullo y de conciencia. La madurez intelectual de nuestro pueblo rechaza los rescoldos del oscurantismo decimonónico y las persistencias anacrónicas del machismo engañoso. Es falsa la disyuntiva de prevalencia entre el hombre y la mujer; no existe la llamada "guerra de los sexos". La verdadera guerra, y ésta sí es a muerte, se da entre las fuerzas del progreso y las de la reacción; ésta es la lucha que nuestro pueblo entiende y por la que libera batallas día con día. Y es ésta, maestra Griselda Álvarez, su única disyuntiva. De su condición de mujer, de universitaria, de revolucionaria, los colimenses están ciertos. *Nada a espaldas del pueblo*, ha dicho usted tajantemente. Entendemos que esto significa que nada hará usted contra el pueblo ni

contra el progreso de las grandes mayorías. Con ello queda plenamente justificada la decisión que la ha llevado a la grave responsabilidad a la que ahora se enfrenta [...] Para que cumplan con justeza sus funciones, se ha dado a las universidades el estatuto de la autonomía, no como un dictado sino como una opción. Ha sido su propio albedrío que las universidades han determinado su situación legal. Pero cabe aclarar que la autonomía no marca una línea divisoria entre la sociedad en su conjunto y la universidad como fuente de cultura. De ser así, sólo se estaría contribuyendo a crear una *élite* intelectual alejada de los grandes problemas nacionales y de las angustias de las grandes mayorías. Por lo contrario, la autonomía implica la responsabilidad de atender, en el más alto plano: la docencia, la investigación, la difusión cultural y la crítica sociopolítica que recoge las demandas de los grandes sectores de la población. Así entendemos nosotros el estatuto de la autonomía y por ello somos, hemos sido y seremos sus celosos guardianes. Cuando la Universidad cumple plenamente estas funciones está justificando su existencia y su razón de ser, pero al mismo tiempo está generando la resistencia y el rencor de aquellas fuerzas que ven amenazados sus privilegios por su acción permanente. Se le ataca entonces de mil formas: se trata de entorpecer sus funciones y de distorsionar su vida interna y esto se hace desde dentro y desde fuera del *campus*. Se soborna o se ataca a sus órganos de gobierno; se le calumnia y se le envilece, utilizando para ello desde la ruptura frontal de su orden interno hasta las canallascas campañas de prensa a través de órganos mercenarios y corruptos.

Frente a esto, la Universidad está obligada por Ley a su defensa; conoce desde siempre a sus enemigos seculares y a ellos se enfrenta. Sin embargo, resulta lamentable que la Universidad sea golpeada y escarnecida por fuerzas que deben velar por su integridad y propiciar su sano desarrollo. Cuando un gobierno busca dirimir divergencias políticas utilizando todos los medios a su alcance para golpear a una Universidad, no está haciendo más que socavar la base social en que se sustenta; bloquear y entorpecer la labor de una Universidad como la de Colima no significa “castigar” a sus autoridades sino al pueblo entero de esta entidad. De paso, se apoya en esta forma a las fuerzas más retrógradas que sueñan con controlar la educación en el Estado. En otras palabras, se traiciona la confianza del pueblo que con su voto depositó en ellos la salvaguardia de sus más caras instituciones.

La autonomía no implica extraterritorialidad, ni una patente de corso para la subversión. No es tampoco el disfraz de un partido político o de un foro clandestino. En el seno de la Universidad se discuten abiertamente todas las teorías políticas del pasado y del presente, bajo el signo de la pluralidad. Su presencia aquí, maestra Griselda Álvarez, corrobora esta afirmación, como en el pasado la corroboraron representantes de otros partidos. Esto tiene una explicación tan clara como sencilla; los universitarios entendemos la política como una de las formas más elevadas de la cultura. Y al hablar de política lo estamos haciendo en la más profunda acepción del término.

De aquí que no sea extraño de ninguna manera que muchos de nosotros, universitarios por vocación y por ejercicio, militemos en partidos políticos con plena conciencia. Al hacerlo, ejercemos un derecho que nadie puede vetar y cumplimos con un deber ciudadano. Ello, es infinitamente más útil para la vida pública que la abstención negligente o interesada [...].

Consigno en mis *Memorias* gran parte de este discurso porque aquí se lee, con toda claridad, el momento que se vivía al entrar yo al gobierno de Colima.

XXVI

LOS UNIVERSITARIOS me habían dicho, por boca de su secretario general: “[...] Nosotros le entregamos nuestra fe y nuestra esperanza”.

Muchachos inteligentes con “ganas de poder”. Querían impedir el crecimiento del centralismo gubernamental local. Eran razones de peso que tenían que escucharse claramente. Era su bandera. Una fuerza pujante que conformaba parte de nuestra sociedad dentro del academismo, puesto que eran seres jóvenes con derecho a la cultura. Ideal en ese momento con una gran disputa.

Entre Gobierno y Universidad se había formado un abismo, una barranca más grande que la de Beltrán. Ya había enfrentamiento verbal, periodístico, fáctico, que había llegado a la obscenidad pública. Se había perdido el respeto a la figura del gobernante. Y como en Colima hay trópico, comida abundante, proteínas que viajan del mar a las neuronas del estudiante, alegría de vivir, motes ingeniosos que clavan su dardo... se zarandeaba la principal figura local política con un sacudimiento continuo.

¿Entrar a gobernar y presentar un movimiento frontal a los universitarios? Sería el primer equívoco de mi mandato.

Abrí el diálogo. Mucho diálogo. Muchísimo diálogo. Hay momentos en que el buen político debe convertirse en “sapófago” para concertar la unidad dentro de la norma. Yo quería ser buena política. Así, comiendo sapos, de mi parte algunas veces, tuvimos principios de acuerdo. El resultado fue espléndido. Los conocí mejor, tenían magníficas ideas. Querían un continuo espacio político. Juan José Farías Flores había sido diputado local, el profesor Arnoldo Ochoa González que era director general de Servicios Escolares, sería diputado federal, y el licenciado Fernando Moreno Peña, el diputado federal más joven de su legislatura.

La Universidad era el grupo de poder más fuerte y verdadero en el Estado. Se habían disciplinado al PRI en mi elección, aunque *yo no era su candidato* al gobierno del Estado. Me habían recibido en la Universidad con beneplácito, como antes lo he señalado, y esto ya formaba un buen principio. No salía elegida por los votos de la vieja guardia agrarista, por ejemplo, sino en parte por los votos de miles de

universitarios y sus familias.

Pero yo había encontrado un enorme vacío de poder propiciado por el enfrentamiento. Empecé de *zero respeto*, y aquí pido perdón por mi inmodestia: conseguí respeto profundo. *Nunca* los estudiantes quebrantaron este trato; lo que escribo es histórico, comprobable.

Tuvimos un acuerdo tácito. Hice alguna concesión: sacrifiqué a un probable colaborador directo que no era de su agrado y con quien tenían antiguas rencillas. Sin embargo, como yo conservaba una deuda de gratitud con él por su actividad en la campaña, en cuanto pude influí para que tuviera aceptación en una dependencia federal. Resultó el gran ecólogo: Colima fue reforestada (aun cuando tiene generoso trópico) con siete millones doscientos mil arbolitos en casi quinientas hectáreas. Hasta se consiguieron semillas de ébano, especie en extinción.

El grupo Universidad tuvo su espacio político porque, aun cuando la investigación y el estudio son prioritarios en una casa de estudios, la política no riñe con otras actividades vitales.

Y no pasó nada negativo.

Resultado: ni una huelga, ni una pinta. En los seis años, armonía total como consecuencia, crecimiento horizontal y vertical en la Universidad de Colima, aumento de presupuesto federal y estatal, elevación del nivel académico, gran desarrollo de otros planteles, centro de cómputo cada vez más grande, investigación y diversidad en las áreas; en suma, un arranque de fondo. Humberto Silva Ochoa fue rector, apropiado al momento histórico, de mano firme y de extraordinaria actividad.

En la actualidad (1991), la UAC da cabida a catorce mil alumnos, contando las preparatorias. Cada municipio tiene uno, tres y hasta siete bachilleratos, de tal manera que el educando puede hacer los estudios no lejos de su domicilio. El actual rector es Fernando Moreno Peña. Conduce con habilidad e inteligencia los problemas universitarios, invita a figuras de primer orden nacional e internacional organizando ciclos de conferencias de alta experiencia académica. La investigación está en marcha y se aprovecha bien el mundo electrónico que ofrece el conocimiento moderno. Hay opiniones en el sentido de que la Universidad de Colima es de las más avanzadas del país.

Entre otros adelantos tiene diplomado en comercio exterior y Centro de Estudios sobre la Cuenca del Pacífico; en distintas palabras, la

Universidad corre paralela al desarrollo del país y está acorde con la actualización del momento: Tratado de Libre Comercio y auge de la zona del Pacífico.

El rector Fernando Moreno Peña consolida el crecimiento que ha tenido en los últimos tiempos. Vertical y horizontal. Cuantitativo y cualitativo. Este rector inició su gestión el 1º de febrero de 1989. Actualmente hay cuarenta licenciaturas, diecisiete maestrías y tres doctorados; es además sede del Centro Nacional Editor de Discos Compactos como única institución que edita estos discos con información sistematizada. Cuando se escriba la historia de nuestra Universidad se sabrán aquilatar los esfuerzos y los resultados de estos rectores que algún día fueron controvertidos, pero que respondieron con hechos positivos al paso de su época.

A la prensa se le ha llamado el cuarto poder y, en realidad, siendo la forjadora auxiliar de la opinión pública, puede encumbrar o puede demoler, si se le propone, a cualquier ser humano o institución mediante la propagación de sus virtudes o defectos, de sus aciertos o equivocaciones.

En los años de mi desempeño, la prensa de Colima, representada por siete u ocho diarios en la capital del Estado y tres o cuatro más en Tecmán y Manzanillo, trabajó a conciencia. No hubo día en que no salieran una o más notas con opiniones o análisis de los actos de gobierno; no hubo tampoco inauguración, viernes agrario, ceremonia, gira, torneo o conferencia en donde no estuvieran algunos o todos los reporteros de los periódicos.

Me acostumbré a trabajar con ellos, cerca de mí, grabadoras frente a mi boca, cumpliendo lo que había repetido en la campaña: *nada a espaldas del pueblo*. Por supuesto no hubo “chayote” o “luz” y tuve fama de ser en este aspecto la más tacaña de los gobernadores en todo el país. Pero ello saben, los hombres de la tinta, que nadie se corrompió en mi tiempo.

El fundador del *Diario de Colima*, Manuel Sánchez Silva, el Marqués, cultivó amistad con mi padre, siendo mucho más joven, e hizo algunas viñetas que rubrican la recia personalidad de Miguel Álvarez. Ese politizado escritor y periodista pronosticó que yo sería gobernadora años antes de serlo. Hombre de inteligencia, perspicacia y constancia, heredó estas cualidades a sus hijos Manuel y Héctor, que

dirigen hasta la fecha *El Mundo desde Colima* y *El Diario de Colima*, respectivamente, los periódicos de mayor circulación. Jaime, el otro hijo varón, se dedicó con buen éxito a la charrería.

La prensa de Colima ha sido factor de politización para el pueblo y ejerce poder a través de su información y comentarios.

Ejercer el poder...

¿Cuándo sentí, en la extensión de la palabra, hasta dónde se puede ejercer el poder?

Fue el 28 de septiembre de 1983 cuando ocurrió un asalto simultáneo a dos bancos. Siete facinerosos fueron perseguidos —tres murieron— como en las películas del lejano Oeste, por las tres policías: la preventiva, la de tránsito y la judicial. El pueblo también tomó parte. Se puede decir que todo el que tenía pistola a la mano usó el arma, a grado tal, que después se recogieron del suelo, en diferentes calles, cerca de trescientos casquillos de distintos calibres. Un verdadero combate, porque así somos en Colima, aunque pacíficos.

Sin embargo... los asaltantes habían tomado de rehén a mi sobrino Manuel, usándolo como escudo entre todos. Doce balas cortaron su vida. El licenciado Carlos de la Madrid, secretario general de Gobierno, se encargó de darme la cruel noticia y junto con él salimos a identificar el cadáver. También uno de los delincuentes estaba grave, pero fue salvado por la inmediata intervención de médicos colimenses.

A los pocos días, por la red telefónica, le hablé a mi querido padre, el gobernador de Jalisco, Flavio Romero de Velasco. Le expliqué la situación: no convenía recluir a los criminales en el Centro de Readaptación Social de Colima porque no me ofrecía la debida seguridad. La Banca estaba nacionalizada y por lo mismo los delitos eran de orden federal. ¿Era posible que los recibiera en el Centro de Readaptación de Jalisco?

XXVIII

¿HASTA DÓNDE EL PODER?

¿ERA posible que el gobernador de Jalisco recibiera a los delincuentes en el Centro de Readaptación de Guadalajara?

La respuesta desde luego fue afirmativa.

Llamé al subdirector de la Policía a mi despacho. Lo había recomendado un amigo mío secretario de Estado como leal, valiente, bronco. Ya había dado muestra de estas cualidades en más de una ocasión. Ya traía la huella de un proyectil en el antebrazo derecho como consecuencia del asalto.

-Señor subdirector -fue la orden-, le quiero dar una misión: de acuerdo con el señor procurador llevará a los asaltantes a la ciudad de Guadalajara, al Cereso. Uno de ellos, usted sabe, va convaleciente.

-A sus órdenes -respondió-, pero ¿me permite unas palabras?

-Está bien.

-Mire, señora gobernadora. El hampa no descansa. La está "fintando". Si no apretamos, se nos pueden venir más asalto, secuestros, atracos, porque quieren saber si la mujer es débil, con el debido respeto. Éstos son pájaros de cuenta como se investigó; ya ve usted que su sobrino Manuel perdió la vida y que Raúl, nuestro compañero de la Judicial, todavía está grave con una bala de escopeta recortada en el estómago, y tiene diez hijos. Con el debido respeto le pregunto: ¿quiere que lleguen a Guadalajara? Yo sé... -asesó el ofrecimiento.

Un repentino sudor frío recorrió mi espalda como si bajara en escalones por la columna vertebral.

Logré permanecer inmutable (eso creo) mirándolo a los ojos con fijeza. Por unos segundos, como una sombra negra de venganza, pasó la figura de Manuel por mi memoria: treinta y un años, tres hijos -el más pequeño de tres meses-, con la elevada estatura de los Álvarez, honesto, buen marido, buen hijo, buen ciudadano. Afectuoso.

No debía contestar de inmediato con una reacción medrosa. Quizá esto era femenino.

Así, dejé caer las palabras con lentitud:

-Señor subdirector: cuando llegue al Cereso de Guadalajara, cuando entregue a los detenidos y recoja la papelería del caso, me hablará por teléfono. Responde usted con su propia integridad. ¿Entendido?

-Sí, gobernadora –contestó en voz baja.

-Puede retirarse.

Hizo una inclinación y se encaminó a la puerta. A mitad de salón se detuvo, giró el cuerpo y desde ahí me interrogó con el mismo tono de voz:

-¿Puedo preguntarle algo?

Asentí con la cabeza.

-Señora, con el debido respeto, ¿no la he ofendido? Yo quería...

-Señor subdirector –interrumpí-, vaya a cumplir con su deber de entregar a los detenidos. Estamos en un *estado de de-re-cho*. Espero su llamada. Gracias.

¿Hasta dónde el poder? ¿Hasta dónde romper la norma bordeando la legalidad? Por ejemplo: ¿la ley fuga en beneficio de la tranquilidad de un pueblo y de su orden establecido?

LOS GUARURAS

¿Qué lugar tienen en la seguridad del gobierno de un Estado? ¿Cuál es su importancia? ¿Son indispensables?

Afirmaría que tienen un sitio relevante en el complicado mundo de los políticos y que son imprescindibles. Tanto los pequeños como los grandes mandatarios del mundo aparecen en reuniones, giras, inauguraciones, rodeados de estos hombres. Vienen desde siglos atrás. Los guardias pretorianos ¿eran “guaruras” de los césares en la antigua Roma?

La mayoría son muy jóvenes, de crecida estatura, recios, musculosos, hábiles para el gatillo y la defensa personal, entrenados. Soportan largas jornadas sin dar muestras de fatiga, sin pedir relevo. Pueden permanecer de pie por horas sin moverse. Algunas veces no tienen tiempo para comer. Entre las multitudes se dan maña para estar siempre detrás del “magnó”, siempre detrás. Guardando la espalda. Dan su vida para que el “magnó” viva. Es común leer en los periódicos que durante un atentado murieron algunos de ellos.

Hombres de escasa sonrisa, silenciosos, no conversan entre sí, se entienden por señas convencionales, por expresiones en la mirada.

La movilidad de sus ojos es continua. Su agilidad, felina, porque algunos tienen mucho de tigre. Se dividen los cuatro puntos cardinales para la vigilancia. Nunca permiten ser tratados. ¿Hay un monumento para el Guarura Desconocido? La sola pregunta mueve a risa. Porque son despreciados, befados por quienes no los conocen a fondo y piensan que sólo son matones a sueldo.

¿Qué hay en su interior?

Algún día, una sola vez quizá, el menos introvertido, Aristeo Heredia, cuando por cambio de guardia se me presentó como jefe de grupo, abrió un poco la puerta de ese interior.

¡Que selva tan extraña!

-Quiero decirle algo al entrar a su servicio. Desde este momento estoy a lo que mande. Lo único que hago muy bien es tirar. Eso me enseñaron. Puede disponer, para cualquier cosa. También de mi vida. Tengo esposa y cuatro hijos, pero mientras esté a su mando, primero es usted, primero es este trabajo. A usted no le va a pasar nada nunca. Usted verá que soy leal y tengo buen manejo de los demás.

El hombre veía al suelo y hablaba entrecortado. Un sudor copioso le corría en gotas por la cara. No era el calor del trópico, era la adrenalina que hacía su efecto. Muy lejos de “hacer teatro”, sentía el peso de sus palabras, de su compromiso. No se mentía a sí mismo en este enredo de valores morales. Así era Aristeo.

No cualquiera puede ser guarura.

¿Por qué se ha vuelto peyorativo el vocablo? Guardia, vigilante, custodio, “elemento”, guardaespaldas, guardián, no tienen la misma connotación que *guarura*. Viene de la lengua tarahumara:

Guuaru = grande

Guuarura = el grande

Guuaruve = más grande

Guuaruvera = el más grande

Los chabochi, es decir, los blancos, alteraron la palabra *guuarura*, eliminando una “u”.

El grande o el que está cerca del grande.

Los guaruras, los grandes, me acompañaron durante seis años todo el tiempo, y de su eficacia y profundo respeto doy fe. En las giras a los ejidos de nuestra volcánica tierra siempre hubo una mano discreta, un índice, que señalaba segundos antes una piedra para evitar el tropiezo, un escalón sorpresivo, un alambre casi inadvertido. Nunca trastabillé a

pesar de la abundancia de lascas y pedruscos en el campo, a pesar de mis femeninos tacones.

¿Por qué su necesaria compañía en viajes, ceremonias, giras y recorridos? Porque un gobernador siempre cosecha enemigos; familiares de criminales en prisión, rotura de intereses creados, combate al narcotráfico, fraudes, etc. Siempre será apetecible el secuestro de un gobernador porque se supone jugoso el rescate. Ha habido ejemplos no lejanos en nuestro territorio: el ingeniero y gobernador Rubén Figueroa, del Estado de Guerrero, y algún otro frustrado que se mantuvo en secreto.

Un secuestro siempre es una carga económica. Nunca me hubiera gustado gastar el dinero del pueblo en mi liberación.

Además, la costumbre de tener guardias es inevitable.

Por la barranca de La Salada, en la carretera Colima-Manzanillo, cuando aún no era autopista, tuve oportunidad una mañana de verlos en acción. En sentido contrario, por lo angosto del camino, apareció saliendo de una curva un camión de pasajeros para rebasar más de diez coches que le estorbaban. Viajaba mi escudo con cuatro elementos, luego mi auto con chofer y ayudante, atrás el coche escolta con otros cuatro hombres.

El camión se vino encima. En hábil maniobra el chofer del escudo evitó el impacto. El de mi coche, Reyes, estuvo a punto de chocar, pero salvó el obstáculo; no tuvo la misma suerte el carro-escolta y tampoco un pequeño camión de carga del otro carril.

La carambola fue en segundos. Y en segundos también lo siguiente: Reyes estaba ya radiando las características del camión agresor, que había huido, su número económico, el de las placas, el nombre de la línea captado con precisión, todo para que la policía de Colima saliera a encontrarlo en su fuga. Arturo había saltado del asiento y ya detenía el tránsito de los dos carriles. Salvador y Samuel, repuestos de inmediato del choque, ayudaban a enderezar el camioncito de carga con sus potentes brazos y sacaban a dos criaturas atrapadas, una de ellas con la pierna quemada porque el acumulador le había caído encima y el líquido corrosivo le bañaba una pierna. Otro “elemento” le pedía datos al padre de los niños y los apuntaba.

Repito, todo en segundos, como si la escena se hubiera ensayado.

Por supuesto, más tarde obligamos a la compañía de camiones a entregar un camioncito nuevo al campesino que había perdido su vehículo, su único capital.

XXVIII

¿POR qué los guaruras tienen fama de prepotentes, de “alzados”, como se dice en mi tierra? Precisamente porque entre sus reglas está el no hacer, aislarse hasta donde se puede para evitar compromisos. Su aspecto formal y fuerte, su sequedad, su laconismo, su precisión, los hacen parecer prepotentes.

Sin embargo, repito, tuve oportunidad de conocerlos más a fondo. Por ejemplo: Samuel Verduzco. Contrajo, estando a mi servicio, una seria contagiosa enfermedad que podía ser mortal. Al ver su decaimiento y ostensible baja de peso, lo interrogué. No quería dejar de trabajar. Le expliqué que su enfermedad se curaba con dinero: le triplicué el sueldo (mientras estuviera enfermo) y lo urgí a tomar total descanso, abundante comida y obediencia ciega al horario de las medicinas. Meses después, como ocho, fue dado de alta comprobada su salud mediante radiografías y análisis. Volvió al servicio y para que sus compañeros no le segregaran por lo que había tenido, dispuse que fuera él quien vigilara a mis nietos sobre todo en la alberca, nadando con ellos, *buceando*, con permiso de mi nuera y de mi hijo que, como doctor que es, sabía a qué atenerse. Fiel, atento, cumplido. Algunas noches, en la semitiniebla del vasto jardín de la Casa de Gobierno, sentados en el prado, mis nietos (en vacaciones) se enmarañaban en la fantasía de los cuentos de Samuel. Su imaginación, mitad Bagdad y mitad Colima, tenía mucho que ver con Harún al-Raschid y *Las mil y una noches*; inventaba relatos de prodigio que tenían aledados a los niños, entre la tibia noche del jardín, alumbrada a veces por los cocuyos y en compañía de los bisbiseos misteriosos de una invisible fauna tropical. ¿Cómo, de dónde aquella honda ternura en ese hombre tan parco con los adultos, tan austero, tan indescifrable?

Óscar Campos (de excelente figura) y Jesús Martínez fueron mis escoltas rituales en los viajes a la ciudad de México o a los pocos informes de gobierno de los coetáneos gobernadores de entidades cercanas a donde asistía para corresponder atenciones. En ese tiempo habíamos recibido la “sugerencia amigable” de parte de Gobernación de no concurrir a informes en entidades alejadas de la

nuestra. Esto favorecía mis planes de trabajo y acepté con gusto la “invitación”. Ahora (1991) se invita a muchos y, si aceptan, con su asistencia rubrican la fuerza del informante, su extensión amistoso-territorial, y esto siempre es bueno en política. Por si el futuro aumenta las ofertas...

Óscar y Jesús, verdaderos campeones del silencio, acompañaron mis viajes, audiencias y entrevistas. Con buena presentación, correctos, eficaces, respetuosos. Armados discretamente.

Guaruvera los dos.

En este ir y venir cronológico de las *Memorias*, quiero consignar una anécdota chusca ocurrida al finalizar mi gobierno y relacionada con los guaruras.

Desperté una mañana con el ruido que hacía la cabecera de la cama contra la pared, verdadero tableteo, indicio de que temblaba con fuerza.

Desde niña supe de temblores en Colima. Chiapa, la hacienda de mi padre, en las faldas del volcán, se sacudía con frecuencia y también habitualmente mi nana Emilia gritaba:

-¡A los arcos!, ¡a los arcos! –porque a ella le habían enseñado que las curvaturas de las construcciones eran los sitios más resistentes. Y bajo los arcos de los corredores pasábamos los instantes del temblor. Costumbre de la zona volcánica.

Pero esa mañana, a las 7.19 horas de septiembre de 1985, supe por la intensidad del movimiento que la sacudida era terremoto.

Me lancé a quitar los dos cerrojos de la puerta de mi recámara. Y a la escalera. Había llegado al primer descanso cuando me di cuenta de que en la pared del cubo se dibujaba repentinamente un zigzag y de allí salía el polvo del reboque o enjarre, al tiempo que oía cómo los hombres de la guardia empezaban a subir con rapidez los escalones.

Venciendo el miedo, detuve el descenso al tiempo que con estentórea voz de mando ordenaba solemne:

-*¡Alto la guardia!* Estoy en pijama.

Pero ellos, los cuatro, como ensayado coro griego, contestaron al unísono:

-¡No importa!

Y allá subieron por mí: a respetuosos jalones de los brazos me obligaron a bajar y a correr hasta el jardín.

Todavía temblaba la tierra cuando el jefe de grupo, Arturo Mejía, los ojos puestos en el azul del cielo, me consultaba respetuoso:

-¿Si me da su permiso, señora gobernadora, para subir por una bata?

LA CASA DE GOBIERNO

Cuando la Casa estuvo rehabilitada en sus baños y cocina, fue cuando la habité en los primeros meses de 1980. Esta casa-habitación de anteriores gobernadores fue construida por el gobernador arquitecto Rodolfo Chávez Carrillo. Sencilla, de cuatro recámaras, sin ninguna ostentación, semiamueblada, con una pequeña casa de visitas a un lado del vasto jardín; éste, con palmas, almendros, mangos frondosos y uno que otro papayo, buena alberca, funcional. Casa de cinco puertas que daban al jardín y que llenaba, en suma, mis necesidades de residencia.

Hice lo posible por vivir con mi familia directa: hijo, nuera, nietos. Imposible. Médico con óptimos conocimientos, mi hijo sabía que la leucemia de Miguel Ángel exigía atenciones especiales y viajes continuos.

Vendrían en las vacaciones, pero no a vivir en Colima.

Hablé con mi tía Isabel y con mi prima *la Nena*. Les prometí arreglos especiales para que me acompañaran, sus mismos muebles, un ambiente tranquilo. Nada. Después de los ochenta años el ser humano se aferra a sus costumbres, a su hábitat con firmeza digna de mejor causa.

Decidí o decidió el destino que viviera sola seis años. Porque, además, el servicio doméstico femenino en Colima, ni aun subiendo estratosféricamente el sueldo, es capaz de convencerse para dormir fuera de su hogar. Ni modo. Hacia las seis de la tarde la casa quedaba solamente con los guardias divididos en dos grupos en las casetas del jardín.

La gobernadora llegaba al finalizar sus labores entre diez y media y once de la noche, más o menos. Encontraba en la mesa del comedor un vaso de leche y un *sándwich* frío de pollo o de jamón y filosóficamente lo deglutía en la soledad más sola.

Esta disciplina duró todo el sexenio. Había sido invitada a comer con otros gobernadores en diferentes Casas de Gobierno. A veces el

servicio era dirigido por un capitán de meseros de librea con dos o tres ayudantes de guantes blancos. La comparación de situaciones me provocaba una extraña alegría. Así quería ser y así fui. Nunca invité a nadie a comer o a cenar. Nunca fui a una fiesta de XV años o a un aniversario de bodas. Estuve en uno que otro entierro. Cuando mi tía Isabel cumplió noventa años di una comida en el jardín a los descendientes. El día de mi santo por año, un desayuno. Mi falta de sociabilidad la promedié recibiendo en Palacio a quien quiso verme y tratar su problema, sin distinción de clases. Para la Casa de Gobierno, por qué no buscar una “dama de compañía”, “una mayordoma”, una compañera de la infancia solterona de buen genio? No, ¿Y si un cerebro ofuscado por el calor del trópico me juzgaba lesbiana? ¿Alguna sobrina? Tampoco. ¿Sobrino? La maledicencia sólo cambiaría de pista. Nada. Nadie.

La soledad es constructiva, productora. Así, los domingos los empleaba en revisar las cuentas de la Tesorería y en saber pormenorizadamente cómo entraba y salía el dinero del pueblo. Verdadera cuentachiles. Firmaba documentos. Releía acuerdos. Creo que las mujeres gobernadoras tienen y tendrán buena disposición para administrar, porque la tradición de “llevar la casa” nos otorga el ejercicio, la idea clara para la contabilidad mayor de una entidad.

En esos seis años tuve una salud fuerte, inquebrantable, ni enfermedad, ni ligera gripe. Imagino que muchos malestares anidan figurativamente en el cerebro y teniendo arduo trabajo y ocupando varias horas del día sin pensar en extrañas sintomatologías, los males huyen.

La Casa de Gobierno para mí fue sinónimo de soledad, de soledad compacta, espesa. Es curioso observar que si estornudas no hay una voz que te diga: ¡salud! Pero no di tiempo para angustiarme con especulaciones existentes, metafísicas. Logré hacerme amiga de la soledad, aun sin necesidad de música. Me acordé de una frase de Leonardo da Vinci que muchos años atrás tomé para epígrafe de uno de mis libros de poesía: *Desierta compañía*. La frase dice: “Cuando estés solo, serás realmente tuyo”.

Y en último análisis nunca estuve sola. Entre semana me llené de pueblo. Sobre todo los viernes agrarios donde era para mí una fiesta advertir en el rostro de los ejidatarios el brillo de la esperanza o la satisfacción de la avenencia en los asuntos de la tierra.

Y una vez por mes, casi siempre invitada por los ejidatarios, comí “birria” en el campo, bajo un árbol o bajo una palapa, cuando en “tiempo de aguas” la lluvia nos corría.

Esa proximidad con los colimenses, los más sencillos, esa limpia sangre mexicana, esos hombres y mujeres cuyos nombres no retiene ya mi memoria, que no leerán jamás estos renglones, esas fisonomías que se van desdibujando con el tiempo, fueron mis acompañantes, la “transferencia” de que hablan los psicólogos, *los sustitutos de mi familia directa* que allá lejos se me “enfriaba” en su trato, por destino, repito, por necesidad, por circunstancia política.

XXIX

EJERCICIO DE GOBIERNO

LA ATMÓSFERA en que se desarrolla una persona da características definitivas. Por eso he querido pormenorizar antecedentes familiares, recuerdos de la infancia, de la adolescencia, influencias de ascendientes, presentación de amigos, compadres, compañeros, escuelas, sucesos trágicos, todos esos pequeños y grandes acontecimientos que me acompañaron en el transcurso de la vida no sólo política, sino a través de los años de mi ciclo vital. Estudios y trabajos hasta desembocar en las particularidades o detalles que me dieron una carrera política. Preparación anímica para afrontar la máxima responsabilidad del máximo cargo político que actualmente en México podemos tener las mujeres: la gubernatura de un Estado.

He querido recorrer ese largo camino de los recuerdos para involucrar al lector, manteniendo un fondo anecdótico veraz como el ser humano que soy, producto de una época, sujeto a circunstancias como orfandad temprana, afanes de superación, evolución del pensamiento: del conservadurismo de mis tías y de las mojas al liberalismo de la Normal y al pensamiento cósmico de la Universidad; desarrollo de facultades propias que no me conocía y deseo intenso de servir, de hacer “algo” por el prójimo. Esto último por una razón: al perder la fe en las “verdades” de la religión que me impusieron en la infancia, al llegar al agnosticismo puro, sobrenadó, como los restos de un naufragio en alta mar, una que otra máxima, ya que perdí la religión por lisis y no por crisis.

“Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Hermosísimas palabras que miden nuestro egocentrismo y pueden convertirse, en la práctica, en algo definitivamente constructivo.

Pues, a trabajar por el prójimo.

Seis años, durante el desayuno, leí los periódicos y el parte policia-
co. En éste, a los pocos días me di cuenta de la fuerte incidencia de algunos delitos, como por ejemplo, la violación y el estupro. Decidí

ahondar en el asunto. El Código Penal establecía penas máximas de cinco años a los violadores y esto les permitía obtener de inmediato su libertad y evadir la acción de la justicia, lo que provocaba que, en vez de disminuir los abusos contra la integridad de la mujer, aumentaran. Se reformó el Código para que no se pudiera alcanzar la libertad bajo fianza; se fijaron multas hasta llegar a los 100 días de salario, establecimiento de pagos alimentarios como reparación del daño y penalidad corporal hasta de dieciséis años según el caso. Los delitos sexuales disminuyeron nueve puntos.

Promulgar y reformar leyes a fin de proteger a los sectores socialmente más débiles, ensanchar el marco jurídico del Estado y corregir desigualdades e injusticias, fueron mis primeros intentos.

Se creó un amplio conjunto de instituciones para amparar a los niños y a los jóvenes, cuidar su bienestar y desarrollo integral. Se reformó el Código Penal.

Pero... no es fácil medir con leyes la libertad del ser humano y sus consecuencias cuando infringe la norma. Hay una anécdota fija en mi memoria. En una familia humilde, el padre-obrero, en día de descanso y al impulso de unas cervezas, envió a su mujer y a su suegra a comprar varias cosas. El hombre quedó al cuidado de sus hijos. La mayor de diez años fue violada salvajemente por el corpulento obrero, a grado tal que estuvo entre la vida y la muerte varios días con peritonitis aguda, como secuela, en el hospital de Manzanillo.

La madre y la abuela presentaron la denuncia aguijoneadas por el estado de la niña y por trabajadoras sociales que eran mis colaboradoras. Fue sentenciado el criminal con las reformas del Código.

A los diez meses, más o menos, solicitó audiencia la madre. La recibí y fui increpada por la mujer:

-¿Qué ha hecho usted de mi familia? Nos estamos muriendo de hambre. Ya vendí todo. Mi hombre era cumplido en su trabajo, me entregaba su salario y yo disponía. Me enojé por lo que hizo y usted me aconsejó que lo acusara porque tengo más hijas. Pero ya ve, lavo ajeno y apenas gano y nos estamos muriendo de hambre -repetió-. Suéltelo, señora, yo lo perdono, estaba borracho y fue un mal rato. Usted tiene la culpa de nuestra suerte. Suéltelo.

No fue fácil convencerla de lo que es una sentencia y de la peligrosidad del marido. Se le duplicó la ayuda del DIF por un tiempo.

Algún día dije: "Un pueblo que no ve de frente al porvenir y no forja

cabalmente a sus hombres del mañana, es un pueblo que no tiene asegurado su futuro, ni su soberanía, ni su libertad”.

Había que cumplir.

Construimos la Unidad de Servicios Infantiles en la ciudad de Co-lima para promover el desarrollo integral de los niños y los jóvenes, favorecer la convivencia de los menores, introducirlos en las más elevadas manifestaciones del arte y la cultura y fomentar su interés por el deporte; aulas, talleres, sala de cine, teatro, gimnasio completo. Desde la estancia infantil con cupo para cien niños, servicios médicos de pediatría, odontología y psiquiatría infantil. Siempre hemos dicho que somos padres o madres por suerte fisiológica, pero que no cursamos ni un año de escuela especial para lograr el verdadero título de padres o de madres. Allí se estableció el Centro de Desarrollo Familiar para Padres donde se educa a hombres y mujeres sobre la mejor manera de formar a sus hijos, entre otros propósitos para atacar o disminuir el machismo que se introduce en el niño en los primeros siete años de vida, por la ignorancia materna.

Se promulgaron leyes para evitar que los niños fueran objeto de actos de crueldad o malos tratos. El doctor Jaime Marcovich, en conferencias especiales con auditorio lleno, saturó de orientaciones a los padres y madres que quisieron asistir. Se habló de la importancia negativa que tiene el golpe en la infancia, en la pubertad, y que repercute en el resto de la vida, hasta hacer del adulto un agresivo por excelencia al deformar su personalidad, llevándole a veces de la mano por el camino del delito.

En la Ley para Regular la Venta y Consumo de Bebidas Alcohólicas se prohibió su expendio a menores de dieciocho años sancionando fuertemente a los comerciantes infractores. Había la costumbre de que niños de diez a doce años, en las principales carreteras, ofrecían en venta bolsas de plástico con hielos y botes de cerveza a los automovilistas y camioneros que transitaban. Al mostrar su mercancía alzando el brazo, el chirriar de frenos indicaba el apremio y dentro del cansancio y el calor del camino, el conductor obtenía su “rubia de categoría” a lo largo de su destino disminuyendo los reflejos... Después, el carreterazo.

La Ley Tutelar para Menores fue aprobada por el Congreso del Estado y se publicó en el *Diario Oficial* el 15 de marzo de 1980, a dos meses y medio de haber tomado el cargo.

En Comala, en 1983, se construyó el Centro Estatal para Menores. En mi tiempo fue verdadera “reclusión sin rejas”. Se trató de rehabilitar a los infractores con diversas terapias laborales, para hacerlos individuos productivos. La mayor parte de las infracciones eran contra el patrimonio. Recordé las enseñanzas del doctor Sergio García Ramírez, con quien colaboré largos años en el Patronato para Reos Liberados.

Nunca más permanecieron los menores en el Centro de Readaptación Social (Cereso) en compañía de los delincuentes adultos, algunos verdaderos universitarios del crimen donde los menores podrían salir graduados.

Al frente del Centro Estatal para Menores estuvo el licenciado Ismael Aguayo Figueroa como eficaz director.

Aquí hago un paréntesis.

Cuando algún periodista me pregunta cuál fue mi mayor logro en los seis años de gobierno, contesto de inmediato:

-Ser aceptada por algunas voluntades masculinas.

Ejemplo: el licenciado Aguayo Figueroa. Hombre inteligente, trabajador, útil a la sociedad, buen poeta como lo demuestra en sus libros, no fue mi partidario, mejor dicho, fue al principio mi adversario, irónico y demolidor. Pero a la larga fue cambiando su opinión, aceptó ser mi colaborador (por convenirme a mí su eficacia) y tuvo, años después (1984), al final de mi encargo, un hermoso rasgo de simpatía y amistad: me envió un sentido poema a la muerte de mi nieto como muestra de solidaridad:

He sentido, por intuición amiga
el dolor que traspasa los nervios de tu cuerpo.

¿Cómo acallar lo que sentimos dentro?
¿A dónde alzar los brazos implorando?
¿Dónde encontrar la luz de la penumbra?
¿A quién llamar en el erial desierto?

Son las pruebas, hermana,
que latiendo en el viento
nos laceran el alma con garfios de silencio
y represan el llanto en lagrimales yertos.

Mas hay una verdad:
no se nos van los muertos
si en el íntimo albergue del alma los prendemos
y aferramos su imagen al relicario eterno.

Y nada se ha perdido;
Los veremos por siempre en el camino abierto

en los rostros queridos que siempre fueron nuestros.
Como pausa sin límite
como bruñido espejo
capturando la imagen querida de su cuerpo
el gesto, la sonrisa, el amor y hasta el beso.

Hombre sensible bajo una corteza amarga.

XXX

SE CONSTRUYERON los edificios correspondientes al Palacio de Justicia y al Palacio Legislativo: solemnes, funcionales, dignos como conviene al ejercicio jurídico de un pueblo cuya principal demanda es saciar el hambre y la sed de justicia.

Cuando el demandante encuentra la Agencia del Ministerio Público con las paredes adornadas: letreros ofensivos, muebles inadecuados por el uso prolongado y un deterioro general, se forma una idea pobre de la impartición de justicia porque se deja llevar por la primera impresión que dan las apariencias. Así somos.

En el Palacio de Justicia se abrió la Dirección de Averiguaciones Previas, *que no existía*, la Central de Procesos, la Dirección de Servicio Social, el Centro de Capacitación para las Fuerzas de Seguridad Pública y el Servicio Médico Forense. Este último era indispensable porque un mozo realizaba las autopsias, y aunque era diligente y aplicado en su trabajo, la criminalística exige conocimientos profundos en trayectorias de bala o en cortes de armas punzocortantes. Desde entonces fueron médicos quienes hicieron el macabro trabajo.

La pulcritud arquitectónica en el Forense resplandeció con revestimientos de mosaico blanco. Las autopsias perdieron su terrible aspecto canalizando por un drenaje especial los líquidos espesos, y en las gavetas frigoríficas los muertos esperaron ser reconocidos, en buen estado, en prestación inodora, porque el ser humano tiene derechos más allá de la muerte.

La nueva Ley Orgánica del Ministerio Público fue aprobada por el Congreso del Estado y se publicó en el *Diario Oficial* el 2 de junio de 1984. Las agencias del Ministerio funcionaron las veinticuatro horas del día los siete días de la semana para dinamizar este servicio que atiende en primera instancia al ciudadano. Se acabó el “sabadazo”.

Como apoyo para el Consejo Tutelar se creó la Procuraduría para la Defensa del Menor y la Familia, adscrita al DIF-Colima, con asistencia jurídica *gratuita* sobre problemas de integración familiar.

La experiencia demostró que para mantener la unidad familiar, sobre todo cuando los esposos son jóvenes, deben divertirse *juntos*.

Así, se construyó aprovechando el clima nocturno tibio de Colima,

una guardería infantil temporal nocturna colindante con el auditorio de la Casa de la Cultura; en éste se exponían obras de teatro, audiciones, ballets, obras de literatura. La guardería, equipada con propiedad y asistida por pediatra y puericultoras, por si se presentara una urgencia, recibía niños (de tres meses a seis años) en el mismo horario del teatro, para que las parejas que no tuvieran familiares con quienes encargar a sus hijos los dejaran temporalmente, con bolsa de pañales y biberones al canto.

Integración familiar. Por las buenas.

Con fondos del Estado se edificó el albergue infantil “Francisco Gabilondo Soler” empezando sus funciones asistenciales el 6 de enero de 1984 y dedicado a niños abandonados por sus padres o familiares.

También el gobierno estableció en cinco municipios bibliotecas para niños, con material de lectura apropiado a sus pocos años; el objeto era, o es, formar el hábito de leer. En la Biblioteca Central del Estado se dedicó una sección de literatura especializada con ilustraciones comprensibles, que se acercaban al gusto de manejar libros por los infantes. En uno de mis primeros días de gobernadora recorrí el Palacio para conocer su extensión y funcionalidad sala por sala. Al llegar a la Biblioteca, acompañada por el secretario general, licenciado Carlos de la Madrid, noté que en un rincón había periódicos mal acomodados que se movían extrañamente. Pensé que era una rata, pero el nerviosismo de la encargada me dio la clave:

-Señora, ¿qué o *quién* está en ese pequeño tiradero?

Nos aproximamos y de allí surgió el rostro de una linda niña, que escondía su existencia por mandato o necesidad de la madre.

Conversé con la pequeña, con esos tres añitos despiertos y alegres a pesar de las circunstancias.

¡Guarderías! Guarderías urgentes que hoy por hoy son varias, ya que mi sucesor intensificó el programa. Presente esta necesidad por la incorporación de la mujer al mercado laboral, por la creciente industrialización del país, porque al gasto hogareño tiene que incorporarse el producto del salario femenino para reforzar la economía familiar.

Proteger a la niñez, una de las metas principales. Porque los niños son un motor poderoso que debe mover la voluntad de los gobernantes.

Poco tiempo después se presentó otro caso. Acompañada del ex-

celente presidente municipal de Colima, Carlos Salazar Preciado, una mañana nos dedicamos a recorrer los rastros principales de la ciudad. Entramos al Rastro Municipal y el espectáculo para mí fue impresionante. Dejé de comer carne por algún tiempo.

El suelo estaba formado por una gruesa capa de grasa y sangre vieja compactada que lo hacía resbaloso. Volaban innumerables moscas hasta pequeña altura, porque ahítas de sangre y sebo no podían alcanzar un vuelo normal. Había trabajadores adultos y unos quince púberes y jovencillos, quizá fuera de la Ley Federal de Trabajo (dieciséis años). Hacia la izquierda un niño como de doce años, subido en un banco, trataba de darle la puntilla a un animal; éste mugía dolorosamente a cada puñaladita. Yo conté doce quejidos antes que el animal cayera. La techumbre estaba curiosamente adornada, porque cuando destazaban a los cerdos les cortaban el falo y los niños lo disparaban como resortera al techo; ahí quedaba pegado, era una infinidad grotesca como fleco. Y éste lucía su lúgubre adorno, producto del juego erótico de aquellos niños-adultos.

Se investigó con un estudio social la situación de los menores. Casi todos eran hijos de los mismos matanceros y los padres querían que sus hijos siguieran el mismo oficio. De acuerdo, pero en otra forma.

El presidente municipal recorrió algunas capitales de la República y del sur de los Estados Unidos y trajo lo que después se transformó en un preproyecto para edificar la Procesadora Municipal de Carne. La matanza en el suelo fue erradicada.

La Procesadora surgió con los mejores adelantos tecnológicos del momento: el animal que iba a ser sacrificado entraba en un baño especial, de allí hasta un sitio donde se le aplicaba un toque eléctrico en la frente que le quitaba el conocimiento y la vida. Así, sin sufrir, enjaulado y elevado con un garfio hasta una altura determinada, con sierra eléctrica era destazado en dos mitades simétricas. A las moscas se les *prohibió* la entrada por medio de mosquiteros eficientes.

Otro caso. Bien entrada la noche en un día luego de labores, estando en mi despacho trabajando, oí grandes lloros de niño. Yo trabajaba siempre con los balcones abiertos a la calle para recibir el oxígeno colimense y no el horrible aire acondicionado, para impregnarme del clima de Colima, donde algunas veces en las mañanas, sin pedir audiencia, llegaron a entrar pajarillos enamorados y una que otra mariposa, que volaban de un candil a otro como inusitados visitantes.

Pues bien, esa noche me asomé al balcón y vi que en el portal de la contraesquina una mujer iba golpeando en la cabeza a un niño que se quejaba a cada impacto. Desde el balcón le grité a la guardia ordenando que detuvieran a la mujer y que juntamente con el niño subieran a donde yo estaba. Así lo hicieron.

Era una mujer ruda de escasos modales quien entraba en la oficina con el lloroso niño. Alegaba con los guardias. Frente a mí se contuvo algo preguntando por qué se le detenía. Le pedí una explicación de por qué le pegaba al niño. Contestó:

-Porque este canijo es muy desobediente.

Le pregunté que por qué le pegaba en la cabeza y contestó que porque era donde más gritaba. Le interrogué si sabía el daño que podía ocasionarle con los golpes en la cabeza. Movi6 negativamente la suya y se quedó pensando; después le dije que esa vez no le pasaría nada pero que a la próxima llegaría a la cárcel y tendría que pagar una multa, porque a golpes no se educaba y que los hijos no eran tanto propiedad de uno, como se creía. Que habría una serie de pláticas en el DIF y en la USI (Unidad de Servicios Infantiles) para que ella fuera allí y oyera cómo se les quitaba a los niños lo desobediente y supiera qué daños les ocasionan los golpes en la cabeza.

No sé si me entendió pero de ahí vino la modificación y promulgación de la Ley para evitar que los niños sean objeto de actos de crueldad y malos tratos por parte de los padres o familiares. En esta misma ley se establece la obligación de no explotarlos en el trabajo y la prohibición de que laboren en sitios inadecuados o peligrosos, recordando a aquellos pequeños matanceritos que se deforman como puntilleros de mal tino haciéndose crueles desde los primeros años de vida.

No cabe duda, si me examino profundamente, en la decisión de diversos actos de gobierno fueron los niños mi *leitmotiv*. Los niños solos. Los niños abandonados. Los niños infractores. Los niños enfermos. Los niños golpeados. Los niños violados. Porque ahora veo, a la distancia de muchísimos años, en esa suave perspectiva nostálgica que da mi tercera edad, mi lejana infancia, mi dura infancia, la que precisamente por su rudeza me dio resistencia y carácter. Soy dura y lo seguiré siendo hasta el último día. Pero no es este camino áspero, a veces despiadado, el que yo recomendaría para forjar el temple.

XXXI

¿Y LAS MUJERES?

TRABAJAR para los niños y por los niños, construir en cada municipio espacios deportivos como en Minatitlán, Cuahtémoc, Coquimatlán, Comala, Villa de Álvarez e Ixtlahuacán o en comunidades más pequeñas como Quesería, Cerro de Ortega, Cofradía de Juárez, Madrid y Chiapa-Ocotillo; buscar su salud física y mental, corregir sus pequeñas o graves infracciones, insistir en su mejoría educativa, apoyarlos en su abandono o su orfandad, fueron acciones importantes de mi gobierno.

¿Y las mujeres? ¿Cómo eran cuando llegué a coordinar sus esfuerzos? Quizá iguales a las del resto de la República o a las del resto del globo terráqueo.

Capítulos atrás en estas *Memorias* he escrito sobre mi equipo femenino de trabajo, pero ahora consigno mis impresiones de cómo era la situación de la mujer en términos generales al principio de 1980.

En materia política, con un gran avance. Único Estado del país que ha llegado a tener cuatro senadoras. En orden cronológico: Aurora Rubalcava, Griselda Álvarez, Socorro Díaz y Graciela Larios. También diputadas, presidentas municipales, regidoras.

Pero había prejuicios hondos y arraigados que metían sus fundamentos –si existían éstos– en la profundidad de generaciones pasadas.

Era imprescindible cambiar o fortalecer su forma de actuar. Ante la exposición de sus problemas, nunca las dejé llorar. Siempre les repetí: “En los problemas no se llora, se piensa”. Evitar el manipuleo que se hace mediante lágrimas.

Se necesitaba un marco íntegro de protección jurídica, asistencial y social para la mujer, para que se revalorara a sí misma garantizando su igualdad en forma absoluta.

Una sociedad más sana y más justa respecto a la mujer. Imbuir en ésta la certeza de que tenía como ser humano esa gran importancia que le arrebataron muchos siglos de sometimiento. Igualdad, perfecta igualdad ante la Ley, ante la norma.

Derecho a estudiar. En la secular y famosa por su buen nivel académico Escuela Normal encontré una aberrante situación en contra de la mujer. Existía la disposición decimonónica de no permitir cursar estudios a mujeres casadas o madres solteras. Tuvimos reuniones con los concejales para que explicaran el porqué de la discriminación. Hubo aclaraciones que llegaron hasta lo chusco. Por nuestra parte apoyamos la idea de que la madre soltera es la más necesitada de estudios y cultura, porque a veces, ante el rechazo familiar, puede tomar un camino inadecuado, pero si tiene una base profesional de estudios firmes, logra un futuro digno. La casada puede tener la mala fortuna de quedar viuda o ser abandonada; con título será distinto el porvenir para sostener a su familia.

En los últimos años de mi gobierno tuve la satisfacción de entregar títulos a quienes, habiendo contraído matrimonio durante la carrera, se presentaban con avanzado embarazo a recibir el título sin rubores añejos, fuera ya de aquella disposición absurda que se atrevía a dictaminar sobre el estado civil de la mujer impidiendo su preparación honesta.

Desde 1980, como parte de las funciones asignadas al DIF, el gobierno del Estado extendió un programa en las zonas rurales y suburbanas para dar alimentación complementaria a mujeres embarazadas o en estado de lactancia, y reforzar con proteínas y vitaminas su nutrición y la del hijo.

Fuimos más allá. A las mujeres que, estando embarazadas, tuvieron la desgracia de cometer un delito, por medio de una modificación a la Ley el 3 de agosto de 1983, se les concedió el arresto domiciliario para empezar a purgar su condena en la cárcel, según el caso, tres meses después del parto. De esta manera, en Colima nadie nace en prisión ni lleva el estigma involuntario.

Era necesario por muchos motivos abrir fuentes de trabajo para las mujeres, por ejemplo, cuarenta y tres Unidades Agrícolas para la Mujer, obteniendo créditos bancarios que amortizaron con puntualidad. Ahora (1991) hay 87. También se fomentaron varias cooperativas pesqueras, donde demostraron poder pescar con “cuchara” a pesar de sus “femeninas fuerzas”. Trabajaron con ganado menor y obtuvieron ganancias directas en el campo.

Las tres policías les fueron abiertas, previas alocuciones a sus compañeros de trabajo sobre el respeto, el compañerismo, la cortesía.

La judicial, la preventiva y la de tránsito recibieron compañeras que aprobaron el curso de entrenamiento, incluso clases de tiro.

Y por las dudas, tomaron las jóvenes mujeres clases de *moo du kwan* o karate, para reforzar su respetabilidad. Alguna vez tuvieron necesidad de lucir sus conocimientos con buenos y aleccionantes resultados.

Se fundó un Centro de Apoyo a la Mujer Golpeada. La idea generadora partió de Carmen Nava y también de Glenda Torres. Mujeres de amplia decisión, de lucha decidida, de conciencia lúcida respecto a la situación de la mujer. Feministas centradas, de talante contenido que sabían qué querían en beneficio de las demás. Habían formado un grupo y tenían un programa concreto.

Sabemos que las mujeres han avanzado en todos los órdenes, que su movimiento de progreso es ya irreversible, que están deseosas de tener una instrucción superior, un reconocimiento ante la sociedad. Pero no sabemos qué sucede intramuros, dentro de las paredes de la casa, cuando la mujer se cansa de la vejación, cuando trata de hacer valer sus derechos, cuando el razonamiento es acallado con la fuerza bruta del golpe.

Hasta que tuve la evidencia.

Algún día vi con profundo disgusto hematomas no en brazos o cara de una mujer, sino en el vientre, en el vientre embarazado, con el consiguiente peligro para el producto y la madre.

Aquí quiero hacer una necesaria aclaración. *No es que el colimense sea golpeador*. Que quede bien manifiesto, es que en el planeta Tierra, el hombre es golpeador. ¿De dónde viene esta situación? ¿Desde la cueva se emplea el puñetazo como final de un diálogo cuando se pierde la controversia?

Un estudio nos dio la sorpresa: hay un país, cuyo nombre omito porque le profeso admiración y respeto por su ciencia y manifestaciones artísticas, que arroja los más altos números en denuncias de mujeres golpeadas.

¿Por qué?

El Centro de Apoyo surgió con un universo de asistencia médica, psicológica y jurídica. Se presentaron las primeras valientes, las que se arriesgaban a una segunda paliza, más fuerte. Las de los sectores más humildes, las de total indefensión, las de completo desamparo, aquellas que hartas de su forma de vida exponían el todo por el todo.

Siembre se buscó el camino conciliador: llamar al compañero. “¿Por qué le pegas?” “¿Verdad que es insoportable tu vieja?” “¿Y si se te pasa la mano y la matas?” “¿Y si ella busca un familiar y te empareja cuando estés dormido?”

Llovieron las denuncias. Sé que es un éxito hasta la fecha y que ese grupo de mujeres excepcionales sigue trabajando por la comunidad con mejor edificio, con servicios médicos, psiquiátricos, trabajadoras sociales, abogados, revelando la importancia de su función asistencial.

Cuando se construyeron los edificios que integran el núcleo de la Casa de la Cultura, traté de desarrollar algunas artesanías, donde las mujeres descubrieran sus habilidades manuales en algo que fuera más lejos que las consabidas y predestinadas desde el principio del mundo: corte y confección, cocina y repostería. Entonces tratamos de despertar algunas destrezas del siglo XIX, como enconchado, pintura sobre porcelana, marquetería, aprovechando la variedad de maderas de la zona, vitrales, esmaltes, etc. Para el vitral que adorna el Palacio de Justicia se promovió un concurso en la clase correspondiente. El primer lugar lo obtuvieron dos señoras compañeras de artesanía: una de la alta sociedad colimense y otra que trabajaba en una tortillería. El patrón de esta última concedió horario especial para el aprendizaje y construcción del vitral. Maravilloso pueblo nuestro que da estos modelos: manos que lo mismo manejan el nixtamal en la fabricación humilde de tortillas; manos que combinan colores, vidrios y plomo y plasman un vitral con arte donde esplenden tres letras que marcan el destino de un pueblo: LEX.

XXXII

PRINCIPALES CONTRUCCIONES

ESTAS tres letras: LEX, traté de que quedaran imbuidas en mis colaboradores, no sólo para el trato igualitario a las mujeres, sino también para todo ser humano.

Fueron variadas las acciones. Reformas al Código de Procedimientos Penales para proteger a los ancianos hombres y mujeres mayores de setenta y cinco años de edad; si por desgracia llegan a transgredir la Ley, cumplen su sentencia en arresto domiciliario o en sitios adecuados a su edad y condiciones físicas, por decreto del 3 de Agosto de 1985. Se creó el Comité Estatal de Seguridad Pública para elaborar los programas de prevención de delitos el 1º de diciembre de 1984. Se formó la Procuraduría para la Defensa del menor y la Familia. Las reformas al Código Penal fueron aprobadas por el Congreso del Estado el 5 de diciembre de 1981 con penas máximas para los delitos de orden sexual. La Ley Estatal de Responsabilidades de los Funcionarios Públicos entró en vigor el 8 de diciembre de 1984, tan importante en el sostenimiento de la honestidad en la administración pública.

Se promulgó además una nueva Ley Orgánica del Ministerio Público para sustituir la que ya existía que era anacrónica, a efecto de regularizar funciones de la Procuraduría de Justicia, para ampliar su capacidad de investigación en defensa de la sociedad y con una orientación más humana y social.

Con la nueva organización se crearon, además de la Dirección de Averiguaciones Previas, cuya instauración era urgente, la Central de Procesos, la Dirección de Servicios Periciales, la Dirección de Servicio Social, el Centro de Capacitación para las Fuerzas de Seguridad Pública y, como ya se ha escrito, el Servicio Médico Forense y la asesoría gratuita al público. Se crearon Defensorías de Oficio adscritas a los Juzgados Civiles y Familiares en Tecomán y Manzanillo y el Mixto en Armería. Cerrados los caminos a posibles injusticias, se fortaleció la Procuraduría, ya que el procurador de Justicia del estado preside por decreto el Comité Estatal de Seguridad Pública.

Quiero, en estas *Memorias*, recordar las principales construccio-

nes que se realizaron en los seis años de gobierno, como constancia de que el pueblo de Colima trabajó con sus impuestos cubriendo requerimientos en la entidad, algunos apremiantes, como agua potable en todo el Estado, como el acueducto (cuarenta y seis kilómetros) de Armería a Manzanillo para asegurar el abastecimiento de agua por años a tan importante puerto, y otras obras que mejoraron la vida ciudadana y el urbanismo de las ciudades colimenses que siguen existiendo a escala humana y sin problemas de tránsito o de *smog*.

Simultáneamente a obras prioritarias como las relacionadas con el agua potable, la primera construcción para fomentar la convivencia familiar y la recreación sana del pueblo fue el Casino de la Feria en terrenos de la misma. Por supuesto fue criticada su capacidad, sobre todo por quienes no miden el futuro: una población en crecimiento demográfico fuerte, casino para cuando mil doscientas personas, que en espectáculos artísticos de gente notable ha llegado a su saturación. Entonces costó cuarenta millones de pesos. Hoy, una sola de las catorce traveses de acero que sostienen la inmensa techumbre cuesta esa cantidad.

Para sostener y aumentar la afición a la charrería, se construyó un lienzo charro en terrenos de la Feria; ésta tiene carácter regional y atrae una fuerte corriente económica al Estado.

El presidente de la República realizó la inauguración. Las jóvenes damas de Colima formaron una “escaramuza” donde por mucho tiempo lucieron su valentía y donaire al dominar el arte de una de las más puras tradiciones nacionales.

Se edificó un estacionamiento de seis niveles en el centro de la ciudad, pese a ser zona sísmica número tres, sabiendo que la ciudad de México es de igual “sismicidad” con edificios de cuarenta y siete pisos, como la Torre de Pemex, que tiene cinco pisos subterráneos para estacionamiento y dos mezzanine. Con el objeto de prever dificultades, en primer término fue la construcción, luego durante cuatro meses la ocupación se concedió gratuitamente para acostumar al usuario, y enseguida vino la prohibición de estacionar en el primer cuadro. Una calle peatonal colindante le dio mejor aspecto.

Por las orillas de Colima se satisfizo una necesidad urgente: el paso del cruce del ferrocarril con un largo puente. Por una parte, este cruce representaba obstáculo serio para el tránsito y,

por otra, la más importante, era un verdadero peligro para la vida humana, como suelen serlo todos los cruceros de trenes que están dentro de las ciudades.

Los cuatro edificios de la Casa de Cultura aumentaron la belleza de la calzada Galván. Ellos son el Museo de las Culturas de Occidente, la Biblioteca General del Estado, la Casa de la Cultura propiamente dicha, adecuada para exposiciones permanentes de pintura y con auditorio de más de ochocientas butacas; también el edificio de talleres de gran belleza interior, equipado totalmente para la enseñanza de las artes y las artesanías.

Otro edificio fue el destinado a la Dirección de Obras Públicas que representaba una necesidad perentoria.

Y, por supuesto, áreas verdes, como el jardín de la Corregidora y el Parque Regional Metropolitano, donde cuando era secretario de Programación y Presupuesto el actual presidente de la República, licenciado Carlos Salinas de Gortari, me invitó a consolidar la propiedad, ya que eran varias huertas de distintos dueños, para después desarrollar el proyecto que le exponía en sus distintas etapas.

Este parque de veintitrés y media hectáreas urbanas, con lago artificial, embarcadero, alberca con olas, tobogán gigante y muchos etcéteras más, lleva mi nombre (puesto en 1991) y este inmerecido homenaje en vida me causa cierto rubor, aunque usted no lo crea.

Quiero señalar también los edificios correspondientes a la USI, Unidad de Servicios Infantiles, construcciones que forman calle y en donde la futura generación, de tres meses a dieciocho años, se atiende, orienta, instruye y fortalece con programas bien pensados, entre otros aquellos que pueden destruir ¡por fin! el odioso machismo.

Las obras construidas por la Federación merecen renglones aparte. Generalmente son obras cuantiosas que no se terminan en un sexenio, pero que casi siempre se llevan a efecto por intenciones paralelas del presidente de la República en turno, deseoso de continuar el proyecto de nación que nos hemos propuesto y el gobierno del Estado que gestiona, insiste y logra.

Tal fue la hermosa carretera Colima-Manzanillo y el aeropuerto de la ciudad de Colima.

En 1980 se empezó a reflexionar sobre la necesidad de una autopista que terminara con el peligro que representaba diariamente,

sobre todo el tramo de La Salada, de angostas dimensiones, escabrosa, profunda barranca con varios accidentes en su historial.

Además, de conseguirse el presupuesto y la decisión presidencial, esta supercarretera, al lograrse, vendría desde Guadalajara y fomentaría desarrollo para el comercio, el turismo y la mayor apertura internacional hacia el oriente por el puerto de Manzanillo.

Algún día, en el Salón Azul de Palacio, hubo el importante concurso para el inicio de la autopista, jefaturado por el subsecretario de Comunicaciones, ingeniero Rodolfo Félix Valdés.

La otra obra federal de gran resonancia fue el aeropuerto de la ciudad de Colima. Si al gobierno federal le costó muchos millones de pesos, para algunos habitantes fue de gran experiencia, entre ellos a su servidora.

Muchos años atrás, en comida familiar, cuando éramos numerosos y yo una púber, el dedo flamígero de una de mis parientas más ancianas me señaló: “¡Cuidado con Griselda! Es capaz de matar a un búfalo a pellizcos”.

Sutil manera de llamarme necia. Yo me encargué de confirmarlo.

En Colima, sin infraestructura, no habría desarrollo. En Colima, sin desarrollo, no habría infraestructura. Teníamos que romper el círculo vicioso, de alguna manera, por ejemplo aumentando las vías de comunicación no sólo terrestres sino aéreas, ya que estas últimas son más favorecidas por empresarios que emplean su tiempo con rapidez.

Un aeropuerto para la capital. Ya había en Manzanillo el “Playa de Oro”. Pero éste era más utilizado para turismo que para otro desarrollo, porque estando situado en el suroeste y lindando con Jalisco, abastecía de paseantes las playas de Tenacatita, Careyes, Club Mediterráneo y demás costas jaliscienses. Para ir a la capital de Colima se empleaba un largo recorrido por carretera angosta.

Solicité audiencia con el secretario de Comunicaciones, ingeniero Emilio Múgica Montoya, de quien dependía la decisión previo acuerdo con el presidente José López Portillo.

Me recibió amable, sonriente, caballeroso, y me explicó la poca costeabilidad de la gran mayoría de aeropuertos. Racionalizar el uso. Esto, en media hora. Gran explicación, gran negativa.

Algún tiempo después, pedí nueva audiencia. Se me concedió. Esta vez conocí la historia de los primeros aeropuertos mexicanos. ¡Qué maravilla! Pero se reforzó su negativa.

Siguieron más audiencias. Admiré su especial inteligencia, porque fueron ocho negativas con distintos argumentos y la misma cortesía, amabilidad y paciencia ante mi “constancia”, con ocho medias horas en total y ocho tazas de excelente café.

El arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, entonces titular de la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas (SAHOP), me informó que él construía los aeropuertos cuando Comunicaciones aprobaba la iniciativa de construcción. Había que esperar.

Y pasó el tiempo.

XXXIII

RELACIONES POLÍTICAS

Y PASÓ el tiempo.

Una mañana sonó la red principal. De la Secretaría de Gobernación vino el informe escueto.

-Será por Colima.

Mi comentario fue más lacónico. Es lo acostumbrado al hablar por la red y, en términos generales, al hablar por teléfono, porque los famosos “pájaros en el alambre” incurren en las líneas más insospechadas.

¡Miguel de la Madrid Hurtado!!

Pero la alegre esperada formidable noticia tenía que difundirse en unos cuantos momentos para salir al Distrito Federal con los principales funcionarios de mi gobierno y avisar al representante en la capital, el excelente colaborador Francisco Gallardo Ochoa, para que a su vez reuniera en las puertas de Palacio a tales y cuales horas a los colimenses radicados en la ciudad de México.

Teníamos que ser el primer grupo en la felicitación. Y así fue gracias al diligente licenciado Eduardo Pesqueira. En la fachada del Departamento del Distrito Federal nos permitieron colocar enorme manta que rezaba: “*¡Colima está presente!*”, y un mariachi de los buenos adentro de Palacio entonaba con fuerza: *Camino Real de Colima*. La provincia, esa fuerza que se presenta cuando lo marca una causa clara, demostraba su entusiasmo.

En un corredor del Palacio Nacional, que ya estaba lleno de gente, dimos nuestra enhorabuena. En foto de gran recuerdo estamos reunidos en Palacio; se puede observar en ella al actual (1991) gobernador de Colima, licenciado Carlos de la Madrid, quien era ya un probado-honesto-eficiente colaborador secretario general de Gobierno, al tesorero general de Colima, Guillermo Saucedo, insustituible, al famoso “plateado” Enrique Salazar Abaroa, de fuerte personalidad, aparte de esa generación de colimenses excepcionales, aleados y aliados con funcionarios federales de la talla del licenciado Emilio Gamboa Patrón. Hablé de pasar la estafeta a la siguiente generación y fue

Jesús Orozco Alfaro quien leyó nuestro parabién. Jesús, destacado desde estudiante, hizo su doctorado en economía con beca bien ganada en París, en la Sorbona, obteniendo el primer lugar en su grupo, conteniendo con franceses y dominando a la perfección su idioma. Actualmente (1991) es presidente municipal de Colima y forma parte de los cuadros intermedios de jóvenes que nos propusimos formar para bien de Colima.

La diosa Fortuna le sonreía a ese pujante Estado. Y por supuesto a su servidora.

¿Insistimos en el aeropuerto de Colima? Insistimos.

Siguieron mis peticiones de audiencia. Ya no fueron tantas. Dos personajes, Daniel Díaz y Díaz y Rodolfo Félix Valdés, contribuyeron al buen éxito. Si en 1980 la SAHOP construía y comunicaciones daba la decisión, ahora, el presidente Miguel de la Madrid, en su coyuntura, unificaba las dos secretarías con un solo mando. Y a este mando dio la orden (¡gracias, señor Presidente!) de empezar a analizar el sitio donde debería ser construido: aires reinantes, extensión de un valle, cerros, colinas y barrancas colindantes, en fin, la sutileza de la orografía que presenta obstáculos, la naturaleza en lucha con el hombre hasta que éste la domina con su audacia y técnica. No es fácil. No siempre triunfa el ser humano. La niebla estacionada por semanas en el aeropuerto de Tuxtla Gutiérrez, Chis., es testimonio de lo que *no* se debe hacer.

Se estudiaron siete lugares y de ellos el que presentó mejores condiciones fue el ejido de Buenavista. De inmediato invité a una “birria” a los ejidatarios del lugar. Ricardo Galindo era el comisario ejidal. Líder natural, hoy es presidente municipal electo en Cuauh-témoc.

Seleccionamos un frondoso huizilacate en pleno campo y en improvisada mesa de troncos de madera fue nuestra primera comida. Micrófono portátil, ánimo resuelto, voz fuerte, anuncié la terrible noticia:

-Escuchen, oigan –dije de repente y, haciendo larga pausa, añadí-: ¡ahí viene el progreso”.

Silencio total. Hasta parecía que los mismos pajarillos del huizilacate concedieran tregua en su algarabía. La suave brisa jugaba con los negros cabellos de mis comensales. La paz solemne del campo.

Pero... se miraban a los ojos unos a otros mientras yo repetía con voz más fuerte:

-¡Oigan bien, se oyen sus pisadas! ¡Ahí viene el progreso!

(¿Qué se traerá la Gober?...)

-Y vamos a tener que recibirlo, no queda otro remedio. Y lo vamos a recibir por las buenas, porque es para bien de todos. Algunos de ustedes no van a tener ese beneficio luego luego, porque las cosas van a cambiar. Pero, repito, el beneficio será para todos con el tiempo. Antes de que protesten, antes de hablar, vamos a pensar mucho y luego vamos a las preguntas, todas las que quieran y hasta donde podamos contestarlas. Oigan bien –repetí-, aquí, *en este lugar*, casi casi donde estamos sentados, se va a hacer un aeropuerto y éste se va a llevar como doscientas ochenta hectáreas de sus tierras...

La noticia provocó una acción paralizante. Le había dicho al comisario ejidal minutos antes que les hablaría yo a mi modo, que guardara él discreción por momentos, porque un amparo que hubiera, *uno solo*, daría al traste con el proyecto o retrasaría la obra quizá por tiempo indefinido.

El más rápido de pensamiento reaccionó gritando:

-¿Aeropuerto? ... ¿Para quién?

Y se desgranaron las explicaciones. Y vinieron las réplicas. Y la comida se alargó: “birria” con polémica ardiente escasa en apetito. Campesinos que avocindados por generaciones adoraban su tierra, que no hallaban la respuesta, a los que la palabra *progreso* les caía como el mayor insulto, mientras en mi vocabulario (ipobre maestra de lingüística!) no encontraba la fórmula convincente para aquellos recios hombres de piel tostada, de manos rasposas que sólo conocían la coa, el machete, el guango, el talache de dos picos, la pala, el azadón, el rastrillo, la guadaña, únicos instrumentos para ganarse la vida.

Hicimos compromiso para otra “birria”. Fueron varias. “El búfalo a pellizcos”.

Fértiles tierras de labor, algunas sembradas de arroz, de caña, donde también la Secretaría de Agricultura tendría que dar su permiso para destrozarse parcelas en plena siembra. Había dos pequeños propietarios afectados por el cambio.

Me comprometí. Fui ganando la voluntad de esos hombres modelo de nobleza. Más de uno perdería totalmente su parcela. Me

comprometí a que las indemnizaciones se les darían antes de tres meses. Habría un curso especial de enseñanza para invertir bien el dinero de la reparación.

Se les prometió que los empleos que generara el aeropuerto, con excepción de los técnicos (ejemplo, torre de control), serían para ellos o para sus hijos: asistente de rampa, acomodador de aviones que maneja las paletas, encargado del arranque de turbinas, o sea quien ordena despejar el sitio lejos de la succión, tractorista de equipaje, limpiador de baños y de basura dentro del avión en cada vuelo, maletero. Y antes de que rondara algún acaparador de transportes, conseguirles crédito bancario y formar cooperativa para el traslado en *combis* de pasajeros y carga.

¿El paternalismo de que tanto se ha hablado? ¿Mi maternalismo? Yo lo justifico. En realidad, de 1910 a la fecha ¿hemos cumplido cabalmente con la masa campesina? ¿Cómo está el porcentaje de analfabetos del campo? ¿Cómo el otro lacerante porcentaje, el de los hombres que abandonan familia y patria porque no encuentran en su parcela la salida? ¿Cómo han sido manejados o esquilados para que les llegue dentro del ciclo agrícola la semilla mejorada, el fertilizante, el crédito, el fumigante, el seguro, hasta “conseguir” la cartera vencida?

En la última “birria” ellos invitaron. Las relaciones políticas cordiales, afectuosas; convencidos o resignados confiaban en mi palabra y aceptaban “el progreso”.

Un mediodía delicioso, porque el municipio de Cuauhtémoc tiene buen clima, se sirvió la última comida y se esmeraron en ella. Al huizilacate acudían más pájaros que nunca porque este árbol da unas frutillas agradables a las aves en determinada época. Mi plato ya estaba servido cuando la mala casualidad hizo coincidir el malestar intestinal de un pajarillo glotón con mi “birria”. Nadie notó el extraño aderezo. Sabido es que los campesinos toman como desaire imperdonable el rechazo de su convite. Me acordé en ese momento que el aeropuerto de Los Mochis, Sin., había sido cambiado de sitio por unos amparos interpuestos por los afectados y se había retrasado su construcción.

Era el turno de mi sacrificio. Haciendo a una orilla del plato el producto de la indigestión del ave canora, me acabé mi “birria”.

Todo sea por “el progreso”.

XXXIV

Mis relaciones políticas con el pueblo fueron no sólo accesibles sino lindantes con el afecto. Procuré atender, hasta donde fue posible, a todo aquel que pidió audiencia.

Los peticionarios casi siempre guardan un mismo estilo, como si se pusieran de acuerdo entre sí; este estilo se divide en tres etapas. La primera es climatológica: ha llovido mucho o el calor es fuerte o se están retrasando las lluvias o en tal rumbo los rayos mataron a dos bestias; la segunda etapa es agresivamente elogiosa: desde que yo gobierno ha habido buenos temporales, qué casualidad, el color de mis ojos es cambiante, todos los habitantes están contentos, no es como antes, también todos observan que mi principal cualidad es ser muy humana, sé ayudar al que pide, etc., y muchísimos etcéteras más que se repiten seis años casi todos los días. Tercera etapa: aterrizamos en la petición propiamente dicha. O sea, que la solicitud se acompaña de un aura, de un airecillo de timidez en el ciudadano más seguro de sí mismo. Nadie llega con la petición “a boca de jarro”. A veces las dos primeras etapas se alargan terriblemente en contra del tiempo gubernamental. Sólo queda la paciencia.

En contados casos, contadísimos, cuando ya se sabe que el solicitante es repetitivo y que es imposible atender su demanda, conviene recibirlo de pie, enlazarlo de un brazo y si el salón del despacho es grande, como casi siempre lo es, dar pequeños paseos de ida y vuelta caminando hacia la puerta de salida, siempre hacia la puerta, cada vez más corto el viaje, escuchando el caso con respeto y atención, hasta que, en una de esas vueltas, fijamos la parada frente a la puerta. Indefectiblemente, por un acto reflejo, el visitante pone la mano en la perilla de salida. Una palmada enérgica en el hombro y se desaparece. Hasta el próximo.

Mis relaciones con los partidos de oposición también fueron buenas en términos generales. En cumplimiento de la Ley de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales (LOPPE), algún día recibí de uno en uno a todos los líderes de los partidos contrarios. Al que más demandas y agresiones presentaba le preparé un plano de la capital y de las cabeceras municipales. Allí estaban señaladas con rojo las

bardas y paredes que correspondían a su partido para propaganda del voto. Le hice la educada advertencia de que el trabajo fuera hecho en pleno día, que mis policías no corretearían a sus compañeros de ideología como lo mandaba la LOPEE; que me encantaban sus intencionadas leyendas, como aquello de: “¡El corazón está a la izquierda!” y otras copiadas del 68 de estudiantes franceses: “Prohibido prohibir”. También que lo esperaba en la puerta de Palacio un camión con tantos más cuantos galones de pintura roja, un costal de brochas de cerda natural y tres pintores de horario completo, a sus órdenes. Que lo único que le pedía, perdonando mi petición como maestra que era, que se esmeraran en la ortografía porque en eso era yo muy delicada y no quería conflictos de partido... Ni de Academia.

Éste fue el tenor de mis relaciones. No es que minimizara la importancia de la oposición, es que la oposición estaba empuñada y yo no debía darle fuerza.

Jamás se quebrantó el orden. Jamás fueron reprimidos, como le consta al pueblo.

¿Y cómo me llevé políticamente con mis compañeros gobernadores?

A excepción de tres o cuatro que fueron y que son mis amigos y uno de ellos mi querido compadre, Flavio Romero de Velasco, de Jalisco, los demás se manifestaron fríos y corteses casi siempre.

Casi siempre.

Y va la anécdota. Resulta que la República se reunía. En una de estas reuniones, la IV en Hermosillo, Son. (regreso el tiempo como es mi costumbre en estas *Memorias*), tuve el altísimo honor de ser designada para hablar en nombre de los gobernadores. Fue el 5 de febrero de 1981. Me preparé con el mayor empeño porque la ocasión era una sola. Colima tenía que quedar bien. Las mujeres teníamos que quedar bien.

En gran escenario, los ejecutivos del país, encabezados por el presidente de la República. Los tres poderes. El gobernador del Estado de Sonora, doctor Samuel Ocaña, como anfitrión y su bella esposa. Distinguido el público.

Hablé. Creo que pasé la prueba. La gente aplaudió a satisfacción de mi ego. Mis compañeros gobernadores palmearon discretamente. Hubo un receso y abandonando nuestros asientos se formaron

varios grupos. Me acerqué a uno de ellos, compuesto como por seis gobernadores. Quizá dentro de mi vanidad esperaba un comentario, uno solo, un “estuviste bien, Griselda”, como estímulo o cortesía. Estábamos en el centro del círculo del gran recinto y uno a uno los gobernadores fueron abandonando mi grupo. Quedábamos únicamente un mandatario y yo, cuando él explicó: “¿Me perdonas, Griselda? Voy al baño”. Quedé sola en el centro del gran recinto de la Casa de la Cultura, Había ya poco público.

Quedé sola. Sola pero no desconcertada. Desde tiempo atrás esperaba esto. Había osado entrar y pisar su terreno, estaba en su nivel en su categoría ejecutiva: *una mujer* por primera vez. A ellos, digan lo que dijeren, les costaba trabajo el reconocimiento. Las candilejas que me habían enfocado en detrimento de alguna oportunidad masculina y su rechazo hacia mí había sido palpable. Yo podría sostener “una conversación hombruna”: la significación de estas reuniones de la República dentro de la unidad nacional, las consecuencias del lejano Tratado de Yalta y sus repercusiones a través de los años, la baja de los precios de garantía en los productos básicos y su derivación en el abasto. No. No era eso. Era algo más profundo, colectivo, angustiosamente genético, de lo que pocos hombres pueden desprenderse no obstante sus altos cargos y a veces sus borlas académicas. La mujer ¿sinceramente creen que es inferior?

¿Así fueron todas mis relaciones políticas? De ninguna manera. Los comandantes de Colima, tanto militar como naval, me reconocieron con un trato extraordinario. Uno de ellos, el general Rodolfo Cruz Pardo, activo, enérgico, gran caballista, mantuvo en paz el Estado y combatió el narcotráfico que entonces era incipiente en nuestra tierra.

De vez en vez, cuando ya había un volumen importante de marihuana acumulada (toneladas), en compañía de mis principales colaboradores, el comandante organizaba la quema. Al encendido era invitada la gobernadora, petróleo y antorcha, cuidando la dirección del aire reinante, para que no nos golpeará de frente. Siempre era de noche el procedimiento.

La gigantesca pira se consumía lentamente con gran chisporroteo. Yo advertía con curiosidad el riguroso silencio que guardaban los circunstantes soldados y civiles, mirando con fijeza el fuego,

algo de hipnosis, recortadas sus figuras por la oscuridad, como participantes de un rito legendario. La quema de los sueños.

En muchas otras ocasiones, el general Cruz Pardo disponía una magnífica demostración ecuestre dedicada al Poder Ejecutivo, don de lucía sus habilidades y las de sus subordinados. Los obstáculos eran salvados con gallardía en exhibición de apostura, mostrando el dominio de la equitación no sólo como deporte, sino por estar en forma para cualquier eventualidad.

En la “Noche del Grito”, durante seis años, la compañía de los comandantes rubricó nuestras buenas relaciones. Me enseñaron a “recibir” la bandera, puesto que “se recibe” de manera especial, con movimientos rudos, categóricos. Y así se entrega.

La “Ceremonia del Grito” es impresionante e inolvidable.

En mi caso, era la primera gobernadora que salía al balcón central de un palacio de gobierno. Mis acompañantes también estaban haciendo historia, ellos eran los comandantes y mis dos nietos: Mónica y Miguel Ángel (hasta la muerte de él).

El Jardín de la Libertad, pletórico de un pueblo que esa noche “siente” su patria de manera distinta; la campana, tañerla al tiempo de ondear la bandera (difícil) y gritar con fuerza los nombres de nuestros héroes que “nos dieron patria y libertad”. (Claro que incluí a las heroínas. No más faltaba.)

En los salones y corredores de Palacio, los invitados que cupieran sin que el número rompiera la comodidad. Los balcones saturados. Los castillos, la cohetería, los puestos de “antojitos”, los de refrescos. La ley seca.

Quizá uno de los más emotivos y por supuesto inmerecidos homenajes que recibí lo debo al comandante naval almirante Luis Carlos Ruano Angulo, actualmente (1991) secretario de Marina.

Entonces era mi comandante. Impecable, cumplido, estricto. En un acuerdo que tuvimos en Palacio, me anticipó que, según el artículo 1293 de la ordenanza General de la Armada, estaban establecidos los honores y saludos para los gobernadores de los Estados. Esta Ordenanza tenía efectos desde el 1º de febrero de 1912 siendo presidente don Francisco I. Madero.

Marina autorizó el homenaje. Por primera vez en la historia, el 21 de abril de 1980 se rindieron honores a una mujer con diecisiete cañonazos, a bordo de los buques escolta Cuauhtémoc y Cuit-

láhuac, con bandera especial que indica “gobernador a bordo”. La marinería impecablemente vestida de blanco presentó su saludo. Las montañas que enmarcan la bahía respondieron con eco a cada detonación. El cielo claro, el mar azul profundo, tranquilo. En cambio, dentro de mí, como en oleadas, una emoción intensa, contenida ante la certidumbre: aquellos hombres recios e impetuosos, acostumbrados a la dureza del mar, a las vicisitudes, aceptaban la jerarquía de la mujer y la honraban. En mí, rubricado por las estampidas de los cañonazos, se rompía la desigualdad.

Vicealmirante C.G. DEMN Luis Carlos Ruano Angulo; Capitán de Navío C.G. DEMN Armando Espíndola Bernal; Capitán de Navío IMN Alfonso Vázquez Ramírez; Capitán de Navío IMN Gregorio Núñez Ehuan; Capitán de Navío C.G. DEMN Luis Zapata Espinoza; Capitán de Fragata C.G. DEMN Francisco J. Hurtaza Villegas; quiero dejar estos nombres entre otros para que no se me olviden.

Al final de mi gobierno, el homenaje de despedida fue con el almirante Carlos López Sotelo, íntegro hombre de la Armada, amigo incomparable, modelo de caballerosidad. La ceremonia, parecida a la primera, tuvo de valioso agregado la entrega de la bandera, que fue guardada por mi hijo. Conservo los cascos de las salvas: la primera y la última.

XXXV

QUIZÁ el mejor de los tiempos para hacer relaciones políticas con los altos mandos sea el tiempo de ser gobernador. Hay múltiples oportunidades, pretextos y necesidades verdaderas para tal empeño. Sea, en alguna ocasión, lograr una verdadera amistad, indispensable al hombre.

Tuve relaciones políticas antes de ser gobernadora, siendo gobernadora y, a la fecha, después de serlo.

Fue, en relación con la amistad política, la pregunta más incisiva que jamás me haya hecho un periodista: “¿Es cierto que usted fue gobernadora por la decisión de un amigo, el presidente de la República”?

Era el tiempo de la más alta satanización que hayamos tenido en nuestra historia.

Contesté con detalle y calma y es una respuesta que he repetido varias veces: “Al hacer esta pregunta se busca negar la intensa participación de las mujeres en la preparación de las siguientes”.

Llegué al gobierno de un Estado por la ayuda de muchísimas mujeres, de un ejército desconocido que me antecedió en el desempeño de la política. Al otorgársenos a las mujeres el voto por el presidente Adolfo Ruiz Cortines, se abrió la oportunidad para la primera regidora, la primera síndica, la primera presidenta municipal, la primera diputada local, la primera diputada federal y en orden ascendente las primeras senadoras. Una pléyade de mujeres que supieron cumplir con su encargo, que buscaron la oportunidad con tesón, que lucharon, como dijera Churchill, con sangre, sudor, lágrimas. Que dejaron un ejemplo. No estuve sola. Su recuerdo y su esfuerzo quedaron grabados en la memoria histórica de los ciudadanos votantes y ello contribuyó de alguna manera para abrirme el camino del triunfo. Así, me apoyé en ese válido antecedente.

Me ayudé como en la letra del gran poeta Machado: “Caminante, no hay camino; se hace camino al andar...”.

No había camino político para las mujeres. Lo hicimos al andar. (El 1º de diciembre de 1991, al tomar posesión, el nuevo ayuntamiento en el politizado Colima tiene diez regidores, de los cuales

cinco son mujeres; es decir, la mitad, la justa mitad.)

A la gubernatura de Colima, en segundo término, llegué por un currículum documentado que logré formar a través de mi larga vida. Creo no haber desperdiciado mi ciclo vital. La niñez y adolescencia fueron ráfagas más bien dolorosas. Desde la juventud trabajé con ahínco, estudié con obsesión. Tres títulos y algunos cursos fueron el resultado. Tuve una aleccionadora experiencia: llegar a mi Universidad algunas veces, no muchas, con el estómago vacío, no por falta de recursos sino por escasez de tiempo en horarios contrapuestos. Me divertí poco pero intensamente, porque la vida es un grandioso espectáculo y a veces tuve boleto de primera fila. Con lo que presencié, con lo que aprendí y aprehendí, formé mi equipaje para llegar a Colima. En cuanto a la amistad con el licenciado José López Portillo, Margarita, Licha, jamás la niego ni la negaré. Es una familia con grandes cualidades que serán reconocidas andando el tiempo, serenadas las pasiones, valorada la historia. Me honra su amistad. De Margarita escribo que fuimos compañeras en andanzas literarias. Algún día compartimos el premio "Sor Juana Inés de la Cruz". Concursamos sin ponernos de acuerdo con un tema macabro, Con el premio pagué la varilla de mi casa en construcción. Nuestra amistad inquebrantable, estimulante. Bianualmente el licenciado López Portillo me asesoró para formar el documento que México presentaba en la Conferencia Internacional de Bienestar Social en América, Europa o África. Yo era presidenta del capítulo mexicano. El licenciado López Portillo sabía cómo me funcionaba el cerebro, es decir, si era capaz de entusiasmo, de lealtad, de generar ideas sobre el desarrollo de una región o de un programa. ¿Contribuyó esto a que yo "llegara"? En las disposiciones de nuestro presidencialismo a menudo se presentan escollos. Ejemplo, toda proporción guardada: el general Lázaro Cárdenas tenía dispuesto algo para el general Francisco J. Mújica. No se pudo. El licenciado Miguel Alemán Valdés pensaba en *algo* para el licenciado Fernando Casas Alemán. No se pudo. Y así uno que otro caso más.

Conté con la simpatía presidencial. Eso sí.

Y, en tercer lugar, llegué al gobierno de un Estado por el sufragio de miles y miles de colimenses que se sumaron para dar el triunfo a mi partido con una ventaja manifiesta por encima de otros partidos, después de una campaña donde nos conocimos mutuamente con

sinceridad, con deseos de hacer entre todos un Colima mejor.

Por esas tres razones fui gobernadora de un Estado con características singulares.

Porque el colimense tiene un alto concepto de su dignidad. Si comete una falta en su trabajo o en sus estudios, está dispuesto a reconocerlo y corregirse, siempre y cuando se le llame la atención en privado y en forma comedida. De naturaleza tranquila, puede sin embargo cambiar su actitud al extremo contrario si el superior no mide sus palabras al reconvenirlo. En este caso, y cuando es ante testigos, puede convertirse en adversario peligroso y llegar a respuestas mortales.

El colimense es alegre, festivo, inclinado a reír y a hacer reír. Su ingenio es notable y la ironía de sus motes es famosa. Sabe criticar con gracia. Existió o existe todavía una banca en determinado jardín, donde a tales horas se ha reunido por años un grupo de inspirados humoristas. Es célebre la “banca del despelleje”, siendo admitidos solamente los que pasan prueba.

Es un pueblo con coeficiente intelectual muy alto en términos generales. Esto último lo atribuyo a que por lo favorable de su tierra y de su mar, la comida es abundante en proteínas desde el primer año de vida.

El colimense es noble de espíritu. Esta condición humana, esta distinción del ánimo destaca en algunas familias de manera ostensible.

Mis relaciones políticas con el presidente Miguel de la Madrid fueron excelentes. Nos conocimos varias generaciones atrás, si esto es posible decir. También fui su partidaria desde que descubrí en él, a través de sus diferentes desempeños administrativos, cualidades y forma de ser de primera magnitud. Sin embargo, a pesar de conocerlo, de tratarlo, siempre me ha parecido un hombre impenetrable, característica que lo hace ser buen político. No es posible saber fácilmente qué está pensando. Es amable, educado y culto. Ha sido el único presidente a quien tuteo, por supuesto no en público, gracias a su sencillez. En los tres años finales de mi mandato, su apoyo fue decisivo para continuar el desarrollo del Estado que se había iniciado en el sexenio del licenciado José López Portillo.

PLAN COLIMA

El 29 de abril de 1983, en Manzanillo, hubo una importante reunión, jamás lograda, como prolegómeno a la firma del gigantesco Plan Colima, cuyo coordinador general, Ricardo Raphael Escogido, habría de ser pieza clave para el arranque del verdadero desarrollo de un Estado.

Asistimos: ingeniero Rodolfo Félix Valdés, secretario de Comunicaciones y Transportes; licenciado Carlos Salinas de Gortari, secretario de Programación y Presupuesto; licenciada Griselda Álvarez Ponce de León, gobernadora del Estado de Colima; licenciado Marcelo Javelli Girard, secretario de la Sedue; ingeniero Luis Martínez Villcaña, secretario de la Reforma Agraria; licenciado Manuel Camacho Solís, subsecretario de la SPP; ingeniero Daniel Díaz y Díaz, subsecretario de la SCT; licenciado Pedro Dondé Escalante, subsecretario de la SECTUR; doctor Rogelio Montemayor Seguey, subsecretario de la SPP.; licenciado Elías Zamora Verduzco, presidente municipal de Manzanillo; señor Ricardo Raphael Escogido, coordinador general del Plan Colima; licenciado Salvador Robles Quintero, subsecretario de la Reforma Agraria; Cecilio Lepe Preciado, secretario general de los Estibadores; y otros funcionarios.

Fue el 25 de agosto de 1983 cuando se firmó el Plan Colima por el presidente de la República, licenciado Miguel de la Madrid.

Bien estructurado el Plan, proyectado a la alta escuela, habría de hacer crecer no sólo las esperanzas de un pueblo, sino el desarrollo de acciones definitivas, cuyo resultado se palpa en la actualidad.

A no dudarlo, fue Ricardo Raphael Escogido y su equipo el eje realizador de todos los movimientos.

XXXVI

TENEMOS en la Constitución Política el artículo 26, donde se establece que el Estado debe crear un sistema nacional de planeación democrática “que imprima solidez, dinamismo, permanencia y equidad al crecimiento de la economía [...] previa consulta popular en el sistema nacional de planeación democrática y los criterios para la formulación, instrumentación, control y evaluación del plan en los programas de desarrollo”. Este artículo de la Constitución, si lo analizamos aunque sea someramente, encierra la esencia de la verdadera democracia. “Prevía consulta popular” introduce criterios para formular planes de desarrollo. Habla de la palabra *equidad* para el “crecimiento de la economía”, es decir, igualdad, rectitud, justicia, imparcialidad y tantos otros vocablos equivalentes o análogos a esta palabra: equidad. Esta palabra que, si la aplicáramos en los hechos, disminuiría la sima profunda que hemos cavado, ilícito a ilícito, negocio a negocio, entre ricos y pobres para hacer más notables las diferencias.

Nuestro presidente en ese tiempo, licenciado Miguel de la Madrid Hurtado, aplicó el artículo 26 de la constitución con toda exactitud cuando el secretario de Programación y Presupuesto, licenciado Carlos Salinas de Gortari, dio a conocer el documento denominado “Plan Colima”.

Porque el Plan será el eje rector en el desarrollo del Estado, sentará bases decisivas en un crecimiento organizado y contribuirá políticamente, en forma lateral, al fortalecer la red de carreteras, a destruir los viejos cacicazgos que prosperaban en comunidades aisladas, entre otras muchísimas acciones.

Se basará en tres objetivos:

1. Mantener la fortaleza de la tradición republicana de las instituciones políticas y el grado de integración social, que han caracterizado la vida del Estado de Colima, consolidando así el proyecto nacional, el régimen democrático.
2. Establecer bases económicas duraderas que permitan un mayor dinamismo de la actividad económica general y sectorial en el Estado, evitando desequilibrios abruptos en su estructura económica y social.

3. Mejorar la calidad de la vida de todos los habitantes del Estado, con base en la defensa y creación de empleos permanentes y bien remunerados; cubrir las necesidades básicas de alimentación, salud, educación, vivienda, recreación y mayor cobertura de los servicios municipales.

El 4 de octubre de 1983, el licenciado Carlos Salinas de Gortari, secretario de Programación y Presupuesto, nombra como coordinador general a Ricardo Raphael Escogido.

Seré testigo ocular de sus logros, pero también promoveré y colaboraré en las acciones que a mí me competen.

Hermanados los presupuestos y las iniciativas de común acuerdo, mi gobierno ha de apoyarse en la extraordinaria actividad del coordinador general Ricardo Raphael, que favorecerá las gestiones previas mías en las que he insistido con apremio.

Porque yo era ecóloga sin saberlo y sin estudiarlo. En esos tiempos no se usaba como ahora pertinazmente la palabra ecología. Desde el principio del mundo los animales sirven al hombre, y su convivencia sustenta en parte la vida del planeta. A mí me impresionaba, me extasiaba la belleza de miles de aves que acudían al sitio llamado precisamente Estero de las Garzas, a orilla de la carretera. Venían del extranjero con sólo el instinto como brújula. Para Manzanillo eran algo así como turistas deseadas que engalanaban la vera de nuestro camino cada año.

Por otra parte, dentro de los programas aprobados, había que dragar el puerto interior de San Pedrito. En tiempo de secas, el estero se prestaba, incitaba al “negocio”, como convertirlo en fraccionamiento, ya que no había necesidad de mover volúmenes de tierra por ser planicie. Había un antecedente: varios años atrás otro estero había desaparecido con el disimulo del presidente municipal en turno, que había permitido el relleno del estero por las noches (cascajo y basura). Cercano a hoteles, con alta plusvalía, el “ex estero” se vendió por metro... y las autoridades municipales y ejidales celebraron el acontecimiento con gran armonía.

Ahora lo mismo podría pasar con el Estero de las Garzas.

Contraje enemistad con quien tenía ya intereses creados, pero ganamos la partida; de 1983 a 1985 se dragaron catorce millones de metros cúbicos hasta llegar a un calado de catorce metros. La enorme draga belga Vesalius, contratada para la ocasión, realizó el trabajo.

También se había pensado en depositar los desechos del dragado en el Estero de las Garzas para mayor comodidad y quizá economía. Nuevamente se luchó contra el propósito y se logró que la draga depositara, a través de tuberías, el fango y la arena a mar abierto, a nueve kilómetros de distancia, para “evitar que las corrientes del litoral volvieran a azolvar el puerto”.

Posteriormente se constituyó el fideicomiso Manzanillo-Las Garzas (Fimaga) que se encargó del desarrollo y comercialización del fraccionamiento las Garzas, vecino al estero, propiamente dicho.

En el mes de octubre de 1983 se había obtenido la autorización de las respectivas autoridades para la expropiación de doscientas cuarenta y cuatro hectáreas de los ejidos Salahua y Colonia del Pacífico para crear la reserva territorial más grande del Estado.

En el mes de octubre de 1983 se había obtenido la autorización de las respectivas autoridades para la expropiación de doscientas cuarenta y cuatro hectáreas de los ejidos Salahua y Colonia del Pacífico para crear la reserva territorial más grande del Estado.

Así se daban pasos firmes para terminar con la pesadilla que había yo observado durante la campaña política, cuando conocí los palafitos de Manzanillo.

Estas viviendas primitivas construidas sobre estacas, libres al paso del aire y del agua, existen todavía en diversos países, siempre tratando de ganar terreno. El sistema es tan antiguo que ya lo menciona Heródoto hablando del lago Prasias en Macedonia.

Cuando conocí los palafitos de Manzanillo, repito, quedé impresionada por su pobreza, por su contaminación y por la forma de sobrevivir de sus habitantes, quizá por selección de la naturaleza gracias a sus defensas excepcionales.

Por otra parte, también se aumentó la infraestructura portuaria en novecientos ochenta metros de muelle para barcos de gran calado y nueve posiciones de atraque, en vez de las dos que existían en 1982. Se ampliaron y modernizaron los patios de contenedores y servicios de combustibles.

Con objeto de seguir mejorando en su urbanización a Manzanillo, se construyeron doce kilómetros de bulevar costero que hoy lleva el nombre de Miguel de la Madrid y que incluye el puente Santiago.

A la par de las acciones del Plan Colima, y como parte de los programas de modernización del lugar, estimulé los servicios portuarios

en todos los aspectos, tanto políticos como comerciales, porque tuve fe administrativa, si así pudiera llamarse, en su director general, el licenciado Juan Filigrana, hombre de acendrada honestidad y gran espíritu de trabajo. Este funcionario a los tres meses de labores, ya había establecido el primer Centro de Cómputo de un puerto mexicano, que más tarde el presidente de la República lo pondría en servicio.

Es curioso observar que en ocasiones los países tercermundistas somos los más desperdiciados y no sabemos dar mantenimiento a nuestros equipos para conservarlos y economizar.

El licenciado Filigrana encontró un cementerio de chatarra, cerca de doscientas cincuenta máquinas: grúas, montacargas, tractores, etc., dañados por la incuria. Dos años después, este equipo portuario estaba totalmente reconstruido, en funciones, perfectamente pintado, como ejemplo de la honestidad y eficacia del director Filigrana. Así se mejoró la productividad del puerto.

El captar más cargas: de Conasupo, de Fertimex, de Azúcar, S.A., de toda la industria de Jalisco (hasta del Bajío), motivó que se quintuplicaran los volúmenes, con una derrama sorprendente para los estibadores (casi mil familias de Manzanillo que vivían directa o indirectamente de la actividad portuaria).

Como consecuencia de los programas de modernización del puerto, se establecieron nuevos usuarios de la magnitud del Grupo Tolteca, que construyó una terminal para manejo de un millón de toneladas de cemento al año, con destino a San Diego y San Francisco, Cal.

Además de generar beneficios para el puerto, esto representó una captación permanente de divisas al país. Siempre exigí los sistemas anticontaminantes más avanzados de esa época para no estorbar la vocación turística de Manzanillo. El cemento se manejó a granel: don Bernardo Quintana Isaac me apoyó para mantener pura la atmósfera, con un equipo que costó cerca de cuarenta millones de dólares de ese entonces.

Todas estas acciones se derivaron del trabajo intenso de Juan Filigrana. Ahora, en 1992, es director general de los Talleres Gráficos de la Nación.

XXXVII

EL PLAN COLIMA abarcó el periodo de 1983 a 1988 efectuando 417 reuniones sectoriales, 44 plenarias de evaluación y un sinnúmero de reuniones intersectoriales. Fue un esfuerzo sin interrupción donde se coordinaron las acciones de los programas federales, estatales y municipales. Todos los actos del Plan se metodizaron debido a la preparación de quienes principalmente intervinieron en los mandos. Quiero señalar entre ellos al licenciado Alfredo de la Rosa, en ese tiempo delegado de la Secretaría de Programación y Presupuesto, al arquitecto Gonzalo Zezati, al licenciado Gustavo Lerdo de Tejada, al ingeniero Horacio Zambrano, director de carreteras federales, quienes fortalecieron las bases del desarrollo colimense, reconociendo por supuesto la decidida intervención de los funcionarios de Comunicaciones Rodolfo Félix Valdés y Daniel Díaz y Díaz. Este último personaje tuvo un detalle especial que se agradece en política.

Resulta que los gobernantes somos tan pasajeros como que al minuto de haber dejado el mando nuestros bonos caen en desplome total. Si se puede negar lo que hicimos, se niega; si se puede hacer el aseo con nuestra honra (digamos trapeador) se hace; si se puede disimular el saludo y pasar de largo, se pasa.

Naturalmente fui invitada al descubrimiento de la placa de inauguración del aeropuerto de Colima.

Yo era ya ex (porque también el sustantivo tiene pretérito), dos letras que marcan el omega de una responsabilidad, especie de fierro vaquero que llevamos los políticos terminales formando una manada de mansos, algunos con cencerro de oro, resentidos o tristes, nostálgicos de poder, en ocasiones cariosos padres a destiempo, alguna vez maridos que se perdieron en la noche del “compromiso” o de la “junta urgente”, o abuelas (mi caso) tratando de recuperar lo imposible: el tiempo sacrificado a la familia. Yo era ya ex.

Pero me desvíó de la anécdota. Estábamos en el flamante aeropuerto. Sabía dónde tenía que colocarme en la ceremonia, pero cuando ésta se realiza de pie, nunca he tenido ni tendré la habilidad requerida para defender mi sitio. En algún soneto, describiendo el codo como parte necesaria del cuerpo, lo he llamado “llave maestra de las

multitudes”. No sé usar esta llave.

A la hora precisa en que el presidente recorría la cortinilla de la placa, acompañado del gobernador en turno y demás funcionarios, el secretario de comunicaciones, ingeniero Daniel Díaz y Díaz, buscó con la mirada hacia atrás y con ademán enérgico me “extrajo” del grupo y me colocó a su lado, mientras se imprimían las placas fotográficas. Este detalle, enorme para mi sensibilidad, no se me olvida. En él estaba el reconocimiento de anteriores gestiones, de peticiones insistentes, de viajes casi inútiles, de “birrias” a los ejidatarios donde se consumían argumentos para evitar amparos, de compromisos con estos *dueños* para que a sus hijos taxistas o empleados se les cumpliera por el acto propiciatorio que representaba la entrega de su tierra. Estaba la preparación invisible del aeropuerto.

El ingeniero Daniel Díaz Díaz me daba con este detalla un sitio en el recuerdo.

Gracias.

Por la anterior anécdota, por eso, quiero enlistar en las *Memorias* todas las obras de las que me acuerdo, que se construyeron en mi gobierno, no como repetición de informes sino como un acto de justicia a los que me acompañaron en la tarea, a esos hombres -no me cansaré de repetirlo- que aceptaron cualquier epíteto poco agradable (mandilones) por el hecho insólito de tener en Colima como jefa a una mujer, que desafiaron el machismo en reto gallardo, que cumplieron con los dos requisitos exigidos: trabajo y honestidad, que estaban seguros de su virilidad, tan liberados en su papel de Hombres, que les importaba poco o nada el que el mandatario fuera de cualquier sexo. *Hombres históricos*, como Carlos de la Madrid, como Adolfo Virgen Shulte, como Ramón Pérez Díaz, como el maestro Gilberto Flores, tan modesto, valioso y leal, como el ex rector Ángel Reyes Navarro, por un tiempo mi secretario particular, inteligente, honesto, caballeroso, quien ocho años antes de mi llegada a la gubernatura, cuando coincidíamos en el Seguro Social, me alertara: “¿Por qué no le da una estudiadita a la Constitución del Estado de Colima, por si acaso? Usted podría...”.

Entre todos trabajamos para lograr la distribución de doscientos sesenta y un sementales de registro, de redes de distribución y drenaje, de limpias, de deshierbes, de revestimiento de canales en 64 027

hectáreas de riego, la construcción de la presa derivadora de Callejones y veinticinco kilómetros de canal de presa en ambas márgenes del río Coahuayana. Esto era supervisado en el primer trienio por el activísimo secretario de Agricultura y Recursos Hidráulicos Francisco Merino Rábago y mi controlada persona, porque viajábamos en helicóptero, entre el molesto tac tac tac de este imperfecto medio de transporte, con luces intermitentes como de discoteca y conversaciones a gritos. La ancianidad de los helicópteros me daba pensamientos de trascendencia sobre el “más allá” entre las explicaciones hidráulicas del secretario.

Se combatió la bacteriosis del limón en treinta y tres mil hectáreas. Bueno, este caso es curioso. La bacteriosis empezó un mal día (siempre hay control de calidad al vender al extranjero), mismo día en que allá por Florida se habían sembrado no sé cuántos acres y las cosechas eran magníficas. La prohibición de exportar dejaba en la ruina momentánea a cientos de familias de Tecomán.

Fueron días angustiosos. Pero... mi suerte, siempre mi buena suerte: apareció una severa plaga en Florida y tuvieron que sacrificarse por quema cientos de arbolillos. Esto coincidió con la desaparición de la bacteriosis en Tecomán. El control de calidad favoreció en seguida a nuestro limón y fuimos todos felices como en los cuentos de Andersen.

De veras, coincidencia pura. Como quien come atún embargado con gotas de limón colimense.

Se instalaron cuarenta módulos bovinos para acabar con el déficit de la leche.

El acueducto Armería-Manzanillo se terminó en su primera etapa para dotar de doscientos cincuenta litros por segundo al citado Manzanillo.

En el programa de catastro rural y tenencia de la tierra se procedió a la digitalización y graficación de cada uno de los polígonos investigados de campo. Nos apoyó con firmeza el secretario Luis Martínez Villicaña.

En materia de comunicaciones, ya está dicho que activamos gestiones y conseguimos la autopista Colima-Tecomán y Tecomán-Armería, las carreteras Alzada-Cerro Colorado-Alcaraces y Jala-Madrid, esta última para la cementera donde la iniciativa privada, representada por los Serrano, pensaba explotar magníficas calizas. Esta carre-

tera, reforzada para el paso de trailers con buena corona, no se usó para el caso, porque la devaluación de nuestra moneda en esos meses impidió la consumación del proyecto. Pero los hermanos Serrano, en acto caballeroso, obsequiaron una escuela primaria en Jala. También la carretera Villa de Álvarez-Minatitlán en sus primeros treinta y cinco kilómetros. Expropiamos los ejidos correspondientes para la construcción del Parque Industrial de Fondeport en Manzanillo, sin conflicto de ninguna especie, así como el Parque Industrial en las cercanías de Coquimatlán.

Se construyeron los puentes de La Lupita y Las Grullas, así como el puente de Armería, el muelle pesquero de Manzanillo, con trescientos metros de muelle de la Banda B. El Centro Nacional de Investigaciones Pesqueras en Manzanillo, que es orgullo colimense. Se generalizó la estanquería rústica en los municipios de Manzanillo y Villa de Álvarez. Siempre he creído en la acuacultura; así, aprovechando los lugares de tierra barrosa, se crearon estanques para sembrar bagre, tilapia, carpa y otras especies. Por cierto que a los ejidatarios les hacía gracia el principio “sembrar” tratándose de peces. Una dieta balanceada con proteínas e hidratos de carbono (pescado y tortillas) es suficiente para mantener en actividad productiva al ser humano. Sobre todo en los ejidos mediterráneos la acuacultura fue un éxito y la sobreproducción se vendió a través del DIF a precios adecuados a los bajos salarios.

Hicimos turismo social, iniciando el bulevar costero en su tramo correspondiente a la población de Santiago, Manzanillo. También los centros turísticos ejidales en La María y en Carrizalillos, municipio de Colima, así como el malecón de San Pedrito y las instalaciones de Cuyutlán, en donde se introdujo el agua potable.

En el sector de Comercio y Fomento Industrial se fundaron ochenta y siete tiendas campesinas, la Conasuper en Manzanillo, la construcción del Centro Conasupo de Capacitación, Bodegas Conasupo en Comala, Villa de Álvarez y Minatitlán, así como el Centro de Recría Liconsa.

XXXVIII

EL FINAL

En el largo enlistado de obras que logramos por acción plural, anoto también las unidades tres y cuatro de la termoeléctrica “General Manuel Álvarez” con capacidad de trescientos megawatts cada una. Inauguración con el presidente de la República, valla interminable de obreros de la electricidad, paso apresurado de la comitiva, para rematar después con ascenso al último piso por escalones industriales, es decir, los que tienen un peralte de tal altura que los músculos gemelos y los cuádriceps dolerán días más tarde para recordarnos la gloria de la inauguración.

Desarrollamos otros disímbolos asuntos, como un programa de rescate de crías y otro de borrego pelihuey. Para proteger especies en peligro de extinción, conseguimos con el gobernador de Chiapas, por mediación de Miguel Álvarez del Toro, primo hermano mío, gran zoólogo avecinado en Chiapas hace cuarenta años, setenta pequeños cocodrilos de la especie acutus que es la propia de Colima.

La Secretaría de la Defensa nos proporcionó aviones sin presurización, puesto que los cocodrilos no soportan la presión y se alteran en los cambios.

Así, con el hocico amarrado, fueron trasladados los pequeños saurios y alojados en la laguna del Alcuzahue que ocupa una extensión de cuatro hectáreas circundada de malla especial, con veterinario para los primeros tiempos y un cuidador aleccionado previo curso. (Que dizque el cuidador perdió una pierna por un descuido.)

El programa tenía como meta fija llevarles enseñanzas, técnicas y prácticas a los ejidatarios para que cuando los cocodrilos tuvieran el tamaño adecuado, ¡oh vanidad humana! Pudiesen ser transformados en carteras, bolsas, cinturones, monederos, estableciendo una industria peletera fina que diversificar los ingresos de los campesinos. (Se pueden aprovechar carne y huesos).

Igual camino tuvimos con el venadario. Se escogió el ejido de la Yerba-buena por el carácter tranquilo y creativo de sus moradores.

El estado de Yucatán nos entregó también setenta venados pequeños cola blanca. Éstos, como los cocodrilos, fueron trasladados en aviones de

la misma manera, pero con dosis de tranquilizantes por el exceso nerviosismo de estos hermosos animales que, cuando padecen stress, son capaces de azotarse contra las mallas o paredes del cautiverio hasta morir. Temen en especial el contacto del hombre. Algo le sabrán.

El ejido de La Yerbabuena fue circundado en forma especial para protección con cierta libertad. El propósito fue la reproducción del venado para preservar la especie y a determinado número levantar la veda y permitir el consumo de la carne y el deporte de la caza. Creo que se logró la finalidad. Como parte de las acciones para defender las riquezas naturales, el 5 de diciembre de 1981 se promulgó la Ley Estatal para la Protección de Animales.

Se inventarió la flora melífera. También se vedó la parota previo recuento de las existentes con disgusto serio de los comerciantes en muebles. Este árbol es típico de Colima, de lento crecimiento, su madera es apreciada por la clase y su dureza.

En otro orden de cosas, entregué la entidad ocupando el noveno lugar de la República en el ingreso per cápita. El sitio en que la había encontrado era poco satisfactorio para nuestro orgullo económico.

Corto el recuento de mis Memorias como gobernadora justamente al terminar mi mandato en tiempos de Miguel de la Madrid Hurtado, a quien tanto admiro por sus cualidades, entre otras, el demostrado nacionalismo al ordenar que los símbolos patrios recorrieran de punta a punta nuestro territorio para así sembrar o reavivar el profundo significado de ellos.

Quiero dejar escritos en estos recuerdos los nombres de los personajes principales que intervinieron en los seis Informes de Gobierno.

A excepción del primero, en la unidad deportiva Morelos, los demás se efectuaron en el auditorio de la Casa de la Cultura los días 19 de septiembre de 1980, a 1984. En 1985 se cambió la fecha al 26 en certera premonición, porque el 19 de septiembre de 1985 fue el terremoto.

La diputada profesora María Concepción Barbosa de Anguiano, de la XLVI Legislatura, con su inteligencia singular contestó el primer Informe. Su trágico destino se acercaba: exactamente cinco años adelante, en el terremoto del 19 de septiembre, perecería en el hotel Principado de la ciudad de México, y pese a los esfuerzos en búsqueda de su cadáver no lo rescataríamos.

Fue el secretario de Gobernación, profesor Enrique Olivares Santana, amigo excelente, quien asistió a mi Informe con la representación del

presidente de la República.

El segundo Informe fue contestado por el diputado Jorge Salazar Rodríguez. Por cierto que al concederme audiencia el presidente de la República para invitarlo a mi Informe, como es costumbre, le entreabrí al soslayo la posibilidad de que fuera el licenciado Miguel de la Madrid quien llevara su representación.

Asintió generosamente. Dos detalles que pusieron en la pista correcta. El señor representante llegó con su familia y permaneció según sé, tres días en Manzanillo. Después todos se fueron en el Quetzalcóatl, que vino de México.

¿Era lógico que un secretario de Estado permaneciera con sus familiares más de setenta y dos horas de descanso en una playa?

Desde luego que no, a no ser que le esperara una intensa tarea por varios años y se preparara en la reflexión y tranquilidad para asumir un cargo de trabajo continuo...

Y ¿por qué el Quetzalcóatl? Era el avión más importante en ese momento, para cuidar pormenores importantes de seguridad en tan importante futuro.

Cuadro días después de mi Informe se anunciaba “el destape” y yo tenía hecho ya el equipaje para salir a la felicitación.

El tercer Informe fue contestado por la diputada Yolanda Delgado Olivera, de la XLVI legislatura, luchadora campesina y amiga constante. Tuve el honor de que fuera el propio presidente de la República, licenciado José López Portillo, en acto inusitado, quien escuchara mi Informe. El cuarto fue contestado por el diputado Epigmenio Placencia Rangel y tuve otro representante presidencial de lujo: Jesús Reyes Heróles, que entonces era secretario de Educación. El quinto Informe lo contestó otra mujer, la diputada químico-farmacobióloga Aidée Quiñones Silva, de la XLVII Legislatura, y representando al Presidente, el ingeniero Luis Martínez Villicaña, secretario de la Reforma Agraria. En el último y sexto Informe contestó el diputado Rubén Rosas García, y el representante presidencial fue el secretario de Peca, licenciado Pedro Ojeda Paullada, mi querido y caballeroso amigo.

La mitad de los Informes fueron contestados por mujeres. Exactamente lo que pedimos: la mitad.

Hubiera querido dejar correr mi paso en la historia de Colima dejando una huella de plantígrado en un camino abierto, libre a toda posibilidad para aquellas que quieran arrostrar tamaña posibilidad y algún día, pa-

sando el tiempo, coloquen el bando solemne del gobernador siguiente, como antiguo ritual, rodeadas de sus principales colaboradores, pasando la estafeta y cumplida la misión. En mi caso me acompañaron el procurador general del Estado, licenciado Ramón Pérez Díaz (ahora en 1992 presidente del Tribunal Superior de Justicia), el oficial mayor, licenciado Librado Silva García (ahora presidente del Comité Estatal del PRI), el presidente municipal de Colima, ingeniero Carlos Vázquez Oldenburg, y, por supuesto, el licenciado Carlos de la Madrid Virgen, secretario general de Gobierno (ahora gobernador constitucional del Estado).

El tiempo habrá de juzgarme. De alguna manera hago mi propio balance.

Mi nacionalismo se afirma en los ascendientes, es histórico por la lección que me dejaron algunos de ellos, como el general Manuel Álvarez, primer gobernador de Colima, que introduce en mi conciencia, con el sacrificio de su vida, el suficiente rencor jacobino para no olvidar que el clero mexicano no borrará jamás su ambición de poder, como tampoco cambiará mi destino. Apoyo mi nacionalismo en las enseñanzas mi padre, oficial de Carranza, que me obligó a los ocho años de edad a aprender de memoria el Acta de Independencia y me habló de la Constitución y de la soberanía y me explicó de qué material estaba hecho el pueblo, hasta que entendí que había tres asuntos que nos emparejaban a todos: la Patria, la Ley y la muerte.

Novata en el timón del Estado, me asesoré de un grupo que en su especialidad cada uno sabía más que yo: mis colaboradores. Esto siempre da buen resultado.

La democracia había descornado su velo androcéntrico en México en una provincia, la más adelantada políticamente, dado que en ese momento una mujer llegaba al gobierno del Estado. El pueblo sexista, como todos, admitía, aceptaba, pero quedaría vigilante en los equívocos, porque el patriarcalismo sufría una ruptura y por ahí se podría trasminar un poco de poder. Lo que de éste me tocaba no lo compartí con nadie. Fui celosa hasta en los detalles, al grado que a un secretario de Estado que me enviara un convenio previamente escrito que rezaba: "palabras que dirá el señor Gobernador...", le detuve el trato aduciendo que no había "gobernador" sino gobernadora, que al escrito le faltaba sintaxis y le sobraba cacofonía y que la soberanía del Estado (cerca de ochenta mil votantes) me impedía firmar lo que yo personalmente no aprobaba. (No se perdió la amistad.)

Luché contra la desigualdad de las llamadas “iguales”. Se modifican algunas leyes, por ejemplo, la nueva Ley Orgánica del Ministerio Público, se penaliza más fuertemente la violación y el golpe, ninguna mujer da a luz dentro de una cárcel, todas tienen derecho al estudio, solteras, casadas, viudas, madres solteras. Se aumentan los campos de actividad laboral de la mujer. Su participación política está a la vista y en un conteo numérico no se manifiestan excesos: una diputada federal, dos presidentas municipales, tres diputadas locales, algunas regidoras a lo largo del sexenio.

Creo haber cubierto todos los asuntos, todos los renglones, en la medida que las circunstancias, los imprevistos, el momento político y el presupuesto lo permitieron.

Mil ochocientas treinta y tantas acciones de pequeñas a grandes, desde un vado hasta un acueducto, desde un machuelo hasta una carretera, desde una conferencia hasta un programa completo de alfabetización (bandera blanca en 1985)

El pueblo da testimonio.

Y en ese trabajo mantuve consideración a la creatividad de los demás dentro de la libertad que debe darse al colaborador. El artículo 115 brilló en su esplendor e independencia. Jamás di una sugerencia al Poder Judicial.

En mí misma probé que, encerrada en una esfera de soledad, se construye mejor.

Del pueblo aprendí que los problemas políticos son más perentorios casi siempre que los técnicos. Que es necesario ser respetable para ser respetado. Que sin respeto se genera un vacío de poder y que sin poder no se puede gobernar.

También supe que el pueblo es fuente de satisfacciones, que cuanto más humilde es su categoría más generoso es en su comprensión.

Aprendí mucho en esos fugaces años.

Y ahora, al entregar el borrador de estas Memorias a la editorial, pienso:

Esto ¿es un canto triunfal? Debe serlo. Repito que la modestia es la virtud de los imbéciles. Otra cosa fue no ser amiga del “embute” o del “chayote” para tener asegurado el elogio público.

Creo que cumplí en la medida de lo posible. Me lo dice el pueblo, esas seis letras que tanto significado tienen para mí.

El pueblo, ése que aplaude sin medirse políticamente y me paga con

creces lo que alcancé a hacer por él, por cumplir con mi deber, por un mandato de mis genes, que como un lejano precepto llegó a mi voluntad y la movió para servir, para servir de algo quizá.

Porque, al fin y al cabo, nadie es imprescindible. Algún día escribí en un libro, *Desierta compañía*, marzo de 1961, estas líneas:

No somos importantes. Nuestra vida
tiene el destino breve de la rosa,
que se abre una mañana lujuriosa
y una noche se acuesta desvalida.

No es importante nuestra fresca herida
ni la lejana cicatriz leprosa,
no importa si una larva silenciosa
hoy se acuna en la llaga florecida.

Y sin embargo, somos necesarios.
Hay algo en nuestro ser que palpitante
vive con los instintos legatarios,

algo que nos ordena ir adelante
con movimientos casi involuntarios:
células ciegas de un embrión gigante.

Y, al concluir estas Memorias, reitero lo mismo que escribí hace más de treinta años, convencida de que el político, aunque inmodesto, debe ser humilde, que es distinto.

Juzgo que el hombre político ha tenido un rasgo de humildad y que después de madura reflexión ha reconocido nuestra naturaleza. Seguirán existiendo mujeres gobernadoras en el país, senadora, diputadas, presidentas municipales, regidoras, síndicas, mujeres que amarán la política como el gran quehacer.

Es cordial, de nuestra parte, darle al hombre las gracias, porque por él entramos ya a una era irreversible para el bienestar común del pueblo, donde el sometimiento y la presión van desapareciendo porque el hombre ha evolucionado.

Entretanto, espero el juicio de la Historia.

ÍNDICE DE NOMBRES

- Abreu Gómez, Emilio: 48
Acapulco: 50
Aceves, Salvador: 51
Adato de Ibarra, Victoria: 38
África: 163
Agua de la Virgen: 99
Aguascalientes: 72
Aguayo Figueroa, Ismael: 87, 138
Aguilar de Argil, Fanny: 46, 49
Aguirre Soria, Guadalupe: 69
Alaska: 105
Alcaraz Quiroz, César: 93
Alcuzahue, laguna del: 174
Alemán Valdés, Miguel: 64, 163
Alighieri, Dante: 40
Almada, Francisco R: 48
Alpuche Pinzón, Graciliano: 81
Alvarado Arámburu, Alberto: 81
Álvarez Higinio: 23, 24, 94
Álvarez, Imelda: 11, 19, 23, 27, 29, 100, 101
Álvarez, Isabel: 132, 133
Álvarez, Manuel: 94, 102, 109, 177
Álvarez, Manuel: 126
Álvarez, Miguel: 40, 41, 77, 124
Álvarez, Raúl: 107
Álvarez Álvarez, Griselda: 29
Álvarez Álvarez, Talía: 29
Álvarez Loizaga, Manuel: 29
Álvarez del Toro, Miguel: 29, 174
Álvarez del Toro, Federico: 30
Álvarez Zamora, Manuel: 19
Alzheimer, doctor: 17
América: 52, 163

América Septentrional: 22
Amor Guadalupe: 93
Andere, Jacqueline: 35, 92
Andersen: 172
Anderson de Rojas, Hilda: 74, 75, 79, 81, 85, 92, 95
Andrade del Rosal, Martha: 74, 75, 92
Anguiano, Raúl: 37
Anlen, Jesús: 115
Apolinar Moreno, Daniel: 87

Arce, Carmen: 59
Arellano Tapia, Alicia: 81
Argentina: 70
Argil, Gustavo: 46
Armería: 87, 104, 110, 148, 149
Arrayales, Aurora: 50
Arriaga, Ponciano: 13
Arrio: 9
Arroyo, Silvia: 30
Arroyo, Yolanda: 32
Arturo, agente judicial: 129
Ataúlfo: 9
Ávila Riquelme, Enrique: 34
Ávila Rul, los: 34
Ávila Rul, Enrique: 34

Bagdad: 130
Baja California: 72, 81
Baja California Sur: 81
Barbosa de Anguiano, María Concepción: 111, 175
Barclay, Guillermo: 35
Barragán García, Rodolfo: 57
Barros Sierra, Javier: 12, 55
Bartlett, Manuel: 47
Batis, Huberto: 15, 53
Bátiz, Juan de Dios: 80
Baz, Gustavo: 80
Bejarano, Herlinda: 66
Benítez, Fernando: 70
Berdejo, Aurora: 85
Berlín Valenzuela, Francisco: 36
Bolaño e Isla, Amancio: 53
Bolívar, Simón: 24
Borges, Jorge Luis: 12, 57
Borrego, Genaro: 67, 92
Brasil: 51
Buenos Aires: 64

Cabrera, Constantino: 42
Cabrera, Luis: 13
Cabrera Muñoz Ledo, Jesús: 80
Cabrera Rodríguez, Talía: 42
Cabrera Rodríguez, Tania: 42
Cabrera Rodríguez, Vania: 42

- California: 105
 Callejones: 172
 Camacho Guzmán, Rafael: 81
 Camacho Solís, Manuel: 165
 Campeche: 79, 81
 Campos, Óscar: 130, 131
 Campos Beas, Zenén: 119
 Campos Kunhart: 94
 Cancún: 73
 Cárdenas, Lázaro: 73, 163
 Cárdenas Merín, Roberto: 87
 Cardiel, Raúl: 36
 Careyes: 151
 Carpizo, Jorge: 72
 Carranza, Venustiano: 177
 Carrizalillos: 173
 Casanova, Francisco: 115
 Casas Alemán, Fernando: 163
 Castañeda, Enequina: 87
 Castañeda Basabilvazo, Ramón: 88
 Castañeda Rivas, César: 93, 103
 Castellanos, Rosario: 44
 Cerro de Ortega: 144
 Cervantes, Filemón: 87-88
 Cervantes Corona, José Guadalupe: 81
 Cervantes Delgado, Alejandro: 81
 Cervantes Mercado, Juan: 110
 Cervantes del Río, Hugo: 80
 Cervera Pacheco, Víctor: 81, 92, 93
 Coahuayana: 172
 Coahuila: 81
 Cofradía de Juárez: 144
 Colimán, rey: 115
 Colonia del Pacífico: 168
 Comala: 44, 77, 104, 110, 137, 144, 173
 Coquet, Benito: 63
 Coquimatlán: 77, 87, 104, 110, 144, 173
 Cordero Amador, Raúl: 64
 Córdoba Lobo, Fernando: 36
 Corea: 47, 57
 Corona del Rosal: Alfonso: 69
 Coyoacán: 12, 15, 41
 Cruz, sor Juana Inés de la: 43
 Cruz, Ramona: 97
 Cruz Pardo, Rodolfo: 159
 Cualata: 25
 Cuauhtémoc, municipio de: 26, 77, 104, 110, 144, 154, 156
 Cueto Ramírez, Luis: 54
 Cueva, Amado de la: 18
 Cuyutlán: 173
 Chávez Carrillo, Rodolfo: 132
 Chávez Patrón, Martha: 79
 Checoslovaquia: 52
 Chiapa: 76, 77, 96, 131
 Chiapa-Ocotillo: 144
 Chiapas: 29, 154, 174
 Chical, el: 24, 77
 Chihuahua: 36, 81
 Chilpancingo: 22
 Chinitas, Chih: 48
 Chipotón: 11, 24
 Churchill: 56, 162
 David David, Sami: 92
 Delgado, Erika Griselda: 30
 Delgado, Esperanza: 30
 Delgado, Juan Antonio: 30
 Delgado, Miguel: 30, 39, 49, 58, 60, 61, 116
 Delgado, Miguel Ángel: 30, 31, 132, 160
 Delgado, Mónica: 31, 32, 33, 160
 Delgado Gaytán, Alicia Matilde: 87, 92
 Delgado Olivera, Yolanda: 111, 176
 Descartes, Renato: 15
 Díaz, Socorro: 144
 Díaz Bartlett, Tomás: 47
 Días y Díaz, Daniel: 154, 165, 170, 171
 Díaz Ordaz, Gustavo: 12, 50, 59
 Díaz Ruiz, Ignacio: 54
 Díaz Virgen, Aquileo: 76
 Diéguez, Manuel: 18
 Domínguez, Belisario: 80
 Domínguez, Julieta: 48
 Dondé Escalante, Pedro: 165
 Douglas, María: 52
 Dueñas, Guadalupe: 45
 Echeverría Álvarez, Luis: 14, 60, 64, 70, 71, 73, 118
 Echeverría Álvarez, Rodolfo: 59, 69
 Echeverría de Guillén, Estela: 36
 Echeverría Ruiz, Rodolfo: 76
 Eguiarte, Jorge: 39, 50
 Eisenhower: 47
 Enríquez Coyro, Ernesto: 47
 Enríquez Savignac, Antonio: 165
 Escobar, Ana María: 36
 Escobar, José Gonzalo: 36

- Escorial, El: 10
 Escuinapa: 17
 España: 9, 52, 58
 Espíndola Bernal, Armando: 161
 Espíritu Macías, Rosamaría: 110
 Estados Unidos: 64
 Estero de las Garzas: 167, 168
 Europa: 163
- Fajardo Ponce: 48
 Fariás Flores, Juan José: 87, 119, 122
 Felipe II: 10
 Félix Valdés, Rodolfo: 151, 154, 165, 170
 Fernández Sergio: 15, 62
 Fernández Andere, Chantal: 35
 Fernández Unsain, José María: 35
 Figueroa, Rubén: 129
 Filigrana, Juan: 168, 169
 Finisterre, Alejandro: 44, 52, 58
 Finisterre, Marinieves de: 58
 Finlandia: 51
 Flores, Gilberto: 171
 Florida: 172
 Francia: 18
 Franco, Francisco: 9
 Franco López, Concepción: 15, 53
 Frías, Armando: 54
 Fromm, Erich: 34
 Fuentes Mares, Vicente: 48
 Fuentes Rodríguez, José de las: 84, 91, 92
- Galeana de Valadés, Patricia: 39
 Galindo, Blas: 52
 Galindo, Ricardo: 154
 Gálvez Betancourt, Carlos: 65
 Gallardo Ochoa, Francisco: 153
 Gamboa Patrón, Emilio: 67, 153
 Gamiochipi, Amada: 41, 45, 49
 Gamiochipi, Gloria: 45
 Gamiochipi, Ignacio: 41
 García Ramírez, Sergio: 54, 60, 138
 García Sáinz, Ricardo: 61
 Garcíadiego, los: 59
 Gaytán Gudiño, Jorge Armando: 88
 Giscard d'Estaing, Valery: 73
 Glantz, Margo: 15, 52, 53
 Godoy, Emma: 45
 Gómez, Gustavo: 49
 Gómez Morín, Manuel: 13
- Gómez Villanueva, Augusto: 76
 González, José Luis: 15, 53
 González Blanco, Salomón: 80
 González Cosío, Manuel: 80
 González de la Garza, Mauricio: 57
 González Gómez, Elías: 79
 González Lugo: 115
 Gorbachov, Mijail: 56
 Grecia: 86
 Grenada: 57
 Guadalajara: 36, 76, 93, 126, 127
 Guerrero: 68, 81, 129
 Guilmáin, Ofelia: 64, 103
 Guillén Echeverría, Claudia: 36
 Guillén, Fedro: 36, 37
 Gutiérrez Velasco, Horacio Cuitláhuac: 79
- Hass, Antonio: 18
 Hank González, Carlos: 88
 Happei, Nelly: 35
 Helsinki: 51
 Henestrosa, Andrés: 37, 45, 52, 64
 Heráclito: 32
 Heredia, Aristeo: 128
 Hermosillo, Son: 158
 Hernández, Amalia: 35, 52, 95
 Hernández, Griselda: 36
 Hernández, Silvia: 92
 Hernández Flores, Margarito: 36
 Hernández Flores, Tomasa de: 36
 Hernández Najera, David: 54
 Herodoto: 168
 Herrera Petere, José: 37
 Hindelang: 29
 Houston: 57
 Hutaza Villegas, Franciso J.: 161
- Inglaterra: 44
 Iñiguez Ceballos, Francisco: 87
 Iturbe, general: 37
 Iturbe, Mireya: 37
 Ixtlahuacán: 99, 104, 110, 144
 Iztapalapa: 59
- Jala: 173
 Jalisco: 125, 126, 151, 158, 169
 Javelli Girard, Marcelo: 165
 Jiliotupa: 99
 Juárez, Benito: 20, 64

- Kino, padre: 60
 La Lupita, puente: 173
 La María: 173
 La Yerbabuena: 174, 175
 Labastida, Horacio: 15
 Lara, Amelia: 24
 Larios, Graciela: 144
 Larios Gaitán, Alberto: 110
 Las Garzas: 168
 Las Grullas, puente: 173
 Lavalle Urbina, María: 81
 Leal, Fernando: 48
 Lee Ree, Dixie: 105
 León Polanco, Gabriel: 110
 Leovigildo: 10
 Lepe Preciado, Cecilio: 165
 Lerdo de Tejada, Gustavo: 170
 Lerdo de Tejada, Miguel: 20
 Licea Escalera, Marta: 110
 Liceaga Ruibal, Víctor: 81, 92
 Liguori Jiménez, Francisco: 20, 44, 45, 48
 Lombardo Toledano, Vicente: 13
 Lope Blanch, Juan Manuel: 15, 52
 López, Wilebaldo: 64
 López Dóriga, Joaquín: 92
 López Escobar, Ana Griselda: 36
 López Lizarraga, Sergio: 36
 López Mateos, Adolfo: 49, 71
 López Portillo, Alicia: 163
 López Portillo, José: 51, 151, 163, 164, 176
 López Portillo, Margarita: 36, 92, 163
 López Sotelo, Carlos: 161
 López Tarso, Ignacio: 64, 103
 López Trujillo, Clemente: 37
 Los Ángeles, Cal.: 68, 106
 Los Mochis, Sin.: 156
 Lozano, José María: 45
 Lozano Merino, Elías: 110
 Lugo, Raquel: 51
 Lupita: 98
 Macedo López, Rafael: 76, 93
 Macedonia: 168
 Machado, Antonio: 162
 Madero, Francisco I.: 160
 Madrid: 144
 Madrid Béjar, Carlos de la: 106
 Madrid Hurtado, Miguel de la: 88, 94, 153, 154, 164, 165, 166, 168, 175, 176
 Madrid Virgen, Carlos de la: 106, 125, 141, 153, 171, 177
 Magdaleno, Mauricio: 61
 Manzanillo: 9, 65, 84, 87, 88, 95, 96, 104, 105, 110, 124, 136, 148, 149, 151, 164, 165, 167, 168, 169, 172, 173, 176
 Marqués, María Elena: 35, 92
 Márquez Meyer, Mario: 49
 Marrón Alonso: 94
 Martínez, Jesús: 130, 131
 Martínez Corbalá, Gonzalo: 69
 Martínez Denegri, Rosa María: 79, 81
 Martínez Villicaña, Luis: 165, 172, 176
 Mejía, Arturo: 131
 Mejía Sánchez, Ernesto: 37
 Melgar, Mario: 67-68
 Melo, Gastón: 47
 Mendiola, Raúl: 54
 Mendoza, José María: 19, 50
 Mendoza Berrueto, Eliseo: 81
 Merino Rábago, Francisco: 172
 Mexicali: 70
 Michel Chavira, Agustín: 110
 Michelena, Margarita: 35, 45
 Mier, fray Servando Teresa de: 93
 Millán, María del Carmen: 15, 52
 Miller, Arthur: 109
 Mina, Francisco Javier: 93
 Minatitlán: 77, 104, 110, 144, 173
 Molière: 65
 Molina Enríquez, Andrés: 13
 Monteforte Toledo, Mario: 37, 44, 45
 Montejo, Carmen: 64
 Montemayor Seguey, Rogelio: 165
 Montenegro, Roberto: 18
 Monterde, Francisco: 50, 64
 Mora, Gabriel de la: 116
 Mora, José María Luis: 13
 Morelia: 55
 Morelos y Pavón, José María: 13
 Moreno, Kena: 38, 92
 Moreno, Pedro: 93
 Moreno Capdevila, Francisco: 48
 Moreno Castañeda, Manuel: 87
 Moreno Peña, Fernando: 118, 122, 123, 124
 Moreno Valle, Rafael: 51
 Morfín Silva, Guillermo: 92
 Música Montoya, Emilio: 151
 Mújica, Francisco J.: 163

- Muñiz, Daniel: 82
 Muñiz Zepeda, Alfonso: 119
 Muñoz, Felipe, el Tibio: 67
 Muñoz Ledo, Porfirio: 73-74, 76
 Murillo, Gerardo: 18
 Mussolini: 113
- Nava, Carmen: 110, 146
 Navarro Palacios, Enrique: 115
 Nicaragua: 11, 57
 Nicea: 9
 Nogueras: 43, 44
 Noriega Pizano, Arturo: 87
 Noris Saldaña, Joaquín: 36
 Novela Villalobos, Miguel Ángel: 100, 107
 Novo, Salvador: 44, 50, 52
 Nueva York: 18
 Núñez Ehuan, Gregorio: 161
- Ocampo, Coah: 73
 Ocampo, Melchor: 13
 Ocaña, Samuel: 158
 Ocegüera, José: 25
 Ocotillo: 77
 Ochoa González, Arnoldo: 96, 119, 122
 Ojeda Paullada, Pedro: 176
 Oklahoma: 105, 106
 Oldenburg, Árida: 94
 Olea Moreno, Fernando: 107
 Olivares Santana, Enrique: 71, 84, 176
 Olivares Ventura, Héctor Hugo: 92, 96
 Ontañón, Paciencia: 52
 Omelas Kuchle, Óscar: 81
 Orozco Alfaro, Jesús: 100, 107, 154
 Ortega y Gasset, José: 37
 Ortega Salazar, Rosa Ramona: 110, 112
 Ortiz Ávila, Raúl: 37
 Ortiz Monasterio, Luis: 104
 Osante, Manuel: 36
 Osorio Marbán, Miguel: 78
 Otero, Mariano: 13
 Oxford: 43
- Padilla, Florencio: 59, 68
 Pagés, Beatriz: 17
 Palafox, José: 56
 Palmito del Verde: 17, 18
 Panamá: 44, 57
 Paredes, Beatriz: 63, 72, 104
- París: 18
 Pekín: 54
 Pellicer, Carlos: 82
 Pensilvania: 29
 Peña Colorada: 65, 84, 102
 Perales de Borro, María de la Luz: 51
 Perera Mena: 37
 Pérez Díaz, Ramón: 107, 171, 177
 Perón, Evita: 70
 Perón, Juan Domingo: 70
 Perú: 64
 Perucho: 37
 Pesqueira, Eduardo: 153
 Petrópolis: 51
 Pineda, Rubén: 96, 102
 Pizano Saucedo, Roberto: 88
 Plascencia Rangel, Epigmenio: 176
 Platón: 69
 Pliego, Gabriela: 29
 Pliego, Imelda: 29
 Pliego, José Arturo, padre: 102
 Pliego, José Arturo, hijo: 29
 Polonia: 54
 Ponce de León, los: 18
 Ponce de León, Francisco: 19
 Ponce de León, Guillermo: 17
 Ponce de León, Juan: 18
 Ponce de León, Rafael: 18
 Ponce de León de Álvarez, Dolores: 18
 Prusias, lago: 168
 Preciado Ramírez, Ramón: 110
 Puebla: 73-74
- Quesería: 77, 96, 144
 Querétaro: 81
 Quintana Isaac, Bernardo: 169
 Quiñones Silva, Aidé: 110, 176
- Ramírez, Humberto: 110
 Ramírez Mijares, Óscar: 84, 91
 Ramírez Vázquez, Pedro: 152
 Ramos, Raymundo: 15, 48, 53
 Rangel Hidalgo, Alejandro: 42, 43, 44, 113
 Raphael Escogido, Ricardo: 164, 165, 166
 Raúl, agente judicial: 126
 Recaredo I: 9
 Rejano, Juan: 37
 República Popular China: 54
 Revillagigedo, islas: 25

- Reyes, chofer: 129
 Reyes Heróles, Jesús: 69, 70, 84, 91, 92, 176
 Reyes Navarro, Ángel: 171
 Reyes Ruiz, José: 45
 Rico Galán, Víctor: 48
 Río, Dolores del: 64, 92, 95
 Río de Janeiro: 64
 Riquelme, Carlos: 59
 Riquelme de Ávila Rul, María Luisa: 34, 35, 104
 Rivera Marín, Guadalupe: 69
 Rivero Borrel, Anisa: 29
 Rius, Luis: 15, 52
 Robinson Burns, Roberto: 39
 Robles Quintero, Salvador: 165
 Rochefoucauld: 114
 Rodríguez, Felipe: 42
 Rodríguez, Mariana: 42
 Rodríguez, María Elena: 42
 Rodríguez Barrera, Rafael: 165
 Rodríguez de Cabrera, Sandra: 42
 Rodríguez de Díaz, María Elena: 109
 Rodríguez Dueñas, Constantino: 87
 Rojas Arévalo, Armando: 85
 Roma: 75, 86, 127
 Romero, Alondra: 36
 Romero Flores, Jesús: 80
 Romero de Velasco, Flavio: 36, 48, 125, 158
 Romero de Velasco, Mari de: 36
 Romero Velasco, Lino: 110
 Romero Villa, Jesús: 48
 Rosa, Alfredo de la: 170
 Rosas García, Rubén: 176
 Rubio Vivanco, Alejandrina: 47, 48, 49
 Ruano Angulo, Carlos: 160, 161
 Rueda Preciado, Rogelio: 87
 Ruiseco Avellaneda, Alfredo: 76
 Ruiz Cortines, Adolfo: 162
 Ruiz Massieu, José Francisco: 67
 Ruvalcaba de Holstein, Aurora: 88, 144

 Sabines, Jaime: 80
 Sáenz, Olga: 35
 Salagua: 168
 Salazar Abaroa, Enrique: 153
 Salazar Preciado, Carlos: 85, 110, 142
 Salazar Rodríguez, Jorge: 176

 Salazar Salazar, Antonio: 76, 82, 83, 84, 85, 87
 Salinas de Gortari, Carlos: 150, 165, 166, 167
 Salsipuedes: 25
 Salvador, agente judicial: 129
 San Diego: 169
 San Francisco, Cal.: 169
 San Luis Potosí: 81, 87
 San Juan de chiapa: 26
 San Pedrito: 167, 173
 Sánchez, Héctor: 124
 Sánchez, Jaime: 124
 Sánchez, Manuel: 124
 Sánchez Gómez, Cervando: 100, 107
 Sánchez Máyans, Fernando: 38
 Sánchez Silva, Manuel, el Marqués: 124
 Sandino, Augusto César: 10, 24
 Sandoval, Gonzalo de: 115
 Sandoval Ochoa, Edmundo: 53
 Sansores Pérez, Carlos: 80, 84, 92
 Santa María Aztahuacán: 59
 Santana Seuthe, Cuauhtémoc: 88
 Santiago: 173
 Santiago, Puente: 168
 São Paulo: 64
 Saucedo de la Torre, Guillermo: 107, 153
 Seattle: 105
 Selene: 85
 Septién de Rangel, Margarita: 43, 110, 111
 Serrano, los: 172-173
 Silva García, Librado: 107, 110, 177
 Silva García, Pablo: 65
 Silva Herzog, Jesús: 52
 Silva Ochoa, Jorge Humberto: 119, 123
 Sinaloa: 36
 Sinán, Rogelio: 44
 Soberón, Guillermo: 72
 Solana, Rafael: 38, 39, 64
 Solís Quiroga, Héctor: 31
 Solís Quiroga, Roberto: 31
 Sonora: 158
 Spota, Luis: 82

 Tacho: 27
 Tamala: 99
 Tamaulipas: 72

- Teacapán: 18
 Tecomán: 14, 65, 84, 97, 100, 104,
 110, 124, 148, 172
 Tenacatita: 151
 Terriquer Sámano, Ernesto M.: 87
 Thatcher, Margaret: 43, 33
 Tiber: 75
 Tickell, Sir Crispin: 43, 44
 Tijerina, sor Francisca: 28
 Tizapán: 58
 Tlaxcala: 63, 72, 104
 Toledo, Natividad: 17
 Toledo Corro, Antonio: 17
 Torres, Glenda: 146
 Torres Bodet, Jaime: 13, 36, 38, 48,
 50, 69
 Torres Huerta, Margarita: 111
 Torres Quintero, Gregorio: 19
 Toulouse-Lautrec, Henri: 18
 Truman, Harry: 47
 Tuxtla Gutiérrez: 29, 30, 154
- Unamuno, Miguel de: 9, 10
 Uribe Torres, Ana María: 31
 Uribe Torres, Dolores: 20, 31, 48
 Urióstegui Miranda, Píndaro: 36
 Uruchurtu, Ernesto P.: 59
- Valadés, Diego: 72
 Valadés, Jorge: 29
 Valdés, comandante: 105
 Valdovinos, Irma de: 110
 Vargas, Nelson: 67
 Varsovia: 54
 Vázquez, Mariano: 47
- Vázquez Oldenburg, Carlos: 177
 Vázquez Ramírez, Alfonso: 161
 Velasco Alvarado, Juan: 64
 Velasco Curiel, Francisco: 50
 Velázquez, Fidel: 84, 91
 Verduzco, Samuel: 129, 130
 Vietnam: 57
 Villa, Francisco: 36
 Villa de Álvarez: 77, 104, 110, 111, 144,
 173
 Villalobos, Antonio: 59
 Vinci, Leonardo da: 133
 Virgen Shulte, Adolfo: 171
- Washington: 51, 105
- Xirau, Ramón: 53
- Yalta: 159
 Yecapixtla: 63
 Yucatán: 81, 175
- Zacatecas: 81
 Zambrano, Horacio: 170
 Zamora Verduzco, Elías: 165
 Zapata Espinoza, Luis: 161
 Zapata Loredo, Fausto: 81
 Zapata Vela, Joaquín: 49
 Zavala, Lorenzo de: 13
 Zezati, Gonzalo: 170
 Zorrilla, Raúl: 36
 Zuno, José Guadalupe: 60
 Zuno de Echeverría, María Esther: 60
 Zúñiga, maestra: 31

ÍNDICE

<i>Preliminar</i> . por Horacio Labastida	9
I.	17
II.	21
III.	25
Mis parientes	25
IV.	29
V.	34
Amigos y compadres	34
VI.	38
Estudios y trabajos	40
VII.	42
VIII.	46
IX.	50
X.	54
XI.	58
XII.	63
Prestaciones Sociales del IMSS	63
XIII.	67
Actividades políticas	67
XIV.	71
XV.	75
XVI.	79
XVII.	83
¿Dedazo?	83
XVIII.	87
XIX.	91
Campaña política	91
XX.	95
XXI.	99
Cierre de campaña	99
XXII.	104
Gobernadora electa	104

XXIII.	108
	Equipo humano femenino	108
XXIV.	113
	El poder	113
XXV.	117
	Los grupos de poder	117
XXVI.	122
XXVII.	126
	¿Hasta donde el poder?	126
	Los guaruras.....	127
XXVIII.	130
	La casa de Gobierno	132
XXIX.	135
	Ejercicio de gobierno	135
XXX.	140
XXXI.	144
	¿Las mujeres?	144
XXXII.	148
	Principales construcciones	148
XXXIII.	153
	Relaciones políticas	153
XXXIV.	157
XXXV.	162
	Plan Colima.....	164
XXXVI.	166
XXXVII.	170
XXXVIII.	174
	El final	174
<i>Índice de nombres</i>		181



Este libro se terminó de imprimir y encuadernar el mes de Mayo de 2014 en los talleres de la Imprenta Al Libro Mayor, 5 de Mayo #138 Colima, Col., C.P. 28000, con un tiraje de 10,000 ejemplares.

